

DEL MIEDO Y NUESTROS MIEDOS
Una conversación sobre literatura y temor

Estudiante

Kevin Estiver Marín Martínez
201665030

Asesor

Jhon Isaza
Librero y docente de la universidad del Quindío

Tesis para optar al título de
Licenciado en Literatura

Facultad de Humanidades
Programa Licenciatura en Literatura
Universidad del Valle
Sede Buga
Noviembre de 2022

Dedicatoria

Este trabajo, un encuentro entre lo académico y lo imaginativo, es el fruto de una semilla sembrada por mi madre desde mucho antes que aprendiera a escribir mi nombre, su deseo de verme encaminado por la búsqueda del entendimiento; es el esfuerzo de mi abuela, sabia ella en huertas y jardines, por mantener esa planta que ya crecía, firme y resistente ante los climas más desastrosos. A ellas principalmente, Claudia Lorena Martínez y Angélica Pinzón quienes supieron entenderme, apoyarme y esperarme en todo este proceso de aprendizaje, son a quienes les debo el haber llegado hasta este punto en mi vida y mi carrera. A mi madre, que al igual que siempre sigue con su confianza ciega puesta en mí, y a mi abuela, a quien no le dio la vida para alcanzar a escuchar este pequeñísimo homenaje en comparación a todo lo que han hecho de mí y por mí, les dedico con todo mi amor estas letras que marcan el fin de todo un ciclo y espero, el inicio de otro también lleno de nuevas experiencias y aprendizajes.

El relato de terror no es una simple vía de escape, sino también un modelo de conocimiento que actúa, consciente o inconscientemente, a modo de espejo imperfecto de los auténticos terrores de nuestros días.

Douglas E. Winter.

El autor de narraciones de terror no es muy distinto del devorador de pecados galés, que presuntamente cargaba sobre sí las transgresiones de los queridos difuntos al compartir sus alimentos. El relato de abyecciones y terror es una cosa llena de fobias. Cuando el autor pasa de largo, usted saca de la cesta uno de los horrores imaginarios y coloca dentro uno de los suyos propios, auténtico..., por lo menos durante un tiempo.

Stephen King

No hay placer igual al terror. Si fuera posible sentarse, invisible, entre dos personas en cualquier tren, en cualquier sala de espera u oficina, la conversación versaría invariablemente sobre ese tema. Sin duda, puede parecer que el debate trata de algo por completo diferente; el estado de la nación, una charla trivial sobre el índice de muertes en las carreteras, el aumento del precio de los cuidados dentales; pero si prescindimos de la metáfora, de la insinuación, allí, enclavado en el corazón del discurso, está el terror.

Clive Barker

Contenido

Dedicatoria	2
Contenido	4
Objetivos	6
Objetivo general	6
Objetivos específicos	6
Resumen.....	7
Introducción	8
¿Tenemos que hablar del miedo?	8
I. El miedo	9
II- Nuestros miedos	11
PARTE I - EL MIEDO	13
1. Entre la vida y la muerte, el miedo	14
2. Encontrémonos allá, en lo profundo del cuerpo, en su lenguaje.....	16
3. El cuerpo deformado como símbolo del miedo: un reflejo de nuestro propio dolor	18
4.1 Del miedo en el papel al miedo en nuestra piel: La asimilación de los miedos en la literatura desde nuestra propia perspectiva	20
4.2 La caja de los males y el placer del miedo para la comprensión de nuestra finitud	23
5. El miedo como posibilidad creativa para la ficción literaria.....	25
6.1. Desorden, silencio y pesadilla: recursos del miedo	28
6.2. En esta casa asustan: el desorden y la alteración de lo normal	30
6.2.1. La patasola: el desorden que problematiza lo normal.....	34
6.3. El silencio como estrategia narrativa para tratar el miedo en la literatura....	36
6.3.1. Complicidad, sospecha y resignación: otras formas del silencio.....	40

6.4. La literatura, el sueño y la pesadilla: la incertidumbre sobre lo real	42
7. El corazón del horror y el cuerpo del fantasma: los miedos reales	49
Referencias.....	60
PARTE II	64
NUESTROS MIEDOS.....	64
Negocios.....	65
La enfermera	66
Ecos	68
Mutilada: pesadillas de una Patasola	76
Puerto abismo.....	81
Hambre.....	83
Pasajeros en un parque	89
El papel lo aguanta todo.....	94
Un Rubén más en la noche.....	102
Bucle	110
Conexión	112
De sueños húmedos y realidades secas	134
Hay algo ahí afuera	135
Bonifacio.....	138
La cura.....	140

Objetivos

Objetivo general

Desarrollar una investigación de carácter literario dividida en dos partes, una exploratoria y la otra creativa, con la finalidad de analizar el concepto del miedo, el lugar que el desorden, el silencio y la pesadilla tienen en la literatura, y las formas narrativas que pueden surgir a partir de la relación entre este, la realidad y el contexto social colombiano.

Objetivos específicos

- Realizar un rastreo de los autores que han reflexionado sobre el miedo en sus trabajos académicos y que lo han tratado por medio de la narrativa, específicamente desde los campos de la literatura, el cuento, la novela y el cine.
- Construir un ensayo literario que posibilite la disertación entre las diferentes posturas alrededor del miedo, su lenguaje, la percepción por medio del cuerpo, sus implicaciones desde lo social, y permita a su vez, vislumbrar de manera clara las formas narrativas del desorden, el silencio y la pesadilla en su tratamiento literario.
- Elaborar una obra narrativa de creación literaria que permita dar cuenta de los elementos aquí planteados, y trasluzca desde lo ficcional las maneras en que estos conceptos se instalan en el cuento y la construcción de sentido.

Resumen

El miedo, como uno de los sentimientos más primitivos y recurrentes en la historia de la humanidad, ha sido también una importante fuente para la creación literaria y, por ende, un elemento que permite mirarnos e interpretarnos desde el arte como seres humanos y como sociedad. El presente trabajo, que constará de dos partes, buscará mostrar en primera instancia por medio de un ensayo literario, nuestra relación con tal sentimiento desde lo real, el cuerpo, la literatura y lo social, postulando como resultado algunas formas que utiliza la literatura para tratar el miedo desde las concepciones del desorden, el silencio y la pesadilla. En este momento, se tendrán en cuenta para la disertación algunas posturas de teóricos y narradores expertos en el tema como lo son los escritores estadounidenses Noël Carroll, Douglas Winter y Stephen King, también se contará con las voces de la española María Zambrano, la chilena Sara Bertrand, el uruguayo Jorge Olivera, el Mexicano Jaime Estrada, las argentinas Mariana Enriquez y Jorge Luis Borges, así como los colombianos Augusto Ramírez, Juan Manuel Ramírez Rave y Gabriela Arciniegas, entre algunos otros y otras que también contribuirán a este diálogo. La segunda parte, es un constructo ficcional que en 15 cuentos buscará evidenciar las maneras en que estas formas propuestas anteriormente, operan en la narrativa literaria desde el eje primordial del miedo.

La línea en la que se enmarca este trabajo adquiere relevancia en cuanto busca demostrar que la percepción del miedo se transforma constantemente, siendo así un elemento que inexorablemente va ligado también a las condiciones sociohistóricas en que se presenta.

Palabras clave: Miedo, cuerpo, literatura, sociedad, desorden, silencio y pesadilla.

Introducción

¿Tenemos que hablar del miedo?

Hablamos de un sentimiento propio de nuestra naturaleza como seres humanos y animales, un sentimiento que no solo surge o se nos manifiesta de manera espontánea en nuestra continua relación con la existencia, sino que también es un elemento que puede ser detonado por agentes externos de manera concienzuda o estratégica. En este campo en el que nos encontramos, la estrategia se limita a lo artístico y sus formas, en la vida real, los límites no siempre están dibujados y sus formas rayan muchas veces con lo criminal, lo siniestro, lo corrupto, lo psicópata, el mal, para abreviar. Hablamos del miedo.

La violencia sobre los cuerpos, que como el sol de la mañana en el valle baña todo nuestro territorio de forma casi ineludible, es de los motivos más brutales y comunes que hacen emerger y proliferar el miedo. En esta conversación literaria, encontraremos algunos reflejos de nuestra humanidad, ejemplos si se quiere, tal vez exagerados o fantásticos en ciertos casos, de cómo se replican estas violencias en los cuerpos para reproducir el miedo que pulula en el aire. A lo mejor este diálogo en el que espero aquí nos sepamos encontrar, más allá de permitirnos apreciar algunos temores populares y otros no tanto en nuestro contexto, nos abra caminos para mirar nuestros cuerpos sociales, nuestras realidades vía la literatura, y a partir de esa mirada, reconstruir esos imaginarios que nos dicen qué somos como sociedad desde el abordaje de nuestros propios miedos.

Esta conversación tendrá dos partes.

I. El miedo

Las formas del miedo en la literatura son muchas, en este recorrido, se tomarán solo unas cuantas que serán presentadas como respuesta al interrogante que aquí nos convoca:

¿Cuál es la relación entre nuestros miedos y las formas en que se nos presentan en la literatura?

Para empezar a responder esta pregunta, antes, es menester transitar la ruta que nos lleva a formularnos esta inquietud, donde se le dará tratamiento a cuestionantes que tienen que ver directamente con la naturaleza del miedo, nuestra relación con él, la necesidad de aceptarlo como un acontecimiento enriquecedor. De esta manera, se procederá a analizar el papel del cuerpo en la experimentación y asimilación del miedo, en este punto, acudiremos a las ideas del lingüista estadounidense Benjamin Lee Whorf y la escritora chilena Sara Bertrand para intentar comprender el miedo por medio del lenguaje del cuerpo. De allí, se observará lo que implica este y sus cambios, sus alteraciones, deformaciones, mutilaciones, la narrativa de dolor que hay allí inmersa y lo que ésta ha llegado a calar a nivel simbólico en la cultura del miedo. Esto le dará pie a ese encuentro entre la literatura y nuestro cuerpo mediado por tal sentimiento, una disertación entre el estadounidense Noël Carroll y el filósofo colombiano Augusto Ramírez sobre la necesidad de sumergirse en el terror vivido por los personajes con nuestro propio cuerpo, y la experiencia cómplice, sensitiva e intelectual del miedo por parte del espectador en tal inmersión.

Entrados en el campo de lo literario, el enfrentamiento con nuestros males y los del mundo que supone la literatura de miedo, pone en evidencia esa pregunta por el placer, ¿por qué nos gusta leer terror u horror? Algunas ideas de los escritores estadounidenses Douglas Winter y Stephen King sobre lo que entraña este gusto por lo que nos recuerda la vulnerabilidad y la finitud de la vida, se tomarán en cuenta para abordar esta incógnita, así como pretende abrir el camino para el dialogo aquí propuesto.

Habiendo observado ya estas relaciones entre el miedo, el cuerpo, el lenguaje, la experiencia del miedo en la literatura y su atractivo, se hará énfasis en las posibilidades creativas para la ficción literaria que hay inmersas en la experiencia del miedo real. De esta manera, se abrirá el camino para abordar las formas que la literatura adopta para hablarnos de nuestros miedos, según esta perspectiva: el desorden, el silencio y la pesadilla.

Para hablar de *El desorden*, tomaremos algunas posturas de Augusto Ramírez y Víctor Bravo, para entenderlo como un factor detonante del miedo. Allí, se planteará la relación entre orden y límite como garantes de la vida, y que, al quebrarse dicho orden, es la anormalidad uno de los elementos que se desprenden como dinamitador del miedo.

Para entrar a hablar de *El silencio*, recurriremos a algunos postulados del colombiano Juan Manuel Ramírez Rave, el profesor Fernando Gonzales y el investigador uruguayo Jorge Olivera, para mirar el silencio en la literatura de miedo como un elemento narrativo, polifónico, que sugiere lo ominoso en lo que no se dice.

Como tercer elemento, *La pesadilla*, es un recurso ampliamente utilizado en la literatura para engendrar el miedo. Además, la misma esencia de este mal sueño, nos puede aportar para la construcción narrativa del miedo a partir de la incertidumbre por lo que es real y lo que no. Para este momento, se traerán a colación ideas de la filósofa española María Zambrano, el escritor argentino Jorge Luis Borges y el investigador Jose Eusebio Llacer Llorca, en pro de entender estos mecanismos que refleja y utiliza la literatura.

En la última parte de este ensayo, se les pondrá la atención a esos miedos reales, a esos miedos que surgen a partir de sucesos o hechos que nos toca de alguna forma como miembros de una sociedad. Con este fin, abordaremos algunas apreciaciones de la escritora argentina Mariana Enríquez y la colombiana, también escritora de ficciones Gabriela Arciniegas, para hablar de los miedos como preocupación social. Inmersos allí, tocaremos las ideas del mexicano Jaime Estrada sobre la violencia ontológica para explicar la concepción del corazón del horror como eje simbólico de la crueldad sobre los

individuos de una sociedad, y el cuerpo del horror, como el colectivo social en el que habita ese miedo emergido por el primero. Esto, nos servirá a su vez, de marco para entender este trabajo como material interpretativo de los miedos reales que habitan en la sociedad.

II- Nuestros miedos

La segunda parte de esta conversación es ficcionada. Encontrarán ustedes allí 15 cuentos en los que el miedo es una constante en los personajes, donde el cuerpo y su lenguaje serán fundamentales para advertir la presencia del miedo, así como sus posibles causas. Veremos a mujeres y hombres temblorosos llevando armas a sus barbillas por algún horror incontrolable, con sus manos sudorosas al ver alguna criatura en la oscuridad, paralizados por completo por la presencia de algún cadáver viviente o ante la resignación del fin. También veremos el cuerpo como un motivo dinamitador del miedo cuando la sangre se empiece a derramar, cuando el machete dé en el pie precisado, cuando uno que otro brazo sea puesto a la brasa para calmar el hambre de alguien, cuando los personajes se empiecen a desaparecer ya sea por razones bélicas o por pequeñas criaturas hambrientas que no dejan rastro.

Presenciarán temores tan personales como el de un padre por perder para siempre el amor de su única hija, hasta temores que pueden ser más colectivos como la sospecha de la creación de un arma biológica por parte del gobierno para controlar la población, o el temor a que cada vez haya más niños desaparecidos, sobre todo en contextos de guerra. También, estarán presentes algunos temores que hacen parte de la cultura regional y que posiblemente sean reconocidos por los vallunos, como los que tienen que ver con mitos y leyendas populares en la región: una patasola y sus orígenes, una planta eléctrica y el temor de los que la tienen que ver en su camino a casa por las noches, una casa del duende y los niños robados pudriéndose en su interior, harán parte de estos relatos.

Los escenarios en los que se verán reflejadas las formas del miedo expresadas anteriormente desde el desorden, el silencio y la pesadilla, de igual manera tendrán como

protagonistas las montañas de Caicedonia y de Sevilla, la ciudad de Cali, alguna casa de Buga, cierto sótano en cualquier parte de Tuluá, lejanías a las afueras de Yumbo y otros que componen parte del extenso Valle del Cauca.

Este diálogo ficcionado que fusiona acontecimientos, lugares, intenciones, personajes, leyendas populares en la región, cuerpos bellos, cuerpos infantiles, cuerpos alterados, cuerpos monstruosos, cuerpos putrefactos, cuerpos desmembrados y más, está a su vez intrínsecamente relacionado con temores comunes y presentes en nuestros contextos. Su finalidad, es también ofrecer algunas herramientas para que analicemos, dimensionemos y comprendamos cuanto se imbrica en las formas del miedo aquí presentadas por medio de lo literario y que se tejen también en nuestras cotidianidades: cuánto hay de político, cuánto hay de metafísico, cuánto hay de religioso, cuánto hay de ficcional. La intención de esta perspectiva narrativa, es que podamos construir una mirada más amplia y creativa para comprender los miedos presentes en nuestras realidades, y que muchas veces solemos obviar, o pasamos por alto sin pensar en sus implicaciones en cuanto a lo que nos construye como sociedad.

PARTE I - EL MIEDO

1. Entre la vida y la muerte, el miedo

Tal vez no le suene raro si le digo que parte de lo que me ha llevado a hurgar en este tema surgió de una de mis crisis existenciales. Alguna noche, seguramente, ya no recuerdo muy bien cómo llegó esa memoria que me hizo pensar sobre el sentido de la existencia. Un poco cliché, lo sé, pero ¿qué hago? me es inevitable, y estoy casi convencido de que para usted también lo habrá sido en algún momento de su vida, o lo será. No trato de decir con esto que de lo que hablaré me ha permitido alcanzar algún tipo de iluminación metafísica, nada de eso, si así fuera se lo habría prometido en el título. Sin embargo, el ejercicio de ir allí, en esa búsqueda, me hizo pensar en la primera vez que me di cuenta de que estaba vivo, me refiero a la primera vez que pensé en el hecho cotidiano de vivir.

Andaba yo entre los diez años: tenis venus, pantaloneta y camisilla. Iba con mis amigos de infancia, y a falta de piscina en los calores del Valle nos íbamos por todas las quebradas del pueblo, explorando, acomodando charcos para hacerlos más hondos, buscando puntos altos para las casi obligadas acrobacias en el aire; toda una labor a la que se le entregaba su merecido tiempo y constancia. Pero la verdadera diversión llegaba con la lluvia, antes y después de ella. El agua ya no corría aburrida en su pasividad por esos canales naturales, sino que era desafiante y retadora. El nivel de los clavados subía así como el nivel del río, la corriente era imbatible, tanto, que en una de esas luchas sentí que de verdad había perdido la batalla con ese río embaucador y juguetón, que me había engañado, que me había seducido con su atractivo mutante para no dejarme salir nunca más a la superficie. La desesperación, miles de imágenes poblando la imaginación, la lumbre del sol diminuta en una superficie muy lejana que se negaba a recibirme de nuevo, llegué a creer que en verdad era el final. Hoy cuento la historia, he podido salir de esa oscura profundidad, como un Ulises del Valle, pero en pantaloneta, digo que he salido, pero no sin traerme algo, me refiero a la certeza de que nunca me había sentido más vivo hasta ese momento, luego de ver a la muerte cara a cara. Más allá de eso, la sensación vivida en ese instante es lo verdaderamente importante ahora, porque, puedo y debo decirlo, no hay algo más fuerte, no hay una emoción que ligue tanto a la vida y la muerte, ese ciclo existencial, que el miedo.

Pero entonces me pregunto: ¿qué es el miedo? ¿Tiene algún fin o propósito? ¿Es algo aprendido o hace parte de un conflicto básico no resuelto? Constantemente escuchamos esa palabra en toda parte, desde promotores del positivismo y la autoayuda hasta campañas políticas que invitan a votar por un tipo que dice no sufrir de ese “mal”. Por doquier vemos las frases “sin miedo al éxito” o eslóganes como “De frente y sin miedo”, sentencias que aseguran “no me va a temblar la mano para hacer esto o aquello”, jactándose de valientes y promoviendo a que otros hagan lo mismo. Hay quienes advierten que el miedo supone evitación¹ y aquel que no lo tiene actuará, logrará o alcanzará el reino de la felicidad “porque el miedo es tu peor enemigo”, o ésta más divertida aún: “porque el miedo es tu único enemigo”. Como si fuera más importante vencerlo que entenderlo, como si el suprimirlo atrajera casi por arte de magia cosas buenas, como si evadirlo significara por derecha conseguir logros, romper barreras, cumplir sueños.

Más allá de que sea posible esta sanación repentina, se me dificulta aceptar que haya alguien que no sienta miedo o que pueda si quiera ignorarlo a su antojo. Sospecho que el miedo está tan ligado a nuestra naturaleza que me lo figuro imposible de evadir, como el aire o la necesidad, sospecho incluso que podríamos perder totalmente el cuerpo y el miedo aún estaría ahí.

2



Vislumbro un miedo omnipresente. Esto, de una u otra forma ya nos lo había sugerido el guionista Chad St. John en su película *Réplicas*: ver a un robot al que le ha sido

¹ ANTÓN HURTADO, Fina. Antropología del miedo. En: Mthadodos.revista de ciencias sociales [en línea]. 2015. vol. 3, no. 2 [consultado el 20, enero, 2023], p. 262-275. Disponible en Internet: <<https://www.redalyc.org/pdf/4415/441542974008.pdf>>. ISSN 2340-8413.

² CHAD St. John. (Escritor), y NACHMANOFF, Jeffrey. (Director). (2018). *Réplicas* [Película]. Company films

trasplantada la consciencia de un soldado muerto en batalla, autodestruyéndose en una angustia desesperada al no saber de su original cuerpo y ante la incertidumbre del porqué sigue con vida, ver o suponer ese miedo en sus ojos de silicio, creo que nos dice mucho sobre ese aparejamiento tan íntimo y ancestral entre el miedo y la consciencia de saberse vivo.

Me pregunto también si el miedo, como lo diría Lovecraft³, es la emoción más antigua y poderosa de la humanidad, ¿por qué solemos creer que el intentar evitarlo nos ayudará a tener una vida quizá más plena, tal vez más tranquila? ¿Será porque está ligado íntimamente a esas dos tareas fundamentales de la existencia: la búsqueda del placer y la evitación del dolor? ¿Suponemos que evitar el miedo es directamente alejar el dolor y de esta forma nos conduciremos por los caminos de los placeres y el confort? Pero si el miedo, desde su base más primitiva, intenta alejarnos del peligro⁴ que puede causar ese dolor, o peor aún, la muerte, ¿cómo podemos alcanzar ese estado de plenitud cortando ese papel fundamental que juega el miedo como conservador de la vida? Es como si fuéramos soldados quienes medio de una guerra, intentáramos quitarnos el casco y el chaleco antibalas buscando que las ojivas no nos afecten, parece absurdo.

2. Encontrémonos allá, en lo profundo del cuerpo, en su lenguaje

Bienvenida, bienvenido pues a esta especie de diálogo literario donde también contaré algunas historias de miedo. Éste, es para quienes lo cabalgan, no como un acto de dominación sino como una asociación entre fieras salvajes que recorren el desierto de la incertidumbre, como dos partes de una misma naturaleza que se necesitan y se entienden. Este diálogo es también una celebración.

³ LOVECRAFT, H. P. El horror en la literatura. Barcelona. Fontana. 2018, p. 10

⁴ BARBOSA, Rafael y GOMEZ, Esmeralda. Psicología del miedo. Researchgate [página web]. (marzo, 2021). [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <https://www.researchgate.net/publication/350485321_PSICOLOGIA_DEL_MIEDO>.

Celebrar el miedo es celebrar la vida, quizás por eso algunos señalan el miedo a la muerte como el miedo original, por estar ligado a ese mecanismo de defensa innato de nuestra condición más animal. Hablaremos sobre esa emoción que, gracias a nuestro pensamiento abstracto y complejo, ha hurgado en nuestra condición humana, en nuestro lenguaje, desencadenando horrores que van más allá de toda preconcepción común o simplemente realista, que hablan de lo que somos como individuos y como sociedad.

En esta celebración, se entiende el miedo como un sentimiento que acompaña la existencia, una sensación que cuando se manifiesta o se intuye, influye de diferentes formas en nuestro actuar, en nuestro pensar, en nuestra forma de concebir el mundo y de representarlo. Ahora bien, el miedo, suponemos, debe tener un contenido, ¿sabemos lo que tememos?, o por lo menos, ¿qué implican esos temores y el miedo sujeto a ellos?, ¿cómo saberlo? Estas palabras por las que andamos ahora, quizá nos den herramientas para seguir estas preguntas y posiblemente, si somos afortunados, encontrar otras más.

Empezaremos, a propósito de las palabras, entendiendo al lenguaje como el instrumento predilecto en este recorrido para tramar y desentramar las estructuras del miedo que gobiernan nuestras cotidianidades y fantasías. Más que un instrumento para la comunicación, dice el lingüista norteamericano Benjamin Lee Whorf, el lenguaje también determina nuestros modos de percibir, conforma nuestras ideas y modela el aparato cognitivo de los seres humanos”⁵. Esta aclaración, nos puede servir para afirmar el papel del lenguaje como una primera forma de conducto hacia a nuestras búsquedas, hacia nuestros intentos de comprensión sobre esa relación que tenemos con el miedo y el mundo; pero sobre todo, para enfocarnos en eso que solemos obviar cuando hablamos de este, en las diferentes formas de percibir la realidad, puesto que sería un yerro limitarlo a la palabra.

Ahora, si hablamos de percepciones, puede que no resulte difícil pensar también en esos elementos que nos construyen y permiten conectarnos con todo lo que nos rodea, como la mente y los sentidos, componentes que, son propios de ese recipiente que

⁵ WHORF (1971) citado por Antón Hurtado, F. (2015): “Antropología del miedo”, *methaodos. Revista de ciencias sociales*, 3 (2): 262-275. p.266

habitamos, el cuerpo: y que nos pueden dar muchas pistas para la comprensión de esos miedos que impregnan nuestras existencias. Pero ¿qué es el cuerpo? a fin de cuentas, ¿acaso no es un lenguaje en sí mismo, un recipiente maleable, transformable e interpretable, con sus propios signos y su propia narrativa? La escritora e investigadora Sara Bertrand habla un poco de esto cuando señala que “cada una de las etapas en la vida de cualquier ser humano está determinada por el cuerpo. Esa es la materia literaria. La vida, la muerte y sus matices reúne gran parte de la conversación que ha sostenido la humanidad desde que habita esta tierra”⁶. Esta visión de la chilena, tal vez nos permita entender al cuerpo como un medio por el cual se puede dialogar, sentir e interpretar lo que implica la existencia y el miedo que hay allí. Afirmar el cuerpo como materia literaria es parte de lo que aquí nos compete, su lenguaje, permite esa conversación con la vida y con la muerte. El miedo, está en la transformación a la que nos vuelca esa conversación.

3. El cuerpo deformado como símbolo del miedo: un reflejo de nuestro propio dolor

Pensemos en una de tantas escenas que algunos solemos temer luego de una extensa lectura o alguna película de esas que si tienen los sustos en su punto. Es una noche en la que despertamos en medio de la madrugada o simplemente se nos ha hecho imposible dormir. Una figura entonces, un bulto que acecha desde la oscuridad como sucede con Oscar en *Conexión*, una de las historias aquí presentadas, de pronto, es la amenaza de un cuerpo mutilado, descarnado o la posibilidad de una figura animalizada, intervenida quirúrgicamente o hiperbolizada en sus formas. Es una imagen, que supone un miedo del otro lado, de quien la presencia. Está bien, quizá la figura distorsionada de nuestros reflejos humanos ya nos dé un mensaje de que también hay un caos mental que atenta contra la razón y la vida, que busca en el peor de los casos devorarnos, cortarnos en pedazos o simplemente torturarnos. Sí, tal vez sea esa una escena que suele causar el miedo, sin embargo, hay algo en la sola imagen que, sin la necesidad de la amenaza

⁶ BERTRAND, Sara. El miedo en el lenguaje. La fuente [página web]. (15, abril, 2019). [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://www.fundacionlafuente.cl/columnas/el-miedo-en-el-lenguaje/>>.

explícita, en alguna medida refleja esas tensiones internas con respecto a las transformaciones del cuerpo, y es que, en su exageración, hay una narrativa de dolor que transversaliza de múltiples maneras el sentir humano, y muchas de esas van irremediablemente acompañadas del miedo.

En la vida diaria, algunos cambios que pueden sonar nimios, pueden significar temores propios de nuestra naturaleza: otro diente o uno menos, unas hormonas descontroladas que transforman la narrativa de un cuerpo infantil a uno adolescente, la imposibilidad de volver a engendrar luego de cierta edad o el terror de saberse distinto al espejo por una nueva cicatriz o arruga; éstos, y muchos más, son miedos que anticipan esos cambios que el lenguaje del cuerpo nos manifiesta. Entre más drástico es el cambio, el miedo tiende a ser más voraz. Somos animales corporales, nuestra experiencia vital está mediada por la piel, manos, nuestro sexo, asegura Bertrand⁷. Puede que ese sea el motivo por el que reaccionamos con tal vehemencia o repulsión cuando se nos presenta la imagen de un cuerpo mutilado o intervenido de alguna forma, nuestro cuerpo y nuestro lenguaje responde, se afecta por esa visión que implica dolor, daño y en algunos casos, la muerte. Solo basta ojear un poco los libros de historia, solo hace falta echarle una mirada al pasado y aún al presente que también nos sigue contando ese relato. Es cuestión de imaginar las decenas de decapitados, desmembrados y empalados que, colgados cual ornamentos macabros en las ciudades o los pueblos, fueron utilizados para aterrorizar enemigos, criminales y a la población en aquellas épocas monárquicas. Pensar en los cuerpos y los rostros quemados de las mujeres, que tanto han incomodado el sistema patriarcalmente desbordado a lo largo del tiempo, o en los cuerpos mutilados y desaparecidos por cuestiones políticas en la latinoamérica de siempre. El cuerpo, parece haberse transformado en un símbolo, utilizado recurrentemente y que, ha calado también en el lenguaje tanto popular, como en el de las representaciones artísticas y culturales del miedo: son las fauces del infierno las que terminan tragándose a las almas impuras, es la mano negra que lo controla todo desde las sombras, los tentáculos del poder que corrompen lo que tocan, la boca desdentada que gusta alimentarse de hombres incautos, es el ojo que todo lo ve y el dedo que todo lo juzga. En su intervención, exageración o alteridad, el cuerpo simboliza miedos propios de formas de pensar y percibir el mundo,

⁷ BERTRAND, Sara. Ibid.

transversalizadas implícitamente, por aquejamientos directos a la integridad del mismo. Su representación artística o literaria, contribuye a esa conversación eterna y continua con la existencia. El miedo así, nos advierte de la posibilidad de dolor a la que nos exponemos, una imagen que nos recuerda de manera, muy explícita en muchas ocasiones, esa vulnerabilidad sujeta a nuestra naturaleza.

Como podemos ver, no es casualidad la implicación del cuerpo, sus cambios, sus alteraciones, sus deformaciones, su destrucción, en lo que tiene que ver con la experimentación del miedo. Por eso, acudimos a la necesidad de reconocerlo como primera forma de interactuar con nuestros miedos o de percibirlos por medio del arte, apelando a todo lo que implica este como primer elemento que nos conecta con el mundo y sus fenómenos. Posiblemente, una de las mejores maneras de experimentar el miedo en la literatura, sea la capacidad de poder prestarle nuestro cuerpo y nuestra sensibilidad a esos personajes que viven en las historias, acaso, esa pueda ser una de las principales vías que nos lleve a encontrarnos con nuestros propios miedos. En el siguiente título hablaremos un poco de esto, así como tocaremos algunas ideas sobre esas inquietudes que nos pueden llevar a la búsqueda del miedo en la literatura, su experimentación, y el placer que hay en ello.

4.1 Del miedo en el papel al miedo en nuestra piel: La asimilación de los miedos en la literatura desde nuestra propia perspectiva

El lenguaje nos ha acompañado muchas veces por ese camino del entendimiento, una mísera luz al fin y al cabo en comparación con la oscuridad que nos habita, en cuanto a lo que no sabemos. No quiero despreciar con esto su valiosa fuerza, su polisemia, la posibilidad de su belleza, anhelamos los creyentes que podamos construir algo con él y que en ese transcurso nos podamos divertir a la vez que admirar. Hacer de él algo bello que genere revueltas intelectuales, explosiones sensitivas con precisos juegos de palabras y sin importar lo que se tenga que construir.

Es el lenguaje literario el que más se acerca a estas posibilidades, y obras como *Frankenstein* o *Drácula* son prueba de que se puede hacer un constructo literario bello, tratando eso que solemos evitar. Este encuentro es interesante y creo, absolutamente individual. La imagen literaria permite dar forma a eso que intentamos reprimir para sentirnos tranquilos cuando ese sentimiento acecha. No significa entonces esto, que al indagar en esas cosas que nos aterran por medio de la literatura, comprenderemos el miedo o lo experimentaremos necesariamente aun sabiéndolo ficticio. Es posible que encienda un faro, que trace una guía, sin embargo, es menester una inmersión más íntima, más cómplice, más humana para experimentar y vislumbrar lo que hay allí en esos dramas que nos trae la ficción, dado que el pacto de credibilidad implícito entre la obra y el lector, no es suficiente.

El filósofo estadounidense y teórico del terror en el arte Noël Carroll, propone algo que quizá nos ayude a dar un primer acercamiento a esa crisis humana acompañada del miedo en la literatura, cuando menciona que, las reacciones emocionales de los personajes funcionan como ejemplos acerca del modo en que se debería responder a estos terrores ficticiales⁸. Claro, quizá lo diga porque asume que es en los personajes que se refleja esa imagen idealizada del miedo, las pobres víctimas atormentadas con ese sentimiento compartido. En la película *IT*, la versión de los 90s, hay un momento en el que Eddy, uno de los niños protagonistas, está tirado en el suelo de la ducha temblando luego de presenciar a Pennywise escurrirse por el sifón, es una escena que seguramente ha hecho que gran parte de toda una generación haya visto más de una vez la hora del baño con otros ojos. Muchos Eddy's, seguramente, siguieron apareciendo en las duchas luego de esa película, y es que, ¿qué tan tranquilo podría estar usted, apreciada lectora o lector, si apenas alcanzara la pubertad y en plena desnudez de la ducha, se diera cuenta que un hombre con una sonrisa diabólica, un maquillaje siniestro y vestido de payaso, puede entrar a su baño a la hora que quiera sin nada que se lo impida? Es eso mismo que nos inquieta y hasta nos hace ir a ojear nuestra almohada a la hora de dormir, luego de leer a Quiroga y pensar tal vez, no solo en la posibilidad de un vampiro insectoide allí

⁸ CARROLL, Noël. La filosofía del terror o paradojas del corazón [en línea]. Traducido por Gerard Vilar. [s.l.]: Minicaja, 2014 [consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <https://www.academia.edu/23842984/Filosofia_del_terror_o_paradojas_del_cor_Noel_Carroll>.

debajo, sino también en el terror de ver morir lo amado apenas es alcanzado, como sucede en su *almohadón de plumas*.⁹ Esa empatía a la que apela lo literario permite que experimentemos el miedo desde nuestra propia perspectiva, nos invita a sentirlos como propios, como en estos ejemplos que hacen parte de una mirada muy personal del hombre que aquí ofrece estas palabras. Ramírez, por su parte, también dice algo al respecto de las obras, y la relación directa que tenemos con estas:

El espectador siente lo mismo pero de una manera indirecta, no participa activamente pero sí emocionalmente, experimenta las sensaciones y las carga de significado según su propia experiencia. En la obra de arte el espectador se reconoce y reconoce la condición humana de la obra. Enfrentarse a una obra artística es confrontar una visión del mundo que es representada, existe y vive independientemente del artista. Quien la carga de nuevos significados, al contemplarla, es el espectador¹⁰.

Somos nosotros quienes llenamos también de significados las sensaciones que



experimentamos, no se trata solo de sentir miedo, se trata de vivirlo y adaptar eso que leemos a nuestras propias miradas de mundo, a nuestros sentires. Eso que tenemos en común con la literatura, esa condición humana en la que el miedo es en este caso el principal protagonista, es lo que intenta ligarnos a ese drama allí representado.

11

⁹ QUIROGA, Horacio. El almohadón de plumas. Guao | [página web]. [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://www.guao.org/sites/default/files/biblioteca/Almohadon%20de%20plumas.pdf>>.

¹⁰ RAMÍREZ, Augusto. Op.cit., p. 40.

¹¹ WALLACE, Tommy Lee (Director). (1990). *It*. Producido por Tommy Lee Wallace.

Está bien, puede que Pennywise, el diabólico payaso de Stephen King y sus poderes infernales que lo dejan infiltrarse por cualquier rendija, no existan, pero sí nos permite, por medio de esa narrativa, acercarnos a sensaciones y dramas reales. Nuestro mundo y nuestros miedos, tanto de quien escribe como de quien lee, se encuentran en ese artificio donde este sentimiento se transforma, se hiperboliza, se interpreta y, curiosamente, logra generar en muchos casos, placer.

4.2 La caja de los males y el placer del miedo para la comprensión de nuestra finitud

Esa pregunta por el placer que ya se ha tocado bastante cuando se habla de miedo en el arte, y que se podría ver como una aparente contradicción que tiende a atraernos a eso que debería ahuyentarnos, hace propicia la metáfora a la que el crítico estadounidense Douglas Winter hace referencia con la imagen simbólica de la mítica *caja de pandora*, que se abre al pasar las páginas exponiendo los tabús de nuestras vidas a la luz y poniendo a prueba los límites del comportamiento aceptable¹². Tal vez, podamos intuir en esa referencia una curiosidad implícita, como la de Pandora al querer abrir la caja, una inquietud que nos deje observar, con más claridad, esa extraña relación de gusto con esos males que hay que tener a raya, con lo que preferimos ocultar en las sombras, y a veces, la literatura. El deseo de develar esos males, de conocerlos tal vez, de contemplarlos, y de experimentar ese terror, en este caso por medio del acontecimiento de la lectura, nos permite enfrentarnos a lo prohibido y lo desconocido, a eso que sugiere la muerte, la degradación del cuerpo y la denigración humana por medio de la ficción, sin que los efectos sean totalmente literales. Somos todos Pandora antes de leer terror u horror, a punto de liberar y desafiar los peligros del mundo, y sufriendo el miedo a que nos alcancen, a punto de presenciar el quiebre de los límites que nos permiten conservar la vida y sus consecuencias, sin llegar a tal deceso.

Así mismo, de los escritores, de los que se pasan la vida dándole forma a esos miedos, de los creadores de la caja, Winter también señaló:

¹² WINTER, E, Douglas (1989). Escalofríos. Ed. Grijalbo.p.24

...sacan literalmente a rastras nuestros terrores de las sombras y nos obligan a contemplarlos con desesperación... o alivio.¹³

Aquí, el ejercicio creador al que nos invita el miedo, quizá pueda asociarse al de aquellos dioses griegos y la creación de la caja. Una labor que puede significar una lucha, o mejor, un reconocimiento con esos monstruos interiores que pocas veces nos atrevemos a enfrentar: *los males de la caja*; fantasmas que han estado ahí siempre y que siguen creciendo en lo más hondo de la psique, del cuerpo, una vivencia con eso que tiende a mostrarnos por vía de la ficción y del miedo, la muerte de a poco.

Aún con todo, sigue resonando esa pregunta ¿qué es lo que hace que tanto lectores como creadores sigan empecinados en esperar y escribir sobre la locura, la psicopatía, la violencia, el canibalismo, el desespero, la paranoia, entre otros muchos males de los que nos aquejan y nos engendran el miedo? El encuentro al que nos llama la literatura de miedo, dijo el mismo King, nos remite a esa consciencia ancestral de sabernos mortales inevitablemente, hay un interés en experimentar esta literatura ya que todo temor tiende a la comprensión del desenlace final.¹⁴ A lo mejor, ese gusto emergido en tal tensión viene de que el miedo, el terror o el horror en la literatura, pueden ser como un ensayo para nuestras propias muertes, una artística, ¿placentera quizá? forma de dialogar con nuestra finitud, de expurgar los espectros que viven en nosotros y nos atormentan, de abrir la caja y liberarlos... un alivio.

Esta relación entre creador y espectador es parte de la idea de diálogo que aquí proponemos, un momento mediado por el gusto, la curiosidad, y donde ambos coincidimos con eso que podríamos temer, que nos recuerda y que quizá, como sugiere el estadounidense, nos permita analizar esa certeza sobre la consumación a la que todos estamos sujetos, desde otras miradas.

¹³ WINTER, E, Douglas. Ibíd., p. 24

¹⁴ KING, Stephen. El umbral de la noche. p. 13. <http://www.jfk.edu.ec/jfk/images/librospdf/Stephen-King--El-umbral-de-la-noche-1-212.pdf>

Llegados a este punto, tenemos que para poder asumir el miedo desde lo sensitivo y lo intelectual, es menester una inmersión más íntima, intentar entender los miedos que experimentan los personajes víctimas allí propuestos, e interpretarlos desde nuestra propia experiencia, un encuentro vital con la lectura. En este acontecer, se busca generar un diálogo entre lector, obra y creador, mediado, además del miedo, por el placer, ya sea de dialogar con la muerte sin tener que presenciarla en realidad, o por lo que puede significar esa búsqueda de comprensión de nuestra propia finitud.

Ahora, luego de acercarnos a esas miradas donde la literatura nos abre caminos para experimentar el miedo desde nuestros propios sentires y perspectivas, así como el placer implícito que puede surgir en ese tránsito y búsqueda de comprensión ante esa certeza de la muerte, vamos pues, a disertar sobre la lectura como algo, si se quiere, sacro, y esas posibilidades que nos provee el miedo para ficcionar a partir de las experiencias reales más simples.

5. El miedo como posibilidad creativa para la ficción literaria

Hay en la literatura, un acto de fe implícito que raya casi con lo religioso. El ritual de buscar el lugar más cómodo, pero sobre todo más iluminado al alcance, sentarse en la posición habitual, abrir de lado a lado las páginas de un libro como son desplegadas las puertas de un gran templo, es marcar la pauta que nos encamina a esa conexión dialógica y en algunos casos, espiritual, con lo que implica esa iniciación. Muchas veces, vamos allá empujados por esa necesidad de creer, al menos por un lapsus relativo de tiempo, en algo que nos saque de esa historia que ya conocemos y que vivimos cada uno en la cotidianidad. Es posible que cuando leemos ficciones, en el fondo, queremos ser o sentirnos de otra forma, rozar la esperanza de otra vida en otro tiempo y con otros personajes, una ilusión que toma fuerza en la medida que dura el ritual como un acto de fe momentánea. La visión de un más allá o de una vida después de la muerte también hacen parte de esas historias en las que algunos no solo solemos creer, sino que gustamos de hacerlo. En la literatura, esas ficciones allí expuestas de línea a línea, de párrafo a página, suelen gritarnos con su belleza, con su retórica, que creamos en ellas, que en esa invención allí propuesta hay verdades posibles y mentiras poéticas que van más allá de

una simple secuencia de letras, palabras y frases concatenadas estratégicamente. Ese camino, inicia en la posibilidad de experimentar, una o muchas vidas, y todo lo que percibimos tanto sensitiva como intelectualmente en aquel viaje.

En la literatura como en la vida, los temores son una constante donde el miedo, estila manifestarse como una promesa, como una especie de presentimiento o profecía, como algo que te dice que eso que te puede hacer daño “viene por ti”. Es una advertencia de algo que podría pasar, desde algo aparentemente tan simple como que se nos caigan todos los pelos de la cabeza, hasta situaciones extremas como que esa enfermedad con la que tanto han luchado nuestros antepasados, se manifieste irremediamente en nuestros cuerpos; o de que se acabe la tregua y la guerra toque nuestras puertas; o de que ese proyectil que disparó el borracho de la esquina no termine en la columna de alguien cercano o en la mía; o de que ese psicópata caníbal que asecha la ciudad, logre saciarse con nuestras carnes; o de que a pesar del esfuerzo de los entendidos, ese monstruo colosal que habita en el submundo, por fin despierte para plantar su reino de terror sobre la tierra. El miedo que se manifiesta en el ahora, que atenta contra nuestras vidas, contra nuestros cuerpos, parece tener una base en el futuro, en lo que se espera. Un miedo que parece obligarnos a creer que ese peligro nos puede afectar de una u otra manera. García Márquez, por ejemplo, en su literatura, nos muestra un poco esta idea con el presentimiento de una madre iluminada que auguró que algo muy grave iba a suceder en su pueblo, el pánico fue tal, que todos huyeron despavoridos, algunos quemando hasta sus casas llevados por el miedo de que la tragedia en cualquier momento, llegaría.¹⁵ En la obra de Bram Stoker, *Drácula*, Johnatan Harker, secuestrado en el castillo del vampiro, sufre también ese miedo en su espera de aquello que le puede suceder estando en aquel palacio:

¿Qué clase de hombre es éste, o qué clase de ente con apariencia de hombre? Siento que el terror de este horrible lugar me está dominando; tengo miedo, mucho miedo, de que no haya escape posible para mí¹⁶.

¹⁵ MARQUEZ, Gabriel García. Algo muy grave va a suceder en este pueblo | Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte. Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte [página web]. [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/es/bogotanitos/erase-una-vez/algo-muy-grave-va-suceder-en-este-pueblo>>.

¹⁶ STOKER Bram. *Drácula*. Alejandría p. 37 <https://www.elejandria.com/libro/dracula/stoker-bram/143>

Su espera, y la creencia en que no podrá escapar, generan ese pavor, su terror, tiene su fuerza impulsora en ese peligroso futuro. Un después, un mañana, un pronto, un algún día, vendrá, vendré, viene por ti, por mí, por nosotros y por todos. Sabemos, o creemos, a causa del miedo, que eso que atenta a nuestra supervivencia llegará, el problema es que nunca sabremos a ciencia cierta cómo, hasta que se manifiesta. No obstante, eso no evita que el miedo hurgue en nuestras posibilidades más terroríficas.

Ahora, más allá de que el miedo nos haga creer como una certeza de que cierto daño a nuestra integridad llegará tarde o temprano, hay otro elemento que, en muchos casos, inevitablemente se cruza o se enlaza con este sentimiento y es la imaginación. Pongamos un ejemplo de un miedo que quizá podamos generalizar: digamos que le tememos a quedar encerrados, enjaulados con un león hambriento ¿Por qué le tememos? fácil, basta visualizar los colmillos y pensar en ese daño directo al cuerpo y lo que eso conlleva. Bien, entendemos el qué y el por qué nos atemoriza, aun así, muchas veces, nuestra curiosa imaginación, en los casos más terroríficos, tiende a elucubrar esas escenas descubriendo poco a poco el cómo. ¿Podré escapar del león? y si no ¿qué me morderá primero? ¿será una muerte lenta y dolorosa? ojalá y no, ojalá, quién sabe, las posibilidades pueden ser infinitas. Divagamos entonces de la mano del miedo que sentimos, imaginando de qué manera esa fiera, ese motivo, esa imagen, afectará nuestra integridad. Un camino donde ese sentimiento que nos congrega hoy a la par de la literatura, que se acoge a este principio basado en creer en la amenaza como algo inminente, que nos lleva a experimentar esos dramas que nos trae la imaginación o la misma realidad con nuestra sensibilidad y nuestra psique, se transforma en el reflejo de esas angustias humanas ante lo que puede ser el final.

Hemos dicho anteriormente que la literatura, en esta ocasión, la literatura de miedo, se podría relacionar con lo religioso. Ahora, que hemos trazado este recorrido, hay que decir que no se trata únicamente del acto ritual al que la lectura nos puede llevar, o el acto de creer en eso que se nos cuenta, o la promesa de que tarde o temprano llegará el final y será uno no tan amable, es también hacer énfasis en ese acto de creación que alimenta la relación miedo, vida y literatura. Me explico, si hay algo que caracterice

cualquier religión es ese carácter creador al que le debemos la existencia, y justamente, lo que sugerimos acá es la posibilidad de construir, crear, ficcionar, dar existencia, hacer literatura a partir de la experiencia real del miedo. En su trabajo sobre el cine de terror psicológico, Augusto Ramírez, dice algo que nos puede dar a reflexionar sobre esto:

“el miedo se siente en situaciones de peligro, pero ese peligro no siempre es real”¹⁷

Quizá esto nos dé a pensar que el miedo tiene una relación directa con el peligro sea este posible o no, o tal vez, nos sugiera la facilidad con que solemos experimentar el miedo por medio de las ficciones, pero en otra mirada, que es la aquí estamos tratando, a lo mejor lo que nos señala es la necesidad de pensar que puede haber mucho de ficción cuando se experimenta el miedo. Como pasa con el ejemplo del león, hay un acto de creación allí que se manifiesta a partir del sentimiento del miedo, y que nos invita a imaginar, a hiperbolizar, a recrear, a interpretar eso que nos aterra y horroriza, a creerlo hasta el punto de sudar frío, temblar nerviosamente o cerrar los ojos con fuerza para no caer en sugerencias más intensas; ya sea por nuestras propias invenciones o por medio de las de otros como sucede al sentarse a leer un libro.

6.1. Desorden, silencio y pesadilla: recursos del miedo

La literatura, como ya lo hemos expresado aquí de otras formas, también ha sido el lugar del miedo. Este festín de letras, historias y juegos de palabras, también ha sido parte de ese otro lenguaje que nos ha narrado el miedo desde múltiples miradas y sentires. Un lenguaje que, a lo mejor, nos abra camino a nuevas sensibilidades, nos invite a experimentar otros dramas. El miedo en la literatura, de repente, puede aparecer como un presagio, a veces es también una certeza del fin, otras, por el contrario, se puede manifestar como aberraciones que parecieran no acabar nunca. Tal vez no haya mucha

¹⁷RAMÍREZ LOPEZ, Augusto. El cine de terror psicológico. La arquitectura de un falso género. En: Escribanía [en línea]. 2017. vol. 14, no. 1 [consultado el 21, enero, 2023], p. 37. Disponible en Internet: <<https://revistasum.umanizales.edu.co/ojs/index.php/escribania/article/view/1810>>.

diferencia con respecto a las maneras que percibimos el devenir de los sucesos en nuestras realidades y lo que acompañan tales sucesos, como el miedo; lo interesante en esta relación es que este suele aparecer como un detonante sensitivo surgido por uno o varios motivos, detrás de cada motivo que significa esa tensión nerviosa, hay una historia, y una forma en que se nos manifiesta en la vida y en que se nos cuenta en la literatura. Precisamente pensando en esto, surgió la pregunta que intentará guiarnos en este camino:

¿Cuál es la relación entre nuestros miedos y las formas en que se nos presentan por medio de la literatura?

La literatura, como otra forma de ver el mundo y de recrearlo, puede navegar en nuestras maneras de percibir esos fenómenos de la realidad que detonan el miedo, e incitan, en los mejores casos, a llevarnos a su encuentro y comprensión. Esas formas, se analizan aquí desde las concepciones del silencio, la pesadilla y el desorden, como elementos constantes tanto en la vida como en la ficción.

“Desorden, silencio y pesadilla” Son palabras, tal vez meros conceptos que nos regala, precisamente, el lenguaje. Tres términos si se quiere, que hacen presencia en nuestra cotidianidad y que acompañan situaciones, sentimientos y problemas reales. En este ejercicio, intentamos trabajar con la narrativa que surge de esa mezcla, donde estos componentes son características elementales que se relacionan directa o indirectamente con los sucesos, los temas inmersos, y el sentimiento del miedo resultante. Y es que, en esa necesidad de la literatura por contarnos cosas, muchas veces se tejen estrategias, se adaptan formas para que esas historias se encaminen más rápido hacia el efecto que busca explotar, con su narrativa, el o la que escribe. Esas formas, reflejan percepciones humanas del mundo que pueden funcionar como arquetipos y que se pueden tratar en lo ficticio. El *desorden* aparece como dinamitador del caos, pone en tela de juicio la normalidad que pretende garantizar la continuidad de la vida; El *silencio* es como ese otro lenguaje que nos sugiere eso que acecha; y la incertidumbre sobre lo real hace, por ejemplo, de la *pesadilla*, el horripilante sueño, un recurso que en la mayoría de veces tiende a llevarnos por la ruta de la desesperación, que puede ser fuente de horrores incalculables. Estos recursos que ampliamente han sido utilizados en la literatura, son a su vez paradigmas de

nuestros miedos porque en la manera en que son presentados y utilizados, se revelan esos miedos que, aunque profundos están latentes, que emergen y calan sobre nuestras realidades.

6.2. En esta casa asustan: el desorden y la alteración de lo normal

Imagina llegar a tu casa después de un día cualquiera de trabajo largo y agotador, hay un silencio picante en el ambiente, la familia parece estar en otro lugar, pero no es para sacar conclusiones pesimistas aceleradamente, a lo mejor fueron a traer las galletas para el algo de las nueve. Al recorrer la casa antes de buscar la cama, encuentras, de improviso, a tu pareja en un rincón llorando, visiblemente desesperada y con la mirada perdida. La angustia y el miedo inevitablemente se manifiestan, ya hay un aire de que algo está mal y de que, así como la afectó a ella te puede dañar a ti también. Se empieza a gestar entonces una atmósfera en el ambiente, una que empieza a tornarse oscura e inquietante. Cuando por fin ella se da al hablar solo atina a decir “se están moviendo”, y nada más, cosa rara ¿no? Luego, te parece que menciona algo sobre unos muñecos y de lo absurdo que te suena no le pones, en un principio, la atención indicada, hasta que te asegura que esos peluches que se mueven asesinaron a tu hija. Por más irreal que suene, solo basta mirar la cara de tu pareja, que conoces bien, para pensar seriamente en lo que te acaba de decir. Seguro buscarás a la niña por todos los rincones con la valentía empuñada, pero por más que lo intentes no vas a dejar de ver ahora la casa como una gran trampa para humanos, donde el terror aguarda en cualquier esquina, debajo de un mueble u oculto bajo esa oscuridad del pasillo de la entrada. Es una sensación de inseguridad que corroe los pensamientos, no tanto por la perplejidad de semejantes acusaciones, como por la noción de inseguridad y muerte cercana que se percibe en el aire. Ese mundo de certezas empieza a desmoronarse y el miedo surge de pronto de lo más profundo de nuestra humanidad, en el reconocimiento de la posibilidad de la muerte. Aquel miedo ancestral y primitivo renace, aunque no haya una certeza del peligro, y se queda a vivir en la atmósfera como un diablillo invisible que se acaballa sobre nuestros hombros, ejerciendo un peso que dificulta respirar. Ya nada queda en nuestras manos, todo al servicio de los casi siempre caprichosos acontecimientos.

Hay allí una especie de desorden de las cosas a las que estamos habituados que nos hace sentir vulnerables, que potencia nuestros temores. Ramírez, también señala que uno de los factores que dispara el temor es el desorden¹⁸. Percibir como fracturados esos constructos ideológicos y estructurales de sistemas que hemos concebido e instalado en nuestra realidad, para garantizar y disminuir en lo posible esos riesgos que atentan contra la vida, es presenciar ese desorden y lo poco que lo controlamos. En otro texto, esta vez de Víctor Bravo, también puede encontrarse esta ruta de análisis frente al reconocimiento de la muerte y el desamparo al que estamos abandonados; el ser humano, dice, busca un orden protector y ese orden proporciona horizontes de presuposiciones y de normalidad.¹⁹ Tal búsqueda, tiende a concretarse justamente en esos constructos que funcionan como modelos del orden, modelos, muchas veces auto implantados de un deber ser que dibuja el marco de lo “seguro” y sus límites. Veamos a lo que se refiere Bravo desde sus propias palabras:

“El orden es la casa del hombre, el que permite el habitar [...] y todo orden establece un límite, más allá del cual se expanden los territorios terribles de la diferencia y lo desconocido.”²⁰

Nos queda la casa, el hogar como figura y referente. Nos queda ese espacio simbólico de confort y tranquilidad, afuera, inunda esa incertidumbre que tanto nos ha atemorizado siempre. A propósito, el cuento con el que empezamos este título, *Se mueven*, del colombiano Álvaro Vanegas,²¹ juega un poco con esto. Su lectura, parece indicarnos que la realidad es la que se ha desordenado, que ha entrado en un caos a causa de aquellos muñecos endiablados y asesinos que hacen parte de otra naturaleza totalmente ignota, y que pone en duda lo que sabemos del mundo. Una sensación de ruptura que, cuando se percibe, hace que *la casa deje de ser habitable*. El orden es fuertemente alterado y la

¹⁸ RAMÍREZ, Augusto. Op. cit., p. 37.

¹⁹ BRAVO, Víctor. El miedo y la literatura. En: Anales de literatura hispanoamericana [en línea]. 2005. p. 13-17. [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI0505110013A>>. ISSN 0210-4547.

²⁰ BRAVO, Víctor. Ibid., p.14.

²¹ VANEGAS VALENCIA, Álvaro Enrique. Despertares Atroces 1. Bogotá: Calixta Editores, 2019. p.133. ISBN 978-958-5481-59-6.

angustia que ello trae sale a flote. Sin embargo, aunque al final del relato todo el tema de los peluches queda resumido a una falacia de su lunática esposa, quien lo termina asesinando por la espalda con el mismo cuchillo que mató a su hija, y desanudando así el cuento de un posible desorden de lo real, el miedo sigue siendo una constante en el relato que no responde únicamente a estas fantasías paranormales, ¿por qué? En el ensayo de Carrera sobre lo fantástico y el terror hay una noción al respecto que nos puede dar luz:

Y es que el terror, como lo concibo, no emana del desmoronamiento de lo real. Si hay una disrupción, una fractura que expulse a personajes y público de la zona de confort, dinamitando su idea de normalidad –no de realidad–, esta se plantea en frentes distintos del ontológico, a saber: el físico, el moral, el psicológico, hasta el social y cultural.²²

Lo que consideramos como normal, suelen ser abstracciones que pueden facilitarnos las miradas sobre ese límite y ese quiebre que nos saca de la zona de confort. Para Carrera, la realidad o su ruptura no es en sí misma una causa para el miedo, es la anormalidad que, desde lo físico, lo psicológico, lo moral, lo social o lo cultural podemos percibir a partir de ese quiebre. En otras palabras, no podría ser lo mismo un hombre lobo en un mundo de fantasía donde hasta las criaturas parlantes y la magia son cosa común, a un antropomorfo en una realidad donde se cree imposible su existencia. Lo anormal en el segundo caso, es lo que hace posible el sentimiento de miedo en los personajes. Algo que bien podríamos relacionar con el desorden del que habla Bravo, cuando se enturbian las concepciones de lo normal, el orden que solemos atribuir a la realidad se desestabiliza y se puede engendrar una angustia ante lo poco que comprendemos ese mundo y las posibles consecuencias de ese desorden. Esto nos habla de un miedo vivo en todo momento, un miedo fundamentado en la alteración de lo normal en cualquiera de sus envases. Apenas sensato para una mirada del miedo humano preocupada por todos los

²²CARRERA GARRIDO, Miguel. LA FRONTERA COMO DELIMITADORA DE ONTOLOGÍAS: TERROR, MARAVILLOSO Y CIENCIA FICCIÓN Fantástico y terror: teoría y práctica de dos categorías ficcionales en el ámbito hispánico. En: *Studia Romanica Posnaniensia* [en línea]. 2018. vol. 42, no. 2 [consultado el 20, enero, 2023], pp. 5-20, p. 8. Disponible en Internet: <https://www.academia.edu/36977404/Fantástico_y_terror_Teoría_y_práctica_de_dos_categorías_ficcionales_en_el_ámbito_hispánico>. ISSN 0137-2475.

frentes que atañen directamente a nuestras relaciones con el mundo: como el psicológico, el físico, el moral, el social, el cultural o el real.

Solemos suponer en el orden una normalidad tranquilizante y familiar, la cual, al desafiarse, pone en peligro nuestra integridad y la de lo que amamos. ¿Cómo se manifiesta entonces, en esta literatura, esa anormalidad que trae el desorden? Ese olor a cadáver, la intuición de lo que nos afecta, ya son una manera para percibir esa anormalidad y el miedo que trae consigo. ¿De qué manera la literatura se aprovecha de lo anormal para tratar nuestros miedos? No es un secreto que la literatura proporciona cierta libertad en virtud de su propia construcción, una soltura que nos deja indagar en formas infinitas y que suelen emerger de preocupaciones netamente humanas. Cuando volcamos nuestros miedos en ella, reflejamos también nuestras propias concepciones de lo normal y de lo que no lo es, o de lo que por lo menos, para nosotros, no debería serlo. Ya lo decía Bravo con respecto a la sensación moderna del miedo: que no es sino una profunda experiencia del límite que se desplaza, entre lo familiar y lo extraño.²³ Una experiencia a medio camino entre la certidumbre de lo cotidiano y la ambigüedad de las consecuencias que puede traer ese rompimiento del orden. En ese sentido, la imagen literaria tal vez nos invite a repensar ese mundo de nociones y presupuestos al que estamos habituados, con esa transgresión del límite que perturba y amenaza nuestra propia estabilidad en un juego creativo que altera, hiperboliza y hasta monstruifica.

A continuación, veremos desde el abordaje de algunos cuentos aquí presentados, cómo la noción de desorden que altera lo normal está íntimamente relacionada con el surgimiento del miedo y las formas narrativas que se pueden adoptar en la literatura a partir de esto.

²³ BRAVO, Victor. Op. cit., p. 16

6.2.1. La patasola: el desorden que problematiza lo normal

En una de las primeras historias aquí presentadas como ejemplo para este banquete de letras, inspirada también en una de las leyendas más conocidas en esta región del mundo, les mostraré el miedo en la desafortunada protagonista, verán el quiebre que desordena y problematiza la existencia de esta mujer conocida ampliamente como *La patasola*. El relato, narra ese momento clave por el cual esta mujer fue castigada y maldita por la sociedad a causa de la infidelidad a su marido. El terror aparece en el cuento cuando todo lo que ha asegurado para satisfacer sus deseos carnales a la espalda de su esposo, empieza a desmoronarse ante sus ojos. En aquel momento, que por demás también puede rayar con lo erótico, su perrita Susy aparece saludante fugazmente al otro lado de la puerta, advirtiéndole que alguien se acerca ¿puede imaginar el miedo de ella al verse descubierta en la traición bajo los placeres del sexo, imaginar sobre ustedes a un hombre tan violento y posesivo como aquel esposo que normalmente gustaba de despertarla a patadas? Lo que continúa devela la pérdida de control progresiva a la que nuestra víctima es relegada. Su nuevo amante es otro hombre más de esos que no aceptan un “no” de sus conquistas, y la somete por completo a su voluntad. El caos, el desorden es apenas previsible cuando no siendo esto suficiente, la visión de su mascota devorada por una monstruosa vaca, que acaba en el pasillo, ya refleja esa anormalidad que la hace presa de su miedo y que presagia una carnicería, su final.

Más adelante encontrarán dos relatos en los que ese desorden que problematiza lo normal, que pone de manifiesto esa dualidad entre lo familiar y lo extraño, aparece sin mucha expectativa, surge como una explosión subterránea e inesperada buscando el estremecimiento del miedo.

En esos momentos del trabajo aquí propuesto, apreciarán, quizá de manera más específica o visual, el desorden por medio de eso que nos ha relegado Noël Carroll y que a lo mejor muchos otros antes de él, han dicho; sobre la imagen en la que acostumbramos descargar dentro de este tipo de literaturas, lo anormal, un desorden estético ampliamente

utilizado en la literatura y el cine: los monstruos.²⁴

La figura clásica donde las formas del monstruo y sus objetivos son exagerados y deformados, ha sido una constante que permea gran parte de la literatura de miedo. En *Bonifacio*, se juega con otra variante de ese desorden y es la anormalidad física del monstruo que, en este caso, es justamente la imposibilidad de definición visual de eso que acecha. Ya no es un hombre lobo con sus garras filosas y olfato cazador, tampoco un vampiro con colmillos de tigre y fuerza de tractor. Allí, hay algo que se repliega en la sombra, quizá una especie de pulpo o de kraken que se camufla entre sábanas, tal vez nunca lo sepamos. Y no se trata aún de sueños espantosos, lastimosamente para el protagonista de este relato, es una realidad que lo engulle en su más primitivo horror. Nuestro hombre, nuestra víctima del miedo, es uno de esos que rigen su vida por horarios fijos y secuencias de ocio menos estrictas, aunque la mayor parte de las veces, repetitivas. Es otro más de los que pululan por las calles, yendo en las mañanas y viniendo en las noches, adiestrando gran parte de su angustia alrededor de la supresión diaria de su inutilidad con el trabajo. En ese constante ciclo, de repente, puede haber la posibilidad de que se engendre algo más que simple sueño desde las profundidades de otro mundo casi insondable. La habitación, las paredes, la cama y hasta el gato pueden ser sospechosos de potenciar ese desorden que pone en tensión su cotidiana normalidad. La casa, una vez más, parece volverse cómplice de ese terror que nos vulnera, y en ocasiones se transforma en un territorio donde también habitan nuestros depredadores, nuestros monstruos.

En el relato *Pasajeros*, la historia gira alrededor de dos monstruos. El primero tal vez pueda reconocerlo fácilmente, dicen que aún merodean por nuestro mundo muchos como él y que a diario aparecen en los noticieros más rojos de la prensa. Son estos sádicos, violadores y asesinos, que se salen de todo tipo de cánones morales y que atormentan constantemente a quienes intentan conservarse en ese orden de cosas que les mantiene a salvo. El segundo, un poco más fantasioso, pero no por eso menos terrorífico: una especie de criatura hambrienta que se deforma para engullir a sus víctimas y posteriormente alimentar a sus crías. Estos dos fenómenos coinciden en la cotidianidad de un parque, erigiendo un diálogo que raya con lo familiar, a lo que la mayoría estamos habituados, y

²⁴ CARROLL, Noël. Op. cit., p. 27.

lo extraño de un mundo que expande sus límites, que se deforma y se transforma. Un encuentro que a lo mejor no termine bien para alguno de ellos y el miedo que verán allí, es otra consecuencia de las formas en que la alteración de lo normal, a veces significa un desorden perturbador de la realidad a la que solemos estar acostumbrados.

Así, nos queda de este tránsito como base: por un lado, el orden como un elemento en el que solemos encauzar lo seguro y sus límites, por otro, el desorden se entiende como algo que dispara el temor, como un elemento que rompe los muros de *la casa segura* y nos expone al caos del mundo, a la muerte que merodea en él. Por esa vía, el desorden es reconocible a través de la alteración de lo normal, de esa normalidad que proyectamos en la literatura y que puede ser el reflejo de esos sistemas de pensamientos que gobiernan nuestras realidades y a las que siempre, o casi siempre, le atribuimos un orden. Lo psicológico, lo moral, lo social, lo cultural y lo físico, encapsulan formas del orden en nuestras realidades que tienden a suponer una normalidad, estas ficciones aquí propuestas, trabajan en mostrar el miedo desde la alteración de lo normal como detonador del desorden que atenta contra la continuidad de la vida, y algunas otras consecuencias que puedan surgir a partir de allí.

6.3. El silencio como estrategia narrativa para tratar el miedo en la literatura.

*La escritura de ficción rara vez tiene que ver con decir cosas, tiene que ver con mostrar cosas.*²⁵

Acompáñeme, entremos ahora a observar ese quiebre del orden que posibilita al miedo, pero esta vez por medio de eso que puede complementar la literatura, y que se caracteriza justamente por cruzar ese límite al que nos atan las solas palabras: el silencio.

²⁵ O'CONNOR, Flannery. Para escribir cuentos. p. 102. (Referenciado por última vez el 26 de abril de 2022) [chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fcdigital.uv.mx%2Fbitstream%2Fhandle%2F123456789%2F1795%2F199074P99.pdf%3Bjsessionid%3D23C583EF8C334EBD80CEEB7CCDECBF7E%3Fsequence%3D2&clen=2238578](https://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fcdigital.uv.mx%2Fbitstream%2Fhandle%2F123456789%2F1795%2F199074P99.pdf%3Bjsessionid%3D23C583EF8C334EBD80CEEB7CCDECBF7E%3Fsequence%3D2&clen=2238578)

Utilizar las palabras para hablar del silencio puede resultar algo paradójico, sin embargo, es un recurso casi forzoso, más aún si lo que nos convoca a su alrededor es el miedo. Imaginemos, por favor, a un navegante que, de barca en barca, de bote en bote, viaja por los siete mares buscando llegar a cada costa, a cada isla, a cada país donde seguramente se esconden grandes tesoros. Los paisajes que se abren en el recorrido a sus ojos, que se escuchan a sus oídos y penetran su piel son lo más valioso. Su meta es conocerlo todo así sea consciente de lo irrealizable de tal proeza, y en su intento, no desaprovecha cada bote, ni cada palabra que encuentra en el camino. Quiero pensar en un lector como ese marinero, en busca de sensaciones, tesoros y aprendizajes que vaga por el mundo escuchando historias, negociando, intercambiando sus conquistas y sus barcos para alcanzar riquezas más grandes o simplemente, más valiosas. El barco es la palabra. Pero barco y marinero no son nada sin el mar. El mar está más allá del mando, los timones, las velas y los climas. El silencio es el mar, el océano entero, tan grande, tan vasto, intermediando siempre de bote en bote, tan profundo y desconocido que seguramente siempre habrá algo, o mucho, que ignoraremos de él; una situación que, nos encamina a nada más que interpretarlo. Esta vía, donde el silencio es un elemento necesario para la comunicación y contiene sentido en sí mismo, fue ya visualizada por el investigador literario y profesor Juan Manuel Ramírez Rave, quién menciona algo en su trabajo sobre la retórica y la poética del silencio que quizá pueda ayudarnos a mirarlo como una posibilidad más para el lenguaje:

El silencio es el preludio, depositario y en él descansa la palabra antes de alzar un nuevo vuelo. El lenguaje es continuo, el silencio no interrumpe el habla, la hace posible.²⁶

¿No es acaso el océano la base de todo navío, de todos los ríos, manglares y lagos con sus respectivos botes y canoas? El océano es la base de la vida. Una gran red que conecta, que crea lazos de continente a continente, de especie a especie y, quizá por su obviedad, muchas veces olvidamos esa gran cualidad que tiene para unir los mundos. Pasa algo similar con el silencio que es preludio de la palabra como menciona Ramírez,

²⁶ RAMÍREZ. RAVE, Juan Manuel. (2016). Hacia una retórica y una poética del silencio. Revista CS, no. 20, pp. 143-174. Cali, Colombia: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Icesi. pp. 149 150.

la intermedia y la protege cuando su sonido perece, un silencio que, en muchas ocasiones, complementa la intención del mensaje y sin una mirada detenida, no sería posible ver más allá de lo que dicen las solas palabras. Y es que, según Ramírez, no se trata solo de la ausencia del ruido o del mismo habla, sino que el silencio puede también ser depositario de una polifonía susceptible de ser analizada a partir de su propia naturaleza abisal.²⁷ El vacío, la ausencia de palabras en este punto para Ramírez, ya no es simplemente eso que marca el principio y el fin de las palabras o las oraciones, deja de serlo para convertirse en un silencio que dice cosas, que nos interpela y nos invita a escucharlo.

En la literatura de miedo, el silencio puede fungir como el augurio o la sugerencia de esa infinitud de posibilidades que podrían hacer estallar el desorden y volvernos vulnerables ante los riesgos de este. Volvamos por ejemplo a Carroll, cuando alude de manera indirecta al silencio en la postulación de su *Trama del descubrimiento complejo*, en muchas de las ficciones de miedo, dice, es persistente la aparición de una naturaleza oculta que perturba el ambiente, que sugiere un mal superior y que es sabiamente silenciada gran parte del relato, dado que justamente parte del desarrollo de estas tramas, se fundamentan en descubrir ese motivo del miedo que permanece velado, en la oscuridad. El profesor uruguayo, Jorge Olivera, quién hace un análisis de este tipo de narrativas en su país, también señala que el miedo en la literatura a veces se genera a través del silencio. Lo que se oculta, sostiene Olivera, representa la presencia de lo ominoso y prepara el terreno para la transgresión de la frontera de lo natural.²⁸ Así, el silencio desde estas miradas, nos permite verlo no como un simple vacío o una imposibilidad, sino como una negación estratégica a describir o mostrar completamente ese desorden que detona el miedo, eso que está al otro lado tan extraño, tan monstruoso, esas maquinaciones perversas que subyacen en lo más profundo de lo humano y que se fortalecen con el pasar de las palabras, pero que no se dicen a viva voz. “La ausencia (de palabras), gesta este sentido de lo extraño, lo que convoca al miedo”²⁹, afirma Olivera proponiéndonos un silencio que oculta a la vez que sugiere la irrupción en ese orden de

²⁷ RAMÍREZ, RAVE, Juan Manuel. Ibid. p. 150

²⁸ OLIVERA, Juan Carlos. El miedo en la literatura uruguaya: un efecto de construcción narrativa. En: Anales de literatura hispanoamericana [en línea]. 2005. vol. 34 [consultado el 21, enero, 2023], p. 46. Disponible en Internet: <<https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI0505110043A>>.

²⁹ OLIVERA, Juan Carlos. Loc. cit., p.46

cosas, que nos susurra que puede haber algo siniestro e incomprensible aún en las sombras y que, puede perturbar la cotidiana tranquilidad. Por su parte, el investigador literario y escritor de ficciones Fernando Darío Grueso, señala que para multiplicar las posibilidades del miedo en la literatura, muchas veces, se oculta la naturaleza precisa en las que se basa ese mundo ficticio y que dan coherencia a este, o evitan darnos información definitiva maliciosa e ingeniosamente hasta el final.³⁰ Esto es entender el silencio como un elemento fundamental para narrar el miedo, lo que se oculta, lo que se evita decir es utilizado en convergencia con las palabras en este juego literario, para dar a entender, o por lo menos a imaginar, los horrores que subyacen en lo narrado y los miedos que tratan.

Pensemos en cuentos como *El caso del señor Valdemar* de Poe, donde un hombre con una enfermedad terminal dona su cuerpo para experimentos supra humanos que buscan, precisamente, vencer ese silencio que trae la muerte. Llegada ésta a los ojos del señor Valdemar y efectuado el experimento, el doctor le pregunta al difunto parlante sobre sus sensaciones y deseos más allá de la muerte, a lo que él responde: “¡Por amor de dios!... De prisa..., de prisa..., hágame dormir o despiérteme de prisa..., ¡de prisa!... ¡Le digo que estoy muerto!”.³¹ Hay una ansiedad entre tales peticiones, una angustia por eso indescriptible que está más allá de la razón humana, un silencio de ultratumba que se niega a ser roto por la carente y agotada palabra del muerto pero que, aun así, sugiere un horror palpable en su desesperación: “hágame dormir o despiérteme de prisa”. No se sabe por qué quiere dejar con tanta vehemencia su estado de no vida, o de no muerte, lo que sí es evidente es el miedo que oculta ese silencio, el miedo a lo que hay del otro lado y que es impronunciable con las palabras. También podríamos recordar relatos como *Vinum Sabbati*,³² del escritor galés Arthur Machen: en el que un joven empieza a consumir cierta droga que le trae cambios monstruosos tanto físicos como psicológicos, y todo lo que se calla tanto aquel personaje como la narración en sí, todo el misterio que envuelve su transformación, ya nos dice mucho de lo que está mal tras bambalinas y que se percibe

³⁰ GONZALES GRUESO, Fernando Darío. El horror en la literatura. En: ACTIO NOVA:REVISTA DE TEORÍA DE LA LITERATURA Y LITERATURA COMPARADA [en línea]. 2017. no. 1 [consultado el 21, enero, 2023], p. 33. Disponible en Internet: <<https://revistas.uam.es/actionova/article/view/7766/9129>>. ISSN 2530-4437.

³¹ POE, Edgar Allan. Cuentos de terror. Compilado por Mauricio Molina. 5a ed. Bogotá: Alfaguara, 2007. ISBN 958-704-039-2.

³² MACHEN, Arthur. Cuentos de terror. Compilado por Mauricio Molina. Ibid. P. 117

amenazador. Lovecraft, a su forma, también solía utilizar el silencio generando una buena expectativa sin especificar eso que motiva el miedo. Habría que echarle la ojeada a fabulaciones como *La llamada de Cthulhu*, *El horror de Dunwich* o *La decisión de Randolph Carter*,³³ para ver cómo el misterio que envuelve el miedo se enriquece por todo lo que se silencia, y que se va descubriendo en el camino.

6.3.1. Complicidad, sospecha y resignación: otras formas del silencio

En la parte creativa de este ejercicio, en algunos de los cuentos que prometí, se podrán visualizar algunos silencios que convergen con la palabra y que, literariamente, narrarán el miedo por medio de esos silencios cómplices que ocultan el terror allí inmerso. Uno de los relatos, *La cura*, es una historia que puede no parecer en un principio terrorífica, sin embargo, esa maldad que subyace en lo humano se empieza a percibir en el diálogo que el médico-científico tiene con su jefe. Hay una sensación oscura en todo, donde verán el miedo no en la piel de los personajes esta vez, pero sí como un producto, tanto de la negación estratégica abordada en su narrativa, como de lo que buscan generar estos hombres en el mundo y la necesidad de tener todo bajo reserva, en silencio. Desde otro tratamiento, trabajamos aquí con una historia titulada: *El papel lo aguanta todo*. Allí, un silencio que puede tornarse angustiante, es la sospecha de una mente perturbada, la del novio de Nathalía. La violencia, y la necesidad de respuestas que terminen con ese silencio perturbador, van en constante aumento durante todo el relato. El miedo de la joven a la que asistimos es visible cuando ese silencio que nos sugiere que hay algo oculto, algo que no se sabe aún pero que motiva todo el terror causado por su pareja, nos sugiere ese caos que se empieza a formar en su apartamento y en su vida, o lo que queda de ella. En otra historia llamada *Puerto abismo*, el escenario está lleno de murmullos ininteligibles, una falta de palabras y de respuestas que la mayoría de personas parecen aceptar con calma pero que oscurecen el panorama del pequeño J. Los individuos que allí aparecen, son seres que emanan silencios de principio a fin, y el niño, es en quien

³³ LOVECRAFT, H. P. (2020). Los mitos de Cthulhu (R. Gosseyn, Trad.; 2a ed.). Comcosur.

podemos apreciar ese miedo resultante. El silencio aquí se manifiesta como una resignación ante lo inevitable, ante ese abismo al que se dirigen los personajes ciegamente y que J, carece de poder para cambiar de rumbo. No hay finales cerrados en este cuento, solo un silencio que se explaya luego de la última palabra.

Siguiendo este mismo hilo y para culminar este enfoque del silencio y el miedo desde la ficción literaria, se ha elaborado otro relato donde el fin o la muerte es una certidumbre, y el silencio, es el motor por el que se puede presenciar su drama. En *Hay algo ahí afuera*, la idea del suicidio es una de las mejores alternativas para salvarse según los personajes, de algo sin forma explícita que los persigue, de una cosa insustancial que ellos saben que supera sus posibilidades de sobrevivir, y de la que no es necesario hablar porque el miedo que Fabio y Mauricio reflejan, ya nos puede dar muchas ideas ¿Qué cómo es eso? échele un ojo usted mismo. El horror es algo del aire y el miedo nace de algo sin forma explícita, es una idea vaga pero fuertemente incrustada en las mentes atormentadas que presenciamos en el relato. Aquel silencio de lo que acecha y lo poco que se dice sobre eso, quizás nuble nuestras visiones ante eso perturbador, y al final, es muy probable que se encuentren más preguntas que respuestas.

*

Ahora queda sugerir un silencio como el océano, un silencio que a pesar de su naturaleza incontenible y abisal, es también una especie de red que conecta los mundos, las personas, las palabras y las ideas. En su profundidad, llena de elementos, de voces, de tesoros escondidos bajo el agua, deja de significar un simple vacío para volverse un silencio complementario que, colabora a su vez, en la búsqueda de comprensión global del mensaje. Contiene sentido en sí mismo y es susceptible de ser analizado e interpretado.

En la literatura de miedo, el silencio se ha utilizado también como un elemento narrativo que converge con la palabra para sugerir ese desorden que augura la muerte, que trae al miedo. Lo literario en este punto, es el pretexto y el medio por el cual desde el silencio se entienden formas para darle tratamiento al miedo, formas que se abordan desde la parte creativa de esta tesis y que se han entendido desde: el silencio cómplice, cuando

el miedo es una fabricación consciente y consensuada; el silencio como sospecha de algún mal que acecha; y el silencio como resignación ante el final, que no solo nos sugiere la muerte, sino que nos la asegura. Esto es, en este caso, el silencio como recurso literario para tratar el miedo.

6.4. La literatura, el sueño y la pesadilla: la incertidumbre sobre lo real

A veces creo que esta vida menos material es nuestra existencia real, y que nuestra vana estancia sobre el globo terráqueo resulta en sí misma un fenómeno secundario o meramente virtual.³⁴

Es momento de que usted y yo nos demos cita al otro lado, de que abramos las puertas del sueño y entremos en ese horror puro que nos trae lo onírico, donde ese quiebre del orden, ya no es siquiera previsible porque la certeza de la realidad es ahora una ambigüedad constante: es el miedo de la pesadilla.

Seguramente uno de los primeros, sino el primer acercamiento más próximo a la libertad que brinda la literatura de experimentar historias, sin las barreras de lo que conocemos como realidad le impone al estado de vigilia, se percibe en el sueño. Un plano multifacético donde casi todo es, y en la mayoría de los casos, impredecible; donde las imágenes y los discursos se presentan al entendimiento humano de manera desobligada y multiforme. Muy al contrario del mundo de la vigilia y la lógica en el que la mayoría de imaginantes y soñadores solemos someternos cuando, se supone, estamos despiertos. Hay quienes aseguran que el sueño, en el sentido onírico de la palabra, emerge de lo más profundo del inconsciente humano, pero ¿qué tal fueran los sueños, el recuerdo o la imagen de otras realidades? Puede que ésta sea otra de esas preguntas existenciales tan comunes y sin resolver que ya han descabezado a varios. Pensé en esto al leer *Verónica*,³⁵

³⁴ LOVECRAFT, Howards Philip. Más allá del muro del sueño. IIS Windows Server [página web]. [Consultado el 21, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/MURO.pdf>>.

³⁵ VANEGAS VALENCIA, Álvaro Enrique. Verónica. Bogotá: Calixta Editores, 2020. 209 p. ISBN 978-958-5107-40-3.

una novela culminación de una trilogía, donde los mundos de las anteriores entregas se unen a este por medio de los sueños, y estos terminan siendo portales entre realidades. Esta obra, escrita por el ya mencionado aquí Álvaro Vanegas, puede darnos pie a pensar en algo dicho por María Zambrano en su *Sueño creador*:

“Los sueños son la oscura raíz de la sustancia del hombre; soñar es ya una forma de despertar, una primera forma de conciencia que aparece en sueños ”³⁶.

Es cierto, tal vez ella no haya querido decir de manera literal que al dormir despertamos en otra realidad, o por lo menos en su recuerdo, eso sigue siendo improbable. De pronto, lo que nos quiere sugerir es que el ser humano aún en su estado más puro, “la raíz de su sustancia”, el sueño, que es alimentado por experiencias ya sea oníricas o reales, despierta al hacer consciencia sobre ellas y lo que nos dejan. El psicoanálisis también nos ha contado un poco sobre esto, nos ha insistido en que el sueño contiene mensajes codificados y sensaciones en su narrativa que, nos permiten mirar hacia adentro en esa búsqueda por comprendernos a nosotros mismos. Es un poco como leer. A lo mejor tenga que ver con eso que dice Borges sobre que los sueños son quizá la expresión estética más antigua.³⁷ Estructuramos los sueños cuando despertamos por medio de la memoria, reconocemos sus dramas y le damos forma narrativa según nuestra costumbre a la vida sucesiva.³⁸

Naturalmente, hay una gran diferencia entre la capacidad envolvente del sueño y la literatura. Me refiero justamente a eso que tocamos al principio de este texto sobre el sueño, y que no nos deja diferenciar claramente entre una realidad y otra, o, como diría

³⁶ ZAMBRANO María, citado por MARTÍN, Francisco José. El “sueño creador” de María Zambrano (Razón poética y hermenéutica literaria). *Centro virtual Cervantes*. Universitá di Siena. p. 239 (consultado el 29 de abril de 2022) <https://docplayer.es/28313675-El-sueno-creador-de-maria-zambrano-razon-poetica-y-hermeneutica-literaria.html>

³⁷ BORGES, Jorge Luis. Siete noches [en línea]. [s.l.]: [s.n.]. 61 p. [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbnxiaWJsaWJyb3NwZGZ8Z3g6NTViOWMwZTFjM2ZhMmRlMw>>.

³⁸ BORGES. Ibid. p, 14

el catedrático español Francisco García Jurado,³⁹ el confuso umbral que nos atrapa y nos traslada de lo real a lo ficticio, sin que nos demos cuenta muchas veces, de ese paso. Tal vez desde lo sensitivo, la literatura y el sueño no tengan una comparación equivalente, pero esta puede beber de él para sus invenciones. Así, si hablamos de la búsqueda del miedo en la literatura, no solo como contenido sino también como experiencia sensitiva, quizás el acontecimiento de la pesadilla pueda servir como el ideal del miedo y de toda fabulación horrorosa.

Ahora, entrados en el miedo y aprovechando este caminar sobre lo onírico, la pesadilla, es por excelencia desde esta perspectiva, el paradigma de la materia literaria para el miedo. Y es que históricamente estas no solo han sido consideradas como un mal sueño, incluso, se han asociado a fabricaciones de monstruos malignos que se sientan en el pecho de los durmientes para ahogarlos en el horror de su sueño. Es posible sí, que de ahí venga el nombre, dicen algunos, de esa pequeña pesadez en el pecho que dificulta la respiración y provoca miedos surreales al durmiente, de esa pesad-illa. Lo interesante aquí es la capacidad que tienen para aterrarnos, para hacernos gritar, orinar y sudar frío hasta en medio de las noches más calurosas del año. Ojalá la literatura, así no fuera en esta corriente, tuviera siempre efectos tan potentes ¿no cree?, eso no quiere decir que no pueda trazar el camino. “La pesadilla tiene un horror peculiar y ese horror peculiar puede expresarse mediante cualquier fábula” apuntó Borges en su ensayo sobre la pesadilla.⁴⁰ Este horror del que habla el argentino, responde a la angustia por la subyugación a nuestros miedos más profundos, en un contexto donde los límites de la realidad, están completamente desdibujados. Tal escenario implica un desorden de cosas que nos coloca en una superficie movediza, insegura, y que tal vez nos hable de eso que nosotros mismos ocultamos o reprimimos para sentirnos tranquilos. No temo exagerar apoyado en esto, que muchas narraciones de miedo han bebido de las pesadillas, haciendo de la literatura un conducto que permite observar hacia adentro y construir hacia afuera, que nos permite hurgar en nuestros miedos y sacarlos a la luz para verlos con lupa, e intentar comprenderlos.

³⁹ GARCÍA JURADO, Francisco. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=591154880006>. En: Nova tellus [en línea]. 2008. vol. 6, no. 1 [consultado el 20, enero, 2023], p. 193. Disponible en Internet: <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=591154880006>>. ISSN : 0185-3058.

⁴⁰ BORGES. Op. cit. p. 19

Este juego narrativo que plantea la construcción de la pesadilla, como la mayoría de cosas en la literatura, no tiene una forma estándar, es básicamente un entramado perverso que, tiene entre sus objetivos, mostrarle a un lector implícito la destrucción física y/o psicológica de uno o varios seres que van de allá para acá como pelotas de tenis golpeadas sin remedio desde diferentes partes de la cancha, “Somos testigos presenciales de una transformación angustiosa cuando lo familiar desaparece y nos queda para siempre un amargo sabor de boca: el de la incertidumbre de la realidad” dice la investigadora Adriana Álvarez⁴¹, haciendo referencia a la manera en que esta ambigüedad ante lo real, trabaja de la mano del miedo en la ficción. Es posible que hayamos experimentado un poco de eso con narraciones como las expuestas en las películas del incinerado Freddy Krueger, detrás de un aparato electrónico, detrás de ese texto terrorífico y a punto de presenciar esa angustia por la transpolación constante de la realidad. Ese ha sido un buen atractivo y recurso, el entrar con los protagonistas a la pesadilla sin notarlo y ya adentro, lo problemático para salir a salvo. Era el horror que les tocaba a los de la calle Elm, una inspiración para lo que vivirán algunas de las víctimas que aquí conoceremos.

En un cuento de Lovecraft titulado *Más allá del muro del sueño*, se pueden hallar también algunas formas en las que la pesadilla y su carácter de volver confusa la realidad, es la que motiva todas las acciones del relato y desencadenan el miedo en los personajes. El estadounidense nos presenta el caso de un hombre, por medio de la voz de su psiquiatra, al que se le presenta una entidad en sus sueños que dice, se burla de él, y éste, en su afán por cazarlo, asesina a sus cercanos en medio del trance del sueño. En su intento de comprensión de aquel individuo, su psiquiatra logra hablar con esa entidad por medio de su sueño y ésta le dice:

“No me está permitido hablarle a tu ser terrestre despierto acerca de tu ser real”⁴²

⁴¹ ÁLVAREZ RIVERA, Adriana. Escribir la pesadilla: Dávila y Tario, entre lo fantástico y el terror. Dos ejemplos en la literatura mexicana del Medio Siglo. *En: Nomenclatura: aproximaciones a los estudios hispánicos*: [en línea]. 2018. vol. 6 [consultado el 5, octubre, 2022], p. 13. Disponible en Internet: <<https://uknowledge.uky.edu/naeh/vol6/iss1/4/>>.

⁴² LOVECRAFT, H. P., Op. cit., p.6

Se plantea entonces la duda sobre la realidad cuando se sugiere que el ser en estado de vigilia, no lo es. Más tarde, el psiquiatra desde su razón y ya despierto, nos cuenta:

“¿El clímax? ¿Qué sencillo relato científico puede alardear de tal efecto retórico? Sencillamente he consignado algunos hechos que yo creo reales, permitiéndooos interpretarlos a vuestro antojo”.⁴³

Podríamos ver esto como una forma de despertar de las que habla Zambrano, las barreras de lo real se pierden para los protagonistas de este suceso y cada quién los interpreta a su manera.

De otra forma, podemos observar parte de esto en relatos como el de Eugenia Montero, *Director de orquesta*, una narración en la que es visible la transposición de las realidades y en la que el miedo, emerge a partir de esas proyecciones del inconsciente que el protagonista preferiría olvidar y que le atormentan. Allí, un director musical muy reconocido, es acechado en sus ensayos y presentaciones por un hombre misterioso y físicamente similar a él, en uno de esos ensayos con la orquesta, aparece una escena que funde su realidad con ese miedo propio de la pesadilla:

El ensayo comenzó. La música nacía intensa, llena, impresionante. Ante el director de orquesta los instrumentos fueron tomando forma. De ellos surgieron las figuras de todas las mujeres que había amado, de todas las que abandonó; avanzando amenazadoras hacia él. El órgano fue teñido de sangre. Las cuerdas del arpa estallaron. los violoncellos y los violines se deshacían como polvo entre lágrimas. Las trompetas se retorcían cual esqueletos recién salidos de sus tumbas. Cerró los ojos aterrado. Los aplausos del público le devolvieron a la realidad.⁴⁴

En esta escena es evidente cómo el narrador juega con la subjetividad del protagonista en un derroche de imágenes surrealistas, un recurso del relato que nos muestra cómo esta realidad que se vuelve difusa, que sabe a pesadilla, trae a flote

⁴³ LOVECRAFT. H. P., Op. cit., p.7

⁴⁴ MONTERO, Eugenia (escritora)., VALVERDE, José Antonio. comp. 12 Biblioteca universal de misterio y terror. Madrid: Ediciones UVE, 1981. p. 100

recuerdos que le atormentan y que teme, se vuelvan realidad. Tal vez no sea casualidad que el hecho de cerrar los ojos, lo lleve de nuevo al escenario tranquilo de siempre.

Desde el viaje a una de las fuentes más significativas para los cuentos de miedo según este parecer, la función de algunas de las creaciones aquí propuestas, es que sean como pesadillas impresas, sueños envolventes resumidos en frases y palabras en los que adentramos al abrir los libros, y salimos en el punto final, aunque no ilesos. Posiblemente esta forma de mirarlo se pueda relacionar con esa influencia de lo que el profesor español Eusebio LLacer LLorca, ha dado a llamar el diseño de la Tale de Poe, allí, visualiza un modelo escritural que hace referencia a la conciencia experimentada por el lector, ante su falta de control sobre lo narrado, un estado que se relaciona con el desconcierto y la psicosis pasajera que sufrimos recién despiertos de una pesadilla.⁴⁵ Una bandera a este modo ver, justa e idealista; y es que, ¿Habrà algún escritor en esta línea que no le quiera sacudir los sesos a sus lectores con sus inventos monstruosos, qué no quiera hacerles sentir a sus espectadores que solo estarán tranquilos luego de cantado el punto final, después de salir de ese pesado sueño?

En la segunda parte de esta conversación, *Nuestros miedos*, veremos relatos que vincularán algunas de las formas en las que la pesadilla asedia en nuestras vidas. En una de estas fabulaciones se dibuja a un hombre en conflicto constante con su memoria, con su identidad y lo que le ha ocurrido a su mundo. La historia empieza justamente en su despertar, un amanecer que sabe a pesadilla de media noche, una realidad apocalíptica a la que sus recuerdos casi muertos no le ayudan mucho a afianzar en su razón. Esa nueva vida a la que nuestro hombre le toca adaptarse es una pesadilla vuelta realidad, donde la crisis del recuerdo oscila entre un conflictivo pasado y un descarnado presente.

En otro cuento, un poco más extenso, traigo a un Rubén caído en la desgracia. Un pobre infeliz al que el peso de la vida lo ha vuelto un ser diminuto, sin amor ni esperanzas. A pesar de todo, su mayor crisis emerge del abandono de su hija y la poca comprensión de ese mundo científico y peligroso que presencia, donde hasta una nueva especie

⁴⁵ LLACER LLORCA, Eusebio. El terror en la literatura: el diseño de la "Tale de Poe. CORE – Aggregating the world's open access research papers [página web]. p. 19. [Consultado el 21, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://core.ac.uk/download/pdf/58905521.pdf>>.

inteligente convive en su sociedad y su paisaje. Aquí el horror de la pesadilla se manifiesta desde cualquier orilla porque, aunque la realidad siempre es difusa a causa del alcohol, siempre hay temores por doquier que incitan su miedo. Sin embargo, ese miedo onírico que linda con lo fantástico, también hace presencia cuando el desespero se ha apoderado de él y no puede, aun después de despierto, asegurar cuál es su verdadera realidad.

En otro de los relatos aquí expuestos, si bien, los buenos y los malos sueños son una constante, la pesadilla es cuestión de perspectivas, porque, aunque la realidad es la misma, el horror se manifiesta dependiendo de la mirada. Cuenta de una secta que por medio de una planta con extrañas y poderosas propiedades, repliegan su influencia como una fe divina desde las montañas de Caicedonia. Las plantas, no solo terminan invadiendo el diario vivir de nuestros personajes sino que se desplazan también hacia sus sueños, volviendo difusa y completamente extraña la realidad que están acostumbrados a ver. En esta nueva cocción, las apariciones, las pesadillas, las alucinaciones y los monstruos, son el revuelto de esta pócima que aquí les sirvo, una ficción donde a lo mejor lo que me cuestiono es que tal vez no sea tan buena, esa idea de despertar.

Por último, *De sueños húmedos y realidades secas*, procura juntar esas percepciones frente al cuerpo desfigurado, la muerte y las pesadillas en media página. En este relato, el sueño y la realidad son dos planos que se intercalan continuamente hasta que llega el momento de la confusión, donde el miedo se manifiesta en el enamorado Emanuel cuando el sueño se transforma en una pesadilla y esta es a su vez, su nueva realidad.

Tenemos entonces al sueño y la literatura emparentados, relacionados íntimamente en su naturaleza ilimitada en formas y en ficciones. Ambos, suelen construirse narrativamente y se nutren de esas experiencias ya sean reales o no. Sin embargo, el sueño se aleja y adquiere su propia fuerza justamente en ese umbral que nos lleva de lo real a lo ficticio y viceversa, sin que nos demos cuenta. Esa, es la fuerza envolvente del sueño que quizá no ha podido alcanzar con tal efectividad la literatura, pero que se acerca.

En esta medida, al caracterizarse el sueño con respecto de la literatura por sus dificultades para reconocer la realidad cuando se está inmerso en él, la pesadilla se convierte en el ideal del miedo y un modelo para su tratamiento en las ficciones. El miedo puro de la pesadilla, que nos coloca en un mundo donde nuestros miedos más profundos se manifiestan, y no hay ningún tipo de ordenamiento que los pueda poner a raya, que pueda asegurarnos que no vamos a morir, es perfecto para dialogar con esos miedos, temores o fobias que nos han acompañado siempre desde el interior, y que en la literatura, son tinta y papel para tratarlos. Así pues, la construcción de la pesadilla en lo literario se cimenta en el daño físico o psicológico de los personajes, mediado por la incertidumbre ante lo real.

7. El corazón del horror y el cuerpo del fantasma: los miedos reales

¿El miedo? ¿El terror? ¿El horror en Colombia? Probablemente, abordar estos temas en este contexto es ya algo que puede sonar tristemente repetitivo. Una historia marcada por los conflictos internos, la superstición y la sangre ha hecho que los colombianos no la tengamos tan difícil para imaginarnos estas perturbaciones que atentan contra nuestra integridad. El miedo ha permeado nuestras vidas y nuestras vivencias como sociedad de una forma tan profunda y tan extensa que se ha transformado en una herida identitaria, un padecimiento multiforme que tenemos en común, tan arraigado a nuestra historia y nuestra cotidianidad que hace que hablar del miedo en esta tierra signifique hablar de nosotros mismos como colombianos.

El miedo en la literatura también tiene que ver con preocupaciones sociales. Esos miedos que se mueven en el aire y que afectan a grupos considerables de personas quienes comparten condiciones como la política, el territorio, la cultura, la historia, las luchas, los conflictos, las victorias, las derrotas, entre muchos otros y otras, hacen parte de los motivos para hacer y presenciar esta literatura. Es casi inevitable, vivimos en sociedades con vínculos relacionales cada vez más fuertes y el miedo, con sus diferentes formas y fuerzas ancestrales, es uno de ellos.

Pensemos en eso que Stephen King dio a llamar *los puntos de presión fóbica*: se trata de los temores o miedos característicos de una sociedad y de una época para la que escribe, como lo ha sido para él la norteamericana, distinta de la europea o la asiática.⁴⁶ Esto es ponerle la lupa desde la literatura, a esas heridas abiertas que nos atraviesan como sociedad, y a los temores generalizados sobre la posibilidad de que esa llaga se extienda y se profundice más.

No quiero con esto decir que para abordar en la literatura esos miedos que emergen de nuestras realidades comunes, tengamos o debamos prescindir, en alguna medida, de lo sobrenatural o la imaginación en sí misma, puesto que estas pueden trabajar muy de la mano. Se trata de intentar entender, narrar y darles forma por medio de la literatura a esos miedos que compartimos como sociedad. Mariana Enríquez, la escritora argentina caracterizada por su preocupación sobre los miedos sociales, haciéndole un guiño a Freud, entiende que es necesario tener una mirada oscura de la realidad para ver lo siniestro en lo familiar, portar o despertar una sensibilidad ante lo macabro que nos rodea y saberla transmitir.⁴⁷ Cualidades que no siempre nos son propias, y a veces, puede que ni siquiera nos sean adquiribles tan fácilmente. Entonces, ¿cómo despertar esa sensibilidad de la que habla Enríquez para poder hablar del miedo que nos permea? Seguramente no existe un manual de instrucciones de cómo ser más sensibles, así como no habrá ningún tutorial confiable de cómo entender a la perfección los males que nos aquejan, eso hace parte de un extenso y complejo proceso educativo, social y cultural que, en últimas, tampoco garantiza nada. A lo mejor, nos haga falta indagar en esa parte oscura que complementa nuestras vivencias, ese otro lado lleno de voces que no dejan ver claramente sus rostros pero que su ruido puede ser suficiente para no dejarnos dormir.

*Vivimos entre fantasmas*⁴⁸

⁴⁶ LLACER, Eusebio. Op cit. p. 13

⁴⁷ POMERIANIC, Hinde (Anfitriona) y ENRIQUEZ, Mariana (Entrevistada). (Noviembre de 2020). Todos vivimos entre fantasmas [Episodio de Podcast]. En *Vidas prestadas*. Spotify. <https://open.spotify.com/episode/7viDU3hduUNTLESA111T8?si=540b691f6d414bc2>

⁴⁸ POMERIANIC, Hinde (Anfitriona) y ENRIQUEZ, Mariana (Entrevistada). Ibíd

Con esta sentencia, Enríquez nos propone entonces un análisis sobre lo fantasmal que impregna nuestras realidades. Un aura sombría que refleja esos temores reales, repetitivos y latentes. Fantasmas que están en todas partes, con los que convivimos, que están ahí, aquí y allá deambulando de un lado a otro a nuestro alrededor, soplando sobre nuestro cuello un hedor a muerte y podredumbre, porque todas las sociedades o pueblos, aun con sus particularidades y similitudes, tienen sus propios fantasmas.⁴⁹ Y ahí podemos ver lo fantasmal en los dramas de aquellas personas que son desplazadas, por ejemplo; o de quienes están desaparecidas; o de las que están mutiladas por la guerra; o de las que caen en bancarrota por una crisis económica; o de las que ven morir sus ríos por intereses capitalistas; o el de las que ya no pueden ni defender sus ríos porque ahora son su sepultura; o el de la madre que quiere esconder a su hijo de tantos muertos y que el suyo no sea uno más; o el de las niñas al salir a la calle, al país, al mundo de los hombres; o el del muchacho que no quiere ver morir de hambre a su familia y ve en la guerra, a pesar de su horror, una esperanza. Tal vez, nunca se me ocurran ni un porcentaje cercano a la totalidad de historias que están ahí afuera llenas de fantasmas y de dolor, tan reales como terroríficas en sus diferentes grados. Penumbras que están tan arraigadas a nuestras vivencias diarias, a nuestros cercanos, a nuestros ancestros, a nuestro futuro, a nuestros pasos, al toque con la tierra al que nos obliga la gravedad, que se nos hace imposible, en muchos casos, obviarlas. Quizá por razones similares la escritora colombiana Gabriela Arciniegas diga que hay cierta identificación con la literatura de este tipo, así contenga en ella temas paranormales o fantasiosos, cuando esta tiene bases en las culturas a las que pertenecemos.⁵⁰ Y esos fantasmas nos pueden dar todo un repertorio para mirar hacia adentro, hacia al fondo, hacia lo más visceral de estas culturas que nos son tan propias y que están a su vez tan transversalizadas por el miedo.

Ahora pensemos en esos fantasmas ¿qué nos dicen? ¿De qué manera la percepción de estos puede servir de insumo para metaforizar la realidad a través de la literatura?

⁴⁹ POMERIANIC, Hinde (Anfitriona) y ENRIQUEZ, Mariana (Entrevistada). *Ibíd.*

⁵⁰ SAMUDIO, Ivan (Anfitrión) y ARCINIEGAS, Gabriela (entrevistada). (7 de febrero de 2022). El legado de Stephen King: entrevista con Gabriela A. Arciniegas. *En descarga radiónica*. Spotify. <https://open.spotify.com/episode/3W3ruP6oEjIKCHLF2obbL4?si=3665f30bb0254af2>

La mirada más clásica de los fantasmas nos cuenta cosas sobre aparecidos, almas en pena que vivieron en alguna época o momento pasado, espíritus errantes que se manifiestan a los vivos de múltiples formas y que en muchas ocasiones buscan decirnos cosas o atormentarnos por algo que sucedió en sus vidas. En primera instancia, podríamos argüir que la condición de fantasma en este caso apela a la memoria, imágenes por lo general deformes o monstruosas, que intentan hablarnos de un pasado que le compete tanto al fantasma como al que se le manifiesta, un no vivo anacrónico que nos puede servir como una ventana o metáfora hacia los temores que nos atraviesan y sus motivos, desde una historia, en alguna medida, compartida.

A propósito de este tema en el contexto al que aludimos, me es inevitable pensar en los horrores que, consciente o inconscientemente, hemos ido elaborando a lo largo de nuestros procesos históricos como sociedad, y todos los fantasmas que han surgido a raíz de eso. Esos espectros que acechan a un pueblo marginado pueden radicarse en los miedos a causa del abandono estatal o alguna masacre de esas que ya se cuentan por centenas; los que acompañan a cantidad de jóvenes no heterosexuales por sus inclinaciones sexuales ya sea ante sus padres, sus amigos o el mundo, tal vez nos hable de todos aquellos que han muerto por las mismas causas, por una ideología patriarcal y machista que se ha prolongado aún en nuestros tiempos; hasta las leyendas clásicas nos recuerdan este tipo de cosas ¿o acaso no es la patasola otro fantasma que puede rememoraros parte de esa misoginia que todavía flota en nuestras realidades? Percibir esos fantasmas y tratar de entenderlos puede significar un proceso de memoria histórica y cultural que, a su vez, podría ayudar a construir una concepción más amplia de un pasado y un presente común.

Por otra parte, esta figura espectral nos refiere también a una suerte de cuerpo virtual, una forma que se desvanece en el aire justamente como los recuerdos, que está y a la vez no. Una sustracción de nuestra parte tangible que, como hemos señalado anteriormente, puede sugerirnos la fragilidad de la vida y la certeza de que la muerte está siempre a la espera de oportunidades para hacer crecer su costal.

Claro, no basta con ver el fantasma, hay que dialogar con él, hurgar en las monstruosidades que lo han deformado aunque esto implique ir a la parte más real y si se

quiere visceral de lo que somos, presenciar el corazón del horror. Naturalmente, ese centro de donde emergen todos estos temores responde a la parte tal vez más aborrecible de nuestras realidades, donde lo humano, se ve expuesto a un alto grado de desconsideración por parte de esos poderes o actores que la componen. Mariana Enríquez, por ejemplo, tratando esos puntos fóbicos con respecto a la historia y la dictadura de su país, señaló lo que para ella significaba el auténtico horror en su tierra:

Al hacer desaparecer cuerpos la dictadura creó fantasmas, y además había cierto horror sangriento, no era un horror hacia afuera se hacía todo adentro. El verdadero horror era el secuestro y la tortura, y eso era dentro de la casa, en el espacio seguro⁵¹.

La escritora fundamenta el *verdadero horror* en la sustracción y el dolor de los cuerpos, donde el miedo es un efecto de la constante desaparición y destrucción de los individuos que componen el tejido social, de los traumas que generan las maneras como ocurren estos “crímenes”. Su literatura también replica esas fobias comunes que se pueden observar en cuentos como *El chico sucio*,⁵² donde existen organizaciones y sectas secretas que se apoderan, con fines económicos o religiosos, de los niños más pobres de las ciudades; o *Tela de araña* que narra la desaparición de un hombre inconforme en un contexto dictatorial; también, Enríquez nos cuenta relatos inclinados hacia lo paranormal como *La casa de Adela*, que nos trae la historia de una chica que se pierde para siempre en una casa misteriosa del barrio cuando entra a conocerla con sus amigas; o narraciones que directamente implican estos dos horrores que menciona (el secuestro y la tortura), y que hacen una apología clara a la propia historia y cultura de horror argentina, como el cuento *Pablito clavó un clavito: una evocación al Petiso orejudo*.⁵³ Su narrativa se podría ver desde esta perspectiva como una forma de dialogar y hacer escuchar el latir de ese corazón del horror, ese órgano abstracto que se alimenta de las violencias más reales y fundamenta miedos que tienden a volverse omnipresentes.

⁵¹POMERIANIC, Hinde (Anfitriona) y ENRIQUEZ, Mariana (Entrevistada). Op. cit. min. 38

⁵²ENRIQUEZ, Mariana. Las cosas que perdimos en el fuego - Epub y PDF [en línea]. [s.l.]: Epublibre, 2016 [consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://ww2.lectulandia.com/book/las-cosas-que-perdimos-en-el-fuego/>>.

⁵³ *Todos los cuentos mencionados en este párrafo, hacen parte del libro de Mariana Enríquez antes mencionado *Las cosas que perdimos en el fuego*.

Estos dos problemas que toca Enríquez, son padecimientos que no son ajenos tampoco a la realidad colombiana, y los fantasmas que han creado se han encargado de llevar el miedo a todos los rincones donde alcanza a llegar el eco del dolor sufrido por las víctimas. Miedos materializados en su base más primitiva, en el sufrimiento padecido por los cuerpos y todo lo que implica esta destrucción. Violencias que no se conforman con el asolamiento físico, psicológico o simbólico del ser humano, sino que dejan ver algo que deambula de acá para allá en el tiempo y siempre tiene algo que contarnos, algo que reflejar de nuestras propias condiciones como individuos y como sociedad.

En un artículo sobre la escritura de horror en los cuerpos, el Mexicano Luis Jaime Estrada señala un término al que podríamos relacionar con este adolecer que tanto nos atañe, una práctica llevada a cabo por esos monstruos reales con los que convivimos y que él ha nombrado como *violencia ontológica*. Se refiere a una violencia que no se conforma con la muerte sino que va marcada con un simbolismo de crueldad y un desprecio absoluto por la dignidad humana⁵⁴. La muerte aquí, aunque terrorífica, pasa a un segundo plano cuando el ser es cosificado a la categoría de papel, el sístole y diástole de este corazón del horror, se expresa en la denigración, las formas y el mensaje que dejan entrever tales violencias en nuestra humanidad.

Ahora, volviendo al tema del cuerpo, si decimos que hay un corazón del horror podríamos ¿por qué no? suponer que también existe un cuerpo del horror. Pensando en esto se me dibuja en la cabeza una imagen que me trajo una narración del británico Clive Barker: dos ciudades tienen como tradición, cada cierto tiempo, construir colosos de cuerpos humanos para enfrentarse mutuamente. En el camino hacia la batalla, muchos, atados con sogas y correas, mueren aplastados por el peso de los que están arriba o asfixiados por la falta de aire o por la podredumbre de los cuerpos muertos, y los que ya parecían cadáveres antes de serlo. Sin embargo, al final *Mick*, uno de los protagonistas, un espectador más de aquella carnicería antropomórfica y gigantesca, no puede evitar adherirse a tal aberración de ciudad, a *Popolac*, ese cuerpo lleno de cuerpos muertos y

⁵⁴ ESTRADA CASTRO, Luis Jaime. La escritura del horror en los cuerpos: violencia ontológica y simbolismo de crueldad. En: Estudios políticos [en línea]. 2016. vol. 9, no. 37 [consultado el 20, enero, 2023], pp. 57. Disponible en Internet: <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=426443710003>>. ISSN 0185-1616.

arrastrados por unos pocos que viven con una certidumbre tenebrosa: la de seguir avanzando, la de seguir haciendo caminar esa masa hacia la batalla sin importar el dolor, los muertos y la pérdida de humanidad que eso supone.⁵⁵ Barker, nos trae una imagen donde la humanidad no es más que un montón de piezas utilizables y desechables, donde la violencia ontológica de la que habla Estrada, es la consecuencia de esas búsquedas de unidad, poder y gloria, que tanto han complicado a gran parte de las sociedades humanas, cuando éstas, quedan abandonadas a la fuerza bruta, las malas estrategias y la poca



empatía con los mismos que la componen. También, podríamos ver allí, no solo una consecuencia sino un mecanismo que replica esos miedos puesto que tales violencias, son las que conforman la composición estructural de estos colosos, y el dejar de ejercerlas, replicarlas o vivirlas, implicaría la caída total del gigante, la muerte absoluta (como le sucede en el relato a *Podujevo*, la otra ciudad que no alcanza a llegar a la batalla y se derrumba sobre sí misma en el camino).

56

Tal vez sea ese cuento un reflejo, *una mirada oscura* de

las tenebrosas realidades que cargamos a cuestas, un cuerpo casi zombi que destruye todo

⁵⁵ BARKER, Clive. *Books of Blood, I* [en línea]. Traducido por Santiago Jordán Sempere. [s.l.]: Círculo de lectores, 2002 [consultado el 20, enero, 2023]. p. 112. Disponible en Internet: <https://www.academia.edu/38255719/Clive_Barker_Libros_sangrientos_1_pdf>. ISBN 84-226-3244-6.

⁵⁶ *Nota: *Popolac walked and Popolac sang*, es una imagen creada por un artista anónimo y basada en el cuento *En las colinas, las ciudades* de Clive Barker. (Visto por última vez el 20 de septiembre de 2022).

a su paso, multiplica y magnífica en sus diferentes fragmentos el corazón del horror palpitante en cada uno. Quizá, Barker quisiera mostrarnos a *Podujevo* y *Popolac* como ese mensaje que, desde la imagen del cuerpo, refleja metafóricamente las diferentes violencias a las que estamos sometidos, así como los miedos y las consecuencias a las que esa sujeción conlleva. Estrada, por esta misma línea, también señaló algo que puede contribuir a ampliar ese espectro que implica escudriñar en el corazón y el cuerpo del horror:

El cuerpo es un discurso social y, junto con la mente y espíritu, un elemento constitutivo de lo humano, por lo que su desaparición, tortura, mutilación y desmembramiento, verifica la desarticulación psicológica y social de la condición humana, convirtiendo el cuerpo del cadáver en un mensaje deshumanizante del horror social.⁵⁷

Estrada, como lo mencionamos anteriormente en este trabajo, también entiende una narrativa en el cuerpo y ve en él, un discurso de carácter social así como un elemento constitutivamente humano. En esta medida, su destrucción, y la crueldad que hay en ella, son un mensaje de miedo que degrada la condición humana y que se propaga por la psique de las personas en el tejido social.

Y es que es en el cuerpo, donde quizá podamos identificar esas violencias con más claridad, esos fantasmas que aún nos atormentan y degradan al ser humano; acaso, podamos también analizar que el corazón del horror, su centro, se puede materializar en todos y cada uno de nosotros como un mensaje que se pasa de voz a voz, porque somos esa pequeña parte, ese corazón que bombea para todos lados, para el resto del cuerpo social, amplio y multiforme. A esto, Estrada toca otro punto que atañe justo a esa parte que nos toca como sobrevivientes parciales de la carnicería y la degradación a la que estamos expuestos continuamente, y que puede ser uno de los mejores lentes para analizar este miedo al que nos referimos:

⁵⁷ ESTRADA C, Luis Jaime.Op. cit. p. 57

La muerte no es suficiente, ya que el horror que genera en las víctimas secundarias como la familia, comunidad y sociedad en general a la que pertenecen las víctimas primarias, busca trascender la muerte prolongando el sometimiento, la dislocación social y la deshumanización.⁵⁸

El horror, el terror o el miedo trascienden gracias a los que quedan, a los que reciben ese mensaje que han dejado los cuerpos vulnerados: las víctimas secundarias como las llama estrada. Los que escuchan, ven, sienten, perciben esas violencias cercanas y están vulnerables ante ellas, las que se ven sometidas a callar, odiar o actuar de ciertas maneras así no sean de su agrado, solo por la amenaza a nuestra humanidad que esas violencias implican.

El cuento de Barker, tal vez nos ilustre sobre el peso de ese sometimiento y la deformidad que llegan a alcanzar nuestros pueblos o nuestras realidades, cuando estas violencias, que no mueren con los cuerpos, sino que se explayan por todo el tejido social, se adhieren a nuestra cotidianidad, se infiltran y acomodan en las estructuras que concebimos para vivir en sociedad. El horror tampoco ha sucumbido allí, al contrario, acompaña esas violencias como si fuera su olor característico y se alimenta de la muerte que va dejando a su paso. Seguramente, sería muy complicado para cualquiera que no lo haya vivido en carne propia, comprender el sufrimiento de una comunidad que vio morir a sus coterráneos y coterráneas incineradas en una iglesia a causa de un conflicto armado, pero tal vez no nos sea tan difícil entender el quiebre de la armonía, la falta de tranquilidad, el dolor, el odio, las posibles represalias y el miedo que se queda amarrado a la atmósfera no solo en ese único lugar donde sucedió esto, sino también a todo el cuerpo que toca esta herida; A lo mejor, se nos dificulte también pensar en levantarnos una mañana sin saber que cruzará, en pocas horas, por el frente nuestro, un balón con bigote y rodando apenas a un par de zancadas, un balón muy parecido a uno de nuestros vecinos que ahora es el divertimento de un equipo de fútbol, que en vez de pantalonetas y canilleras, llevan camuflados y fusiles, pero no nos quede tan complicado, percibir la deshumanización que ese acto simbólico implica.

⁵⁸ ESTRADA C, Luis Jaime. Op. cit. p. 2

Es el miedo desde esta mirada como un virus que sobre todo padecemos esas víctimas secundarias, las que aun quedamos aquí, las que componemos el resto de ese cuerpo dolorido y débil, experimentando y presenciando el horror real, multiplicándolo en algunos casos, y las que al fin y al cabo, podremos elegir formas de mirarlo, experimentarlo, interferirlo, interpretarlo y, sea en este caso, narrarlo.

Tenemos entonces, que el miedo en la literatura también se nutre de las problemáticas sociales reales. Por lo que, este arte, que explora nuestras sensibilidades y miedos ante lo real, nos invita también a un análisis sobre eso fantasmal, como lo diría Enríquez, con lo que vivimos diariamente, que nos rodea y perturba nuestra tranquilidad.

Evidenciar esos fantasmas, ese análisis, implica un diálogo con los muertos, con esos que alguna vez vivieron sosteniendo a Popolac, y sus pasados marcados por la muerte. Atenderlos, quizá nos ayude a construir parte de nuestra memoria, a mirar el origen, los motivos y las consecuencias de esos miedos que hoy siguen tan vivos y fuertes en nuestras realidades.

Así mismo, esta búsqueda nos permite hurgar en ese punto clave donde se materializan las violencias que propenden al miedo: en la degradación y la cosificación de la humanidad por parte de esos actores y poderes que componen lo social o, como se ha sintetizado aquí, en el corazón del horror. Una forma de llamar a estas problemáticas que se concretan en el dolor y la muerte de los individuos, y que alcanzan su punto más álgido cuando un simbolismo de crueldad atraviesa los cuerpos que han quedado, cuando la muerte no es suficiente y la violencia ontológica de la que habla Estrada, es evidente.

Estas violencias son consecuencias, pero también mecanismos para el miedo, tanto en la vida como en la literatura, puesto que marcan el cuerpo como un discurso social que, en la degradación y crueldad que allí se connotan, expande un mensaje de terror que se impregna en los mismos cielos donde fue germinado, dando pie al miedo.

Las víctimas secundarias que aún cobijan esos cielos, somos en últimas los que padecemos esos miedos. Componemos este gran cuerpo social debilitado, asimilamos el

mensaje y terminamos replicándolo, reproduciéndolo, analizándolo, recreándolo y, como sucede en este caso, narrándolo.

Por eso, la literatura que nace de esta entrega, busca justamente en algunos de los cuentos, mostrar desde la ficción esa otra mirada que está ligada irremediablemente a nuestras realidades, y los recursos que aquí tratamos, son solo mecanismos para abordar el miedo como un código que se podría leer a la luz de nuestra propia experiencia.

Referencias

ÁLVAREZ RIVERA, Adriana. Escribir la pesadilla: Dávila y Tario, entre lo fantástico y el terror. Dos ejemplos en la literatura mexicana del Medio Siglo. En: Nomenclatura: aproximaciones a los estudios hispánicos: [en línea]. 2018. vol. 6 [consultado el 5, octubre, 2022], p. 13. Disponible en Internet: <<https://uknowledge.uky.edu/naeh/vol6/iss1/4/>>.

ANTÓN HURTADO, Fina. Antropología del miedo. En: Mthados.revista de ciencias sociales [en línea]. 2015. vol. 3, no. 2 [consultado el 20, enero, 2023], pp. 262-275, p.267. Disponible en Internet: <<https://www.redalyc.org/pdf/4415/441542974008.pdf>>. ISSN 2340-8413.

BARBOSA, Rafael y GOMEZ, Esmeralda. Psicología del miedo. Researchgate [página web]. (marzo, 2021). [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <https://www.researchgate.net/publication/350485321_PSICOLOGIA_DEL_MIEDO>.

BARKER, Clive. Books of Blood, I [en línea]. Traducido por Santiago Jordán Sempere. [s.l.]: Círculo de lectores, 2002 [consultado el 20, enero, 2023]. 112 p. Disponible en Internet: <https://www.academia.edu/38255719/Clive_Barker_Libros_sangrientos_1_pdf>. ISBN 84-226-3244-6.

BERTRAND, Sara. El miedo en el lenguaje. La fuente [página web]. (15, abril, 2019). [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://www.fundacionlafuente.cl/columnas/el-miedo-en-el-lenguaje/>>.

BORGES, Jorge Luis. Siete noches [en línea]. [s.l.]: [s.n.]. 61 p. [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://docs.google.com/viewer?a=v&pid=sites&srcid=ZGVmYXVsdGRvbWFpbm9iaWJsaWJyb3NwZGZ8Z3g6NTViOWMwZTFjM2ZhMmRlMw>>.

BRAVO, Victor. El miedo y la literatura. En: Anales de literatura hispanoamericana [en línea]. 2005. p. 13-17. [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI0505110013A>>. ISSN 0210-4547.

CARROLL, Noël. La filosofía del terror o paradojas del corazón [en línea]. Traducido por Gerard Vilar. [s.l.]: Minicaja, 2014 [consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <https://www.academia.edu/23842984/Filosofia_del_terror_o_paradojas_del_cor_Noel_Carroll>.

CARRERA GARRIDO, Miguel. 1. LA FRONTERA COMO DELIMITADORA DE ONTOLOGÍAS: TERROR, MARAVILLOSO Y CIENCIA FICCIÓN, Fantástico y terror: teoría y práctica de dos categorías ficcionales en el ámbito hispánico. En: Studia Romanica Posnaniensia [en línea]. 2018. vol. 42, no. 2 [consultado el 20, enero, 2023], p. 5-20. Disponible en Internet:

<https://www.academia.edu/36977404/Fantástico_y_terror_Teoría_y_práctica_de_dos_categorías_ficcionales_en_el_ámbito_hispánico>. ISSN 0137-2475.

CHAD St. John. (Escritor), y NACHMANOFF, Jeffrey. (Director). (2018). *Réplicas* [Película]. Company films

ENRIQUEZ, Mariana. Las cosas que perdimos en el fuego - Epub y PDF. Lectulandia - EPUB y PDF gratis en español | Libros ebooks [página web]. (26, junio, 2016). [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <https://ww2.lectulandia.com/book/las-cosas-que-perdimos-en-el-fuego/>

ESTRADA CASTRO, Luis Jaime. La escritura del horror en los cuerpos: violencia ontológica y simbolismo de crueldad. *En: Estudios políticos* [en línea]. 2016. vol. 9, no. 37 [consultado el 20, enero, 2023], p. 57-80. Disponible en Internet: <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=426443710003>>. ISSN 0185-1616.

GARCÍA JURADO, Francisco. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59115488006>. *En: Nova tellus* [en línea]. 2008. vol. 26, no. 1 [consultado el 20, enero, 2023], p. 169-204. Disponible en Internet: <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=59115488006>>. ISSN : 0185-3058.

GONZALES GRUESO, Fernando Darío. El horror en la literatura. *En: ACTIO NOVA:REVISTA DE TEORÍA DE LA LITERATURA Y LITERATURA COMPARADA* [en línea]. 2017. no. 1 [consultado el 21, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://revistas.uam.es/actionova/article/view/7766/9129>>. ISSN 2530-4437.

LLACER LLORCA, Eusebio. El terror en la literatura: el diseño de la "Tale de Poe. CORE – Aggregating the world's open access research papers [página web]. [Consultado el 21, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://core.ac.uk/download/pdf/58905521.pdf>>.

LOVECRAFT, H. P. El horror en la literatura. Barcelona. Fontana. 2018, p. 10

LOVECRAFT, H. P. (2020). Los mitos de Cthulhu (R. Gosseyn, Trad.; 2a ed.). Comcosur.

LOVECRAFT, Howards Philip. Más allá del muro del sueño. IIS Windows Server [página web]. [Consultado el 21, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://web.seducoahuila.gob.mx/biblioweb/upload/MURO.pdf>>. KING, Stephen. El umbral de la noche. p. 13. <http://www.jfk.edu/ec/jfk/images/librospdf/Stephen-King---El-umbral-de-la-noche-1-212.pdf>

KING, Stephen. El umbral de la noche. p. 13. <http://www.jfk.edu/ec/jfk/images/librospdf/Stephen-King---El-umbral-de-la-noche-1-212.pdf>

MARQUEZ, Gabriel García. Algo muy grave va a suceder en este pueblo | Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte. Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte [página web].

[Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://www.culturarecreacionydeporte.gov.co/es/bogotanitos/erase-una-vez/algo-muy-grave-va-suced-er-en-este-pueblo>>.

MONTERO, Eugenia (escritora), VALVERDE, José Antonio. (compilador). 12 Biblioteca universal de misterio y terror. Madrid: Ediciones UVE, 1981. 126 p.

POE, Edgar Allan. Cuentos de terror. Compilado por Mauricio Molina. 5a ed. Bogotá: Alfaguara, 2007. ISBN 958-704-039-2.

O'CONNOR, Flannery. Para escribir cuentos. p. 102. (Referenciado por última vez el 26 de abril de 2022) chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcglclefindmkaj/viewer.html?pdfurl=https%3A%2F%2Fcdigital.uv.mx%2Fbitstream%2Fhandle%2F123456789%2F1795%2F199074P99.pdf%3Bjsessionid%3D23C583EF8C334EBD80CEEB7CCDECBF7E%3Fsequence%3D2&c len=2238578

OLIVERA, Juan Carlos. El miedo en la literatura uruguaya: un efecto de construcción narrativa. En: Anales de literatura hispanoamericana [en línea]. 2005. vol. 34 [consultado el 21, enero, 2023], p. 34, 43-69. Disponible en Internet: <<https://revistas.ucm.es/index.php/ALHI/article/view/ALHI0505110043A>>.

POMERIANIC, Hinde (Anfitriona) y ENRIQUEZ, Mariana (Entrevistada). (Noviembre de 2020). Todos vivimos entre fantasmas [Episodio de Podcast]. En *Vidas prestadas*. Spotify. <https://open.spotify.com/episode/7viDU3hduUNTLESAn111T8?si=540b691f6d414bc2>

QUIROGA, Horacio. El almohadón de plumas. Guao | [página web]. [Consultado el 20, enero, 2023]. Disponible en Internet: <<https://www.guao.org/sites/default/files/biblioteca/Almohadon%20de%20plumas.pdf>>

RAMÍREZ LOPEZ, Augusto. El cine de terror psicológico. La arquitectura de un falso género. En: Escribanía [en línea]. 2017. vol. 14, no. 1 [consultado el 21, enero, 2023], p. 37. Disponible en Internet: <<https://revistasum.umanizales.edu.co/ojs/index.php/escribania/article/view/1810>>.

RAMÍREZ RAVE, Juan Manuel. (2016). Hacia una retórica y una poética del silencio. Revista CS, no. 20, pp. 143-174. Cali, Colombia: Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Icesi. pp. 149 150

SAMUDIO, Iván (Anfitrión) y ARCINIEGAS, Gabriela (entrevistada). (7 de febrero de 2022). El legado de Stephen King: entrevista con Gabriela A. Arciniegas. En *descarga radiónica*. Spotify. <https://open.spotify.com/episode/3W3ruP6oEjIKCHLF2obbL4?si=3665f30bb0254af2>

STOKER, Bram. Drácula. Alejandría p. 37 <https://www.elejandro.com/libro/dracula/stoker-bram/143>

VANEGAS VALENCIA, Álvaro Enrique. *Despertares Atroces 1*. Bogotá: Calixta Editores, 2019. ISBN 978-958-5481-59-6.

VANEGAS VALENCIA, Álvaro Enrique. Verónica. Bogotá: Calixta Editores, 2020. 209 p. ISBN 978-958-5107-40-3.

WALLACE, Tommy Lee (director). (1990). *It*. Producido por Tommy Lee Wallace.

WHORF. (1971) citado por Antón Hurtado, F. (2015): “Antropología del miedo”, *methaodos*. Revista de ciencias sociales, 3 (2): 262-275. p.266

WINTER, E, Douglas (1989). *Escalofríos*. Ed. Grijalbo. p.24

ZAMBRANO María, citado por MARTÍN, Francisco José. El “sueño creador” de María Zambrano (Razón poética y hermenéutica literaria). *Centro virtual Cervantes*. Universitá di Siena..p. 239 (consultado el 29 de abril de 2022) <https://docplayer.es/28313675-El-sueno-creador-de-maria-zambrano-razon-poetica-y-hermeneutica-literaria.html>

*Nota: Popolac walked and Popolac sang, es una imagen creada por un artista anónimo y basada en el cuento *En las colinas, las ciudades*, de Clive Barker. (Visto por última vez el 20 de septiembre de 2022. https://www.reddit.com/r/creepy/comments/jfdaf/popolac_walked_and_popolac_sang/

PARTE II

NUESTROS MIEDOS

Negocios

- Mamá, ¿quiénes serán esos señores?
- No sé hija, pero de por acá no son.
- ¿Y qué tendrán que ver con don Jairo?
- Negocios tal vez.
- ¿Por eso sacan las vacas?
- Seguramente.
- ¿Y qué tendrá que ver doña Margarita? ¿Todo ese ganado no es pues disque de él y de nadie más como nos dijo esa vez que la cariblanca se metió para este lado de la cerca?
- Tal vez está mediando, es que las mujeres también sabemos negociar, y hasta mejor que los hombres.
- Entonces ¿por qué empezó a llorar mamá?
- Eso... eso no nos interesa Juliana, mejor cerremos eso ahí que nos van a ver.
- Se metieron a la casa ma ¿será que también la van a comprar?
- ...
- ¿Mamá? ¿por qué tiembla? ¿por qué llora? ¡mire ma! salieron con Carlitos y Laurita, pero solos, sin don Jairo ni doña Margarita.
- Ya le dije que cerrara esa ventana y se fuera para la pieza ¡ya!
- Ma ¿será que esos señores quieren negociar también con nosotros? porque ahí vienen.

La enfermera

Al hombre lo habían traído con dos balas incrustadas en su tórax y, según sus pronósticos, de seguir así alcanzaría si mucho a vivir unas dos horas más. Sara tomó el bisturí de su maleta, se acercó al hombre recostado entre sábanas grises y una camilla que parecía más un mesón para cortar carne, y vio el dolor en sus ojos. Esa rápida mirada fue un puente hacia su pasado pues le recordó a su padre la tarde en que les tocó a ambos salir de la finca en la que vivió su infancia, corriendo monte adentro por casi un mes. Días, en los que ella tuvo que sobrevivir veinte de ellos sin comida, con la escasa agua de uno que otro arroyo que se encontraba en el camino, sin abrigo y, al final, sin su padre. A él, cierto día de huida, los detuvo un rumor muy popular no solo en la vereda sino también en el pueblo sobre esos territorios selváticos de Dagua y los campos minados que por allí se escondían. Cuando corrían de la mano para no separarse sintiendo como si el diablo les respirara en la nuca, él le dijo que esperara, que tenía que asegurarse, y después de algunas horas tirando una piedra atada con los cordones de ambos hacia adelante, para arrastrarla hacia él y poder avanzar, Sara pudo ver algo muy similar en sus ojos, era un dolor cargado de miedo y tristeza que se volvió demoledor en el momento en que su padre se detuvo fijo en un solo punto, y le dijo que ni se le ocurriera acercarse, que se fuera ahí mismo, pero ella no hizo caso. Se quedó ahí mirándolo por cuatro días y cuatro noches aún después de darse cuenta que en el más desafortunado movimiento, su padre podría explotar. Sin importar lo mucho que la regañaba cuando se acercaba, ella siguió llevando lo que pudo de comida y bebida en esos días. Al final el desespero le ganó, nunca nadie vino en su ayuda ni los escuchó. Al cuarto día los calambres eran insoportables, el cansancio demoledor y la vida en ese mismo punto estático, también. Cuando creyó que su hija estaba dormida al otro lado del campo, él solo tuvo que alzar un poco su pie izquierdo para terminar esa tortura que estaba seguro, no aguantaría un día más. Los restos de su cuerpo y la sangre llovieron sobre la cara absorta de ella, quién vio perfectamente el momento en que su padre creyéndola envuelta en el sueño, la miró desde lejos como despidiéndose antes de que el aturdimiento del estallido lo nublara todo para ella. Lo que quedó de él luego de la explosión, un tronco agonizante, se tardó también dos horas en morir mientras se terminaba de desangrar.

Sara volvió a lo suyo, metió el bisturí y al tocar la bala, el hombre dio un quejido ronco que se regó hasta afuera de la habitación.

- Esta fue fácil, solo falta una.

Mientras tapaba la herida y abría el nuevo agujero por donde buscaría la otra ojiva, seguía pasando por su mente las imágenes de su padre las últimas veces que lo vio con vida. Era una mañana de domingo, solitaria y con mucho calor, cuando lo mandaron a llamar de la finca de enseguida. Volvió a los quince minutos con un semblante totalmente diferente al que tenía cuando se fue y lo único que le dijo fue: Nos vamos. Tenía la camisa chispeada de sangre y los nudillos. Su hija, que no siempre lo obedecía sin cuestionarlo, se limitó esta vez a seguir sus órdenes sin preguntar, era como si no quisiera que le confirmaran lo que empezaba a sospechar: que el mundo para ella estaba a punto de cambiar drásticamente. Sacaron lo que pudieron, un par de chaquetas y unos zapatos que eran mucho más relevantes en ese momento que la única foto que quedaba de su madre ya muerta desde su nacimiento. Se alcanzaron a escapar en ese momento introduciéndose en lo más espeso del monte, no sin antes de que Sara pudiera ver esa imagen que la perseguiría en sus sueños y pesadillas de ahí en adelante por toda su vida. Ese hombre gordo que llegó a su casa con una gaza en su nariz, que mató a su perro cuando este lo recibió a la entrada, y que repartió órdenes a esos otros viejos armados con los que venía para que los buscaran por todos los rincones de la finca, esa escena era imborrable.

- ¡Listo! este ya no se nos muere... tan rápido. - Dijo con un tono de satisfacción que ya era característico en ella, y le entregó el segundo proyectil a un joven espigado que la acompañaba junto con otros dos viejos que silenciosos, veían su trabajo. - Ahí lo tienen, sáquenle toda la mierda que puedan, eso si, no se vayan a pasar de la raya porque si me hacen levantar otra vez a esta hora les meto estas mismas balas pero por el culo arriba malparidos. Espero que para mañana ya esté listico para que cante todo.

A la una de la mañana Sara, alias la enfermera, bandolera, sicaria, experta en torturas e interrogatorios, se fue a dormir con la rabia del trasnocho y de pasar un día más sin saber de ese hombre al que sobre los múltiples restos de su padre en aquel campo minado, ella juró encontrar.

Otro día sin dar con él, otra noche recordando el momento exacto en el que ella se había convertido en el monstruo que ahora era.

Ecós

Creo que me gusta más sentir el miedo que entenderlo, le dije una vez algo aburrido a Laura, una compañera en la Universidad quien me había sacado más de un susto con sus historias. ¿Usted si sabe lo que está diciendo? me respondió, es que una cosa es escuchar una historia, ver una película o leer un cuento, y otra muy diferente vivirlo en carne propia, ¿Se imagina que el verdadero duende lo secuestre a uno? yo me muero. Me horrorice al pensarlo al igual que lo hubiera hecho a los siete años, y eso que he sido bastante reticente con esas historias del duende, la madremonite o la patasola, aun así, creo que le había cogido un punto a su respuesta. Le pregunté por la ubicación de esa casa del duende de la que me había hablado en uno de sus “cuentos de la montaña” como le habíamos puesto la primera vez que, reunidos con otros del salón, nos contó más de seis historias diferentes de terror que sucedían en las fincas cercanas de donde vivió cuando era niña. La casa del duende, tan famosa para ese momento entre los cuatro o cinco que nos reuníamos en la cafetería a las ocho todos los jueves, quedaba por Aures, en las montañas de Caicedonia. Me dijo también que estaba de buenas, gracias al proceso de paz que hacía unos años atrás se había llevado en la Habana con las guerrillas, los grupos que controlaban la zona, habían cesado sus actividades por el territorio y ahora, si quería, podía ir a verla yo mismo, ya que antes habría sido imposible. Eso ha sido tierra caliente siempre, y no por el clima, me dijo con ojos burlones como buena conocedora del terreno, si quiere vamos, yo se la muestro.

Lo pensé solo esa noche, al otro día, ya tenía todo listo para ir a ver con mis propios ojos esa casa en la que, según Laura, dice que cuentan, el duende se había robado a varios niños y niñas. Llevamos unos sándwiches caseros, mucha agua y buenas papitas, a Laura le encantaban. Las montañas eran un poco empinadas y el guadual con su lobreguez, estaba bastante espinoso. He intentado evitarlos desde que una noche, cuando era niño, me había perdido en uno tres veces más pequeño que este. Me encontraron a la madrugada, con los perros de la finca y mi abuela a la cabeza. Esa noche sentí mucho frío y mi imaginación no me dejaba ni mirar por donde caminaba, para donde volteara, siempre creía ver algo que se deformaba en las sombras y me llamaba. Algunas veces parecían carcajadas de juego que me invitaban y otras, creía escuchar gritos, como si me suplicaran que les diera algo y ese algo fuera yo mismo. Me quedé en el mismo lugar toda

la noche escuchando todas esas súplicas sin abrir los ojos una sola vez hasta que mi abuela me encontró.

Cuando llegamos por fin a la casa, no parecía tan vieja ni tan artesanal como había creído. Era una construcción sólida, con ladrillo de barro y repello de cemento, hasta una terraza ostentaba. La anduvimos de arriba abajo viendo el deterioro de las paredes y lo destruido del suelo, tomándole fotos e imaginando cómo podría uno vivir ahí. Que en esta parte el computador, que allí la cama, que en esta otra habitación iría una silla para mirar la llegada de los barranqueros en su búsqueda diaria de agua, que en este otro lado cabría perfectamente una hamaca. Lo malo era su oscuridad, y la sombra de los árboles, eran, en parte, los propiciadores de ella. Laura me contó que también era la primera vez que entraba, toda la vida la había conocido como la casa del duende por los rumores de siempre en la vereda, pero los más viejos saben que esa casa fue utilizada por los grupos armados en los ochentas y los noventas para quien sabe que cosas. Lo del duende seguro fue porque a pesar de que esas guerrillas ya no la utilizaban desde hacía más de veinticinco años, los niños se siguieron perdiendo cuando se arrimaban por esas zonas, o eso es lo que se dice.

Una lluvia que empezó disimulada, se hizo con los minutos imposible de ignorar y no tuvimos otra opción que resguardarnos en las partes de la construcción a las que aún no le entraba el agua. No pasó mucho tiempo en el que, entre mis lecturas y sus historias de aparecidos y desaparecidos que nos echábamos para pasar el rato, empezó el frío a hacer de las suyas así como empezaron las caricias necesarias para combatirlo. Luego un par de besos tímidos que fueron volviéndose más prolongados a medida que el aguacero arreciaba. El terror fue desapareciendo con el tacto y mi mente, solo se enfocada en alcanzar su abdomen camino a su peligrosa cadera con mis labios. En nada, todo estaba dado, soltar un par de botones del blue jean y todo listo, los placeres del estudio palpables. Alcancé a escuchar unos gemidos tenues, casi imperceptibles, algo desagradables, y no por lo mucho que odio los gemidos antes de la penetración, sino porque me hacía pensar más en un dolor agudo que en cualquier cosa placentera. Fingí no escucharlos y seguí con mi proceso, me lancé de nuevo a perderme en su entrepierna y lo logré, no era tan complicado para ser sincero, pero otra vez, las diminutas agonías se multiplicaron como si llegaron de todas partes en un horroroso intento por parecer gemidos de placer. Me

detuve, no podía seguir con eso, miré a Laura y ella me miró esperando tal vez unas palabras que justificaran el hecho de ya no tener mi cara en su vulva, miré luego las paredes húmedas y el tamaño de la habitación, en un lugar como ese, hasta la respiración tenía eco. Al final de la pared, una sombra se escurrió por el frente y desapareció. Era un poco como aquella vez en el gradual aunque ligeramente diferente. Me levanté algo rápido, brusco según Laura, y me fui tras la sombra. Esta vez, sin esos miedos infantiles encima, estaba tan seguro de que había alguien más, como de que no podría divertirme como debía ya sabiendo eso. ¿Y si nos toman fotos, y si las llega a ver tu novio, y si las publican en las redes? Le dije a Laura luego de su reclamo por dejarla sola con los Jeans en los tobillos y las ganas servidas. Lo que siguió luego de no encontrar a ni siquiera uno de esos monos aulladores que pasean por ahí, fue un desfile mudo de regreso al pueblo, en el que ella casi corría y yo la seguía como perrito faldero mojado por la lluvia. No le pedí disculpas en ese momento y nunca más consideré hacerlo, estaba tan seguro de que había visto a alguien que me pareció lo más indicado parar y buscarlo, y que ella no me creyera cuando le decía que solo la quería proteger, también me ofendía. Cuando llegué a mi casa, solo pensé en alistar la ropa y lo que me llevaría para pasar el siguiente día. La verdad es que el cuento de las fotos yo tampoco me lo creía mucho, pero si sentí que en realidad había algo o alguien que nos observaba, hasta creo que pude escuchar sus pasos, y los gemidos, para ese momento ya estaba seguro que no habían sido de Laura. Entonces ¿por qué ella no los había escuchado? tampoco vio la sombra, ¿estaría experimentando mi propia historia de terror? Fue una emoción extraña la que sentí al pensarlo, una sensación que iba de lo terrorífico a lo agradable y viceversa. Me recordó los cuentos con los que nos asustaba mi papá de niño a mí y a mis primos, y luego, el peso de la realidad me sugirió que posiblemente aún viviera gente ahí. Era una sombra perfecta de un ser humano, y que de repente, desapareciera con esa facilidad, me dejaba muchas dudas. Al otro día estaba en el mismo lugar en el que había visto la sombra, pero solo. Fumé un poco, me fui comiendo los maduritos empaquetados que siempre preferí en vez de las papitas y leí un poco para pasar el rato, esperando a que quizá, pudiera ver algo más diciente esta vez. ¿Y si fue otra de mis invenciones infantiles como las del gradual hace unos años? me decía una vocecita que no me dejaba concentrar en lo que leía. Esa vez era apenas un niño y estaba demasiado asustado, me daba consuelo respondiéndome. Ahora, podía estar asustado pero no era un niño, tenía que haber algo, esa sombra humanoide que

me había visto con Laura fue tan real que no podía ser sólo producto de mi imaginación. Un duende, el duende, los duendes, los niños que se había robado el duende, ¿Y si mi abuela con sus perros no hubiera llegado esa noche, me habrían llevado los duendes para su casa? Yo pensando en duendes, y alguien tal vez, viviendo por ahí sin mucho que comer, con este techo como su única casa y esperando a que yo le desocupe para venir a dormir tranquilo, o tranquila. Me puse de pie, tomé el bolso, el libro, los maduritos y me puse la chaqueta. Las nubes ya estaban lo suficientemente cargadas, como si esperaran a que tocara la puerta de salida para soltar su líquido. Llovió toda la tarde y no pude ni llegar a la esquina. Siguió igual en la noche, parecía que el cielo y la casa hubieran confabulado para atrapar me allí dentro dejando a la sospecha lo más improbable. Tuve que quedarme en ese rincón oscuro esperando a que dejara de llover o que por lo menos, la luz no desapareciera por completo. Ese día no me irían a buscar porque no le avisé a nadie y no era la primera vez que me perdía un fin de semana. El guadal, era algo a lo que tampoco me quería enfrentar en esas condiciones. La tarde siguió avanzando y llegó la noche. La lluvia y los ventarrones amenazaban con tirar todos los árboles sobre mí, sobre la casa, no me quería ni imaginar como estaría el guadal. Me sumergí en mí. Los ojos cerrados por no sé cuántas horas, sin que la lluvia parara. Creí dormir en un momento, no estoy seguro, hasta que, otra vez empecé a escuchar los lamentos. Esta vez era auténtico llanto que no se intentaba camuflar en gemidos de placer. Tal vez ahí estaba lo que buscaba, pensé, hubo algo de resistencia en mis pies, pero los seguí con toda la fe en que encontraría algo de verdad. La casa, envuelta en la oscuridad, daba la sensación de ser por lo menos cinco veces más grande que lo que se percibía en el día. Crucé algunos pasillos y reconocí una luz como de fogata que venía de alguna parte al fondo. Me acerqué hasta que llegué al origen de la luz, una fogata pequeña para el fulgor que emanaba y, a su alrededor, varios niños buscando calor y echando hojas secas y basura para mantenerla viva. ¿Qué diría Laura si hubiéramos visto esto ayer?

Estos niños deben estarla pasando muy mal, están desnutridos, sucios y hasta enfermos, pensé al ver las dificultades con las que muchos se acercaban al fuego y asaban lagartijas, ratones o cucarachas para comer. No advertieron mi presencia, o no les importaba no sé, hasta que uno levantó la cabeza y me dejó ver seis dientes aun claros y dos negros que aún se alojaban en su boca. Los saludé y me miraron como si no entendieran, uno, me ofreció un pedazo de algo que no pude darme cuenta si era para comer o tendría otro uso.

Rechacé lo más amable posible su ofrecimiento y saqué del bolso el paquete de maduritos que llevaba por la mitad. Les regalé a cada uno un poco y se mostraron contentos. Pensé en cuánto tiempo llevarían viviendo ahí, en ese estado, dónde estarían sus padres, sus familias, eso, para nada parecía un juego. También pensé que si tuviera buena batería u otra cámara, tendría más que una historia, un documental. Al parecer llevaban un buen tiempo viviendo allí en esas condiciones, los que aún caminaban, se desplazaban como gatos por las partes más angostas y oscuras de la casa sin problemas. Algunos habían adoptado esas formas de caminar de manera permanente, encorvados y casi siempre apoyados en sus cuatro extremidades. Me acerqué al fuego y tiré el empaque de platanitos vacío, saqué luego una hamburguesa del maletín y la ofrecí. Todos se acercaron y entre manos desesperadas, tomaron la hamburguesa y desapareció en el tumulto. Al final, dejaron ambos panes que cubrían la carne, tal vez, la cuestión no era tanto de hambre asumí. Lo levanté del suelo y se los mostré nuevamente, el pan también se come, les dije he hice como si me lo echara a la boca y lo disfrutara. Me miraron absortos y yo no sabía si me entendían. Se rieron, primero los que estaban al frente mío y luego los del fondo, como si les hubiera contado el mejor chiste de sus vidas, aunque, con esas vidas, era difícil no pensar que tal vez fuera el primero que escuchaban. Les pregunté de nuevo que qué tenían contra el pan, también es rico, más que las cucarachas, y como si hubiera dicho la peor de las blasfemias o insultos, todos se taparon la boca y se juntaron hacia los rincones. No creo que sea para tanto pensé, pero uno de ellos se me acercó, tomó mi mano dejando el tacto negro y helado de la suya en mi muñeca, y me la puso en la boca. Intentaba decirme algo. Se escucharon luego unos pasos fuertes desde el otro lado, como de unas botas de un hombre grande o una especie de gigante, pero no era solo uno. Los niños lo sintieron mucho antes que yo. La lluvia se me había olvidado por completo y cuando abrieron una puerta que jamás pensé que existiera en esa parte de la casa, tres hombres armados lanzaron a otros dos niños adentro. Impávido, pude ver desde la oscuridad la violencia con la que fueron arrastrados esos niños allí adentro, así como los fusiles, los machetes y las botas. Uno de los chicos tenía una oreja recién mutilada y al otro, le habían amarrado una cadena corta que iba desde su cuello a su pie derecho y le hacía imposible poder caminar erguido. Cuando los hombres cerraron la puerta y se perdieron en el monte, un puñado de chicos fueron al encuentro de los nuevos. Algunos les hacían musarañas, otros les ofrecían cucarachas y lagartijas, uno, se cortó un mechón de pelo con una piedra

y se la ofreció al tungo y no precisamente para que se tapara el agujero de su oreja, sino para que lo usara de barba. Yo seguía estático en el mismo rincón desde que abrieron la puerta esos hombres, me acerqué luego sin mucho ruido al fuego para darme cuenta si en realidad estaba ahí, o si seguía cabeceando con un libro en las piernas en la sala principal de la casa esperando a que escampara. Pero el fuego no me aceptó con la amabilidad que esperé y tuve que quitar mi mano que ya ardía. Cuando me eché el dedo a la boca para calmar la quemadura, uno de los niños que no podía caminar muy bien y tenía la mitad de la cara quemada, me miró curioso y se perdió en la oscuridad de alguna habitación o agujero escondido entre las tinieblas de esa casa que ya no reconocía muy bien. Los niños al fondo seguían en sus grupitos, algunos tirados en el suelo, otros arrodillados o sentados, jugaban algunos con sus manos haciendo sombras y otros solo se lamentaban de dolores intensos. Eran risas y llantos lo que inundaba ese lugar, así como conmigo lo hacía la incertidumbre. Quise tomar nuevamente mis cosas e irme, tal vez en el pueblo hubiera alguien que pudiera ayudarlos, y yo, no podía estar mucho tiempo ahí sabiendo que gente tan peligrosa e inhumana tenían control aún en la zona, que mal informada estaba Luisa. Cuando volteeé buscando la salida, el niño de la quemadura en su cara, apareció de nuevo al frente y levantó un brazo pequeño por el hueso, un brazo moreno que se contraponía mucho a su tez pálida, y lo posó sobre el fuego con la clara intención de asarlo. Me miró divertido nuevamente, mordió un pedazo de la muñeca y me lo ofreció, pero otro niño pasó como una ventisca por el medio de ambos y se lo arrebató, se paró en medio de la habitación, o por lo menos en la parte que más iluminaba la candela, y se lo acomodó en el trapo que tenía por pantaloneta de manera que en la sombra del fondo de la pared le crecía una cola con cuatro dedos. Muchos sonaron divertidos, hasta los que parecían pasarla más mal y que al parecer reposaban en los rincones más recónditos del lugar dejaron salir risas doloridas. Al único que pareció no gustarle lo que acababa de suceder era al chico de la quemadura, quien, con los puños cerrados, se le lanzó encima al chistoso que había osado quitarle su alimento para morderlo y golpearlo a su antojo. Se empezó a formar una algarabía ahí adentro que habría sido impensable hacía unos minutos al verlos en esas condiciones en que se encontraban, pero el desorden no duró mucho, pues apenas iba a empezar la revancha de golpes y mordiscos, un estremecimiento sacudió toda la casa, como si cien aviones pasaran a centímetros del techo en decadencia y la terraza con qué contaba la construcción. Todos dejaron el cuento de la pelea a un lado y, como una

señal del cielo, se escondieron nuevamente en todos los rincones de tal oscuridad, eso sí, respetando el espacio de los más enfermos que se habían hecho dueños de sus propios pedazos de suelo. Yo hice lo mismo y me tiré al piso sin saber muy bien el por qué, o qué era eso que amenazaba sepultarnos allá abajo. Era solo el inicio de una tormenta. Siguieron temblores por explosiones en alguna parte fuera de la casa, gritos y sonidos de ametralladoras. El olor a pólvora también era inconfundible y algunos de los niños empezaron a llorar. De pronto, la puerta que habían abierto anteriormente aquellos hombres, retumbó un par de veces hasta que fue abierta de par en par y un hombrecito entró desesperado cubriéndose la cara con el pelo hecho humo. Tiró el fusil que por una cabeza no era más grande que él y que tenía cargado a un lado. Se lanzó boca abajo sobre un charco que se había formado en el suelo y que no se podía diferenciar si era agua de la lluvia o sangre, era un líquido negro que reposaba en el suelo destruido de ese cuarto que parecía refrescarlo, aunque no calmarlo. Su llanto era aún agudo, era el de un niño desesperado por el dolor. Las puertas fueron cerradas nuevamente con violencia y nunca supe quien lo hizo. Algunos niños se acercaron a él e intentaron ayudarlo a quitarle las ropas que lo cubrían: un camuflado viejo y doblado por las mangas para ajustarlo a su cuerpo. Yo me acerqué y los niños me abrieron paso, como si esperaran a que yo pudiera hacer algo por él. Levanté su cabeza en mis manos y le limpié el rostro escondido entre el barro, la pólvora y la sangre. Era el mismo niño que me había invitado a degustar de un brazo asado hacía unos minutos, y el mismo que se había agarrado a golpes cuando se lo habían arrebatado. Pero su quemadura estaba recién hecha, los mismos canales en la piel que demarcaban la mitad izquierda de su rostro de la derecha, se formaban con la brutalidad de la carne aún hirviendo en vida. Retrocedí aterrado y todos me miraron con extrañeza, como si apenas se hubieran percatado de que era una persona nueva y totalmente diferente la que estaba con ellos en ese momento. Sus brazos torcidos, sus piernas chuecas, las cicatrices en sus pieles y las sonrisas medias, se unieron para hacerme su centro de atención mientras el niño seguía quejándose de sus quemaduras. No pude soportarlo, el ruido de motores y metrallas allá afuera se había calmado y aun así se me dificultaba escuchar mis pensamientos. Retrocedí y salí de la habitación corriendo por donde había llegado. Salí de la casa sin pensar esta vez en que me podría volver una víctima más de esa guerra que no acababa en el territorio.

Era plena mañana cuando salí intentando huir del bullicio que había en mi cabeza y de lo que quedaba atrás: una casa abandonada, no tan grande como se sentía adentro y mucho más tranquila, sin aviones, bombas ni metrallas que la amenazaran. Las voces, risas y lamentos, sin embargo, si me siguieron también a través del guadual y de los pocos sueños que he logrado tener en estos eternos cinco días desde que salí de esa casa, de ese lugar que, sea del duende o no, parece llamarme. Luego de tantas horas de insomnio y de pesadillas en las que trato de decirme que todo ha sido otra más de mis invenciones sugestivas, el ardor de la quemadura en mi mano aún visible me saca de cualquier razonamiento. El dolor fue tan real como parecía serlo el hambre del pequeño y ese brazo también infantil que mordía con gusto.

Voy a volver, no pasaré una noche más viéndolos jugar y alimentarse con sus propios cuerpos desde las lejanías de mis sueños. Tengo que estar ahí, ellos me necesitan y no me dejarán volver a conciliar el sueño si los abandono, tal vez, después de tanto, terminemos divirtiéndonos.

Mutilada: pesadillas de una Patasola

Llena de sangre y aun con restos de piel recién desollada sobre su vestido, Marta fue declarada muerta por su hijo.

La vaca había estado en venta los últimos dos años porque había dejado de dar leche y era ya la última opción para ganarle dinero o recuperar por lo menos lo invertido, venderla así fuera kiliada antes de que se descompusiera por la falta de refrigeración. Así se quedó despierta hasta muy altas horas de la madrugada sin importar la advertencia de una de sus vecinas, que lo primero que le dijo cuando la vio en esas, fue que mejor lo dejara para el otro día, ya que la noche era para dormir y la poca luz se podía prestar para muchas cosas, cosas que no eran de dios, porque las vacas mijita, son sagradas.

La escena de la siesta de Marta bien podría ser confundida con un atroz crimen si se le tomara una foto, imagen con la que algunos vecinos también se habrían podido aterrar si su esposo no la hubiera levantado con un ligero pero frío puntapié dos horas antes que ellos pasaran por ahí rumbo a sus parcelas. Muerta de la pereza será, no termina el trabajo y se queda dormida en pleno corredor, bonito ejemplo el que le deja a los pelaos, le dijo el hombre del sombrero que se empezaba a acomodar el zurriago del machete por si tenía que volver a dar la orden de levantarse.

Marta, ya desde los catorce años cuando escuchó por segunda vez en su vida el llanto de José, su primogénito, empezó a tener un deseo creciente de no querer volver a despertar de sus cortos pero tranquilos sueños; la primera vez que lo oyó, no sintió nada. Su hijo era no más que la viva copia de su padre; sus gestos, su cara, la forma de hablarle, todo, malditamente todo. Ella no quería tener ya nada que ver en ese triángulo filial del que poco a poco era expulsada, y el dormir afuera, era en cierta medida mejor que dormir con alguien que en cualquier momento le daría por arrancarla de sus sueños más profundos casi a la par que lo hacía con sus calzones, y no con la destreza de alguien que se preocupara por su placer como habría preferido. Solo eran torbellinos de movimientos bruscos y desatinados de placer para él y de gradual repulsión para ella. Tres cortísimos minutos suficientes para suprimir toda la pasividad de su sueño el resto del día, y eso, ya era motivo suficiente para empezarlo, como le acostumbraba a reprochar su hombre

últimamente cuando le servía la comida, de mala gana, y terminar las noches con una lágrima de rabia en cada ojo.



Es un hijo de puta y se lo merece - Pensó con una sonrisa agitada y algo jadeante mientras repetía con mayor intensidad el primer salto sobre la pelvis desnuda de Raúl. Ya habían tenido relaciones sexuales antes y esta vez, la iniciativa había sido suya. Después de descuartizar al animal, justo en ese espacio de tiempo en el que pudo dormir e imaginar a la dulce muerte siendo sustituida por la vida, tan dolorosa y real como un puntapié en la pierna izquierda, Marta tomó la decisión de ser esta vez ella quien buscara a su vecino.

Raúl varias veces había intentado acercarse cuando estaban a solas, siempre pasaba por la casa y se arrimaba a saludar con el pretexto de compartir frutas, plátanos o leche, pero ella sabía lo que realmente buscaba él en esas visitas, tenía ese don con el que algunos nacen y a otros les toca despertarlo de que cuando se sospecha algo, termina siendo cierto. Finalmente, él lo había conseguido, ahora la tenía a ella encima suyo saltando de placer: una imagen mucho mejor que la de su propia mujer, a la que la vida del campo y los años le habían vestido de una rutina homicida de su deseo hacia ella. Los senos pequeños y aún juveniles de Marta eran tan excitantes como prohibidos, varias veces buscó la forma de poder verlos desde un mejor ángulo dejando las bolsas en el suelo para que ella se agachara y le dejara ver algo más allá. Se habría conformado con solo ver el umbral donde el color de su pecho empezaba a cambiar. Por el contrario, Marta nunca había pensado en algo con su vecino, aunque le pareciera más lindo que el papá de su hijo cuando lo conoció. Esa vez que aprovechó la ausencia de su esposo para dejarse dar un beso de Raúl y para, unos toques después, dejarse meter la mano entre la falda y sentir unos dedos de esos que si saben cómo coger el café, lo hizo por un impulso de rabia que se combinó oportunamente con el atrevimiento de semejante seductor. Esta vez, empezó a tomar conciencia del gusto que le estaba cogiendo, aunque sabía que en el fondo lo que quería era una especie de venganza contra su marido.

¡Dulce venganza!, ahora comprendía mejor esa frase que escuchó tanto en las radionovelas del medio día y al pronunciarla en su mente, dejó escapar una mueca que su

amante no pudo ver ya que la pasión y la energía les había durado lo suficiente para cambiar de posición a una, en la que resultaba incómodo mirarse a la cara.

A veces no es tan malo arrodillarse cuando es al borde de la cama, pensó con una risita que no sonó, pero sí se notó en todo el cuarto. La cabeza puesta sobre la almohada, y la mirada caída hacia la puerta. Podía ver hacia el otro lado desde esa posición, más allá de la malla de alambre que había en la misma, podía mirar hacia la parte de afuera de su casa, y en el fondo, algo borrosa pero reconocible, a Susy con su hocico salivoso y moviendo la cola hacia lado y lado. Un viento como de mil insectos tocando con sus patas su espalda, sintió al pensar que su perra le estaba anunciando la llegada de su marido. La mascota desapareció sin embargo al momento sin que ella pudiera notar si se trataba de la llegada de alguien, o de un comportamiento natural sin alguna consecuencia causal que la pudiera afectar, aun así, quiso terminar con la faena de inmediato. Intentó pronunciar algunas palabras y zafarse de su sumisión con algunas sacudidas y movimientos con sus manos para que Raúl se alejara de ella, pero la única respuesta que recibió fue que él, como si estuviera acostumbrado a este tipo de actitudes por parte de sus amantes, la tomara por sus brazos con una destreza tal que fácilmente obtuvo total control sobre ella. Al ser penetrada nuevamente, Marta empezó a escuchar unos cascos que paso a paso subían por las escaleras de su habitación; un caballo tal vez o quizá un hombre en botas muy pesadas, quizás su mismo esposo fue lo que pensó. Por más que lo intentara ya no podía moverse y la fuerza del habla, también la había abandonado. Los pasos, a medida que aumentaban en número y en sonoridad, fueron el complemento de su miedo al ver que Raúl no reaccionaba ante el posible descubrimiento de su aventura y lo peligroso que sería. La sombra de unos cuernos se empezó a dibujar en la pared de la entrada y parecían pertenecer al mismo dueño de los pasos que escuchaba. Parpadeó un poco lento como en un leve intento de su alma por dejar el cuerpo, pero el ruido de un golpetazo a su puerta la reinstaló nuevamente en sí. Raúl parecía no escuchar ni sentir nada más allá que no tuviera que ver con su entropiada. Miró hacia la puerta nuevamente y Susy, la de siempre, sin cuernos ni botas, se asomaba por la malla pidiendo pase libre para entrar a la casa. Por su parte, ese hombre que tenía encima y que ni cuenta se había dado de la presencia del animal, se alejó unos centímetros de Marta para poner su mano recién babeada en su vulva y buscar nuevamente esa lubricidad que había perdido. Ella aprovechó ese momento para intentar soltarse otra vez pero Raúl no la dejaba ni moverse. Intentó hablar y luego gritar,

las palabras no le salían. Casi llorando, buscó darse por vencida porque creyó estar en la peor de sus pesadillas cuando al recostarse nuevamente en la almohada y ver hacia la puerta, vio como su perra Susy era devorada por el cadáver medio putrefacto de la vaca que había almorzado esa tarde, parecía que llevara meses de enterrada y como a su abuela, que aun después de muerta le siguió creciendo el cabello y las uñas, a ésta, le habían crecido sus cuernos. Era todo un infierno y no sabía por qué o qué tan real era, lo que difería mucho del cielo en el que estaba Raúl; la sensación de poder coger esas nalgas aun firmes y redondeadas con las mismas manos con las que había saludado a su esposo hacía apenas un rato, le hizo perder la cabeza.

Nunca supo si fue el orgullo inyectado por Marta el día que fue ella quien lo buscó, el orgasmo, o algo frío que se acomodó rápidamente en su cuello cortándolo de lado a lado lo que lo mató, lo que tal vez sí supo es que había subido al cielo para no volver a bajar. Fue el machete del esposo de Marta el causante de que su espalda se bañara en la sangre de Raúl y la cabeza de este se perdiera rodando hasta salir de la habitación. Marta, horrorizada, se le escapó como pudo a su esposo quien luego de dejar sin cabeza a su amante, buscó el par con la suya. Se deslizó como pudo luego de esquivar un nuevo lance del hombre al que no hacía mucho le había preparado el desayuno. Como todo estaba cerrado buscó la entrada por la que seguramente su “alma gemela” entró sin ser visto ni escuchado; una ventana carcomida por las termitas, pero efectivamente abierta de par en par por la que Marta buscó su libertad no sin antes dejar una pierna en el intento. Un premio de consolación se pudo haber pensado, un fresquito minúsculo pero efectivo para la rabia que Carlos le infundía a su machete recién afilado. Al saltar por la ventana, su esposo alcanzó a dar en el muslo de una de sus piernas haciéndola caer inconsciente desde su balcón al vacío.

Cuando despertó, sentía el dolor de aquella caída y de aquella pierna, aunque en realidad esas fueran sensaciones muy lejanas a su presente. Sus dedos huesudos y larguiruchos, con garras más que uñas. Su cabello, enredado sirviendo de nido a cuanto bicho se le atravesara. Su desfigurada cara que de vez en cuando se dejaba ver en el reflejo de alguna laguna o riachuelo, y esa pierna, esa que aún tenía, la convertían en una abominable bestia que solo encontraba impulso para seguir viviendo en la esperanza de devolver el tormento

que ella había sufrido a mano de esos bípedos con pene, y que cada día, recordaba al dormir.

Puerto abismo

Nunca llega a ser grande una cuesta. Siempre está avanzando hacia su magnitud, hacia la realización de su naturaleza, que es su cima, donde ella ha dejado de existir.

Carolina Sanín - Somos luces abismales

Bajaron del auto. Virginia y Tomás, con calma pero sin detenerse, sacaron la silla de ruedas del abuelo que estaba en el baúl trasero y lo montaron en ella. El pequeño J mientras duraba el trámite con su abuelo, observaba estático la llegada de cientos, quizá miles, quizá millones de personas, cómo saberlo, aún tenía muchas dudas sobre sus saberes matemáticos, aún tenía muchas dudas sobre el mundo en general. Eran personas sin gesto las que llegaban, no se podía sospechar nada de ellas, parecían no tener palabras ni intenciones. En el aire, tampoco se escuchaba siquiera un leve ruido a pesar de la multitud, solo un murmullo de respiraciones que por la variedad de pulmones que provenían, parecían de un solo gran cuerpo asfixiado.

Tomás, iniciando la marcha, dominó las riendas de la silla del abuelo colocándolo al frente y Virginia la mano del pequeño J, y avanzaron hasta acomodarse en una fila de personas a la que no se le podía ver el final. Si bien, era poca la certeza que se tenía sobre la longitud de aquella cadena de cuerpos si era fácil notar lo rápido que avanzaba, por lo que ellos también aligeraron sus pasos sin importar que el camino se volvía prominente.

Es la punta, una cuesta que se queda sin camino.

Sólo queda lanzarse...

Tomás, casi adherido a la silla de su padre, sin detenerse, voltea a mirar a su esposa y a su hijo con un gesto ritual, como el que les desea los buenos días a unos extraños y se pierde entre las nubes. Virginia por su parte, sabe que es ese hilo invisible el que marca su seguir, un hilo que los ha unido, mezclado y atado por los últimos veinte años, y que parece ahora también ligar a esa infinita seguidilla de cuerpos humanos que desfilan por las montañas más empinadas de todo Sevilla. Dos pasos la separan del gran salto hasta

que siente una leve resistencia que detiene su mano y su avance hacia la plataforma, algo la retrasa, una fuerza diminuta que interrumpe la fluidez de toda la hilera.

- No entiendo mami - Exclama desorientado.
- No se trata de eso J. - Le responde rápidamente Virginia imponiendo su fuerza de madre ante la infantil resistencia del pequeño, y en medio de empujones por la tardanza, se lanzan al abismo.

Hambre

Antes de abrir los párpados lo sintió, un olor seco que entraba por su ventana, un olor que sentía tan suyo como ajeno; y no es que hubiera estado atrapado en las fragancias de otros cuerpos desnudos, como solía sentirse luego de una de esas fiestas orgiásticas a las que acostumbraba asistir en un pasado ya inmemorial, tampoco era que lo hubieran descargado por una letrina gigantesca como se atrevió a apostar consigo mismo antes de abrir los ojos, era que el apocalipsis había llegado.

Salió por un pasillo angosto y luego de una puerta trabada con una tranca de madera, pudo ver el fuego del infierno que manaba desde el cielo, o por lo menos, así lo sintieron sus ojos que parecían derretirse a la luz de ese nuevo día. El mundo seguía ahí pero mucho menos fluctuante de lo que había sido, era una versión de un final desolado y no por eso más amable. Tal vez, pensó en medio de ese silencio en el que se había sumido todo, él solo era un alma olvidada y condenada a una soledad eterna por algún dios del que no tenía ni idea.

De pensamiento en pensamiento, intentando recordar eso que lo había llevado hasta ese punto casi muerto en el tiempo, una señal bastante diciente le llegó de algún lugar muy cerca que le arrancó de inmediato esa noción de soledad que se andaba formando en la cabeza: un par de disparos discontinuos dejaron un eco prolongado en el aire. Pudo ser un desespero temprano al pensar que no todo habría acabado, que aún todo podría volver a empezar si había más personas por ahí, el que sin aviso previo lo puso en marcha hacia donde creyó venían esas detonaciones extrañamente esperanzadoras. Miró sus zapatos, uno sucediendo al otro, llenos de pantano seco y polvo; el izquierdo roto por el lado del meñique, pero sin dejarlo asomar. Miró nuevamente al horizonte como buscando el sonido con los ojos. El avance fue lento aunque constante, más aún, saludable porque una pequeña luz iluminó ese pozo en el que ubicaba a su memoria. Recordó en ese momento algo de algún lugar muerto para él, una frase que con la certeza de un buen creyente sabía popular: eso de que lo último era la esperanza. Una risa cortada le atravesó la garganta por medio segundo, no sabía que era más irónico, que ese fuera el único recuerdo que le llegara de su pasado o que, estando en su situación, no tenía plena certeza de qué podría significar una verdadera esperanza.

Cierto temblor bajó por su nuca al imaginar que al final de sus pasos solo habría un abismo, ya bastante tenía con ese acantilado que lo perseguía, otro agujero del tamaño de

una vida entera que lo había sacado de la nada a la superficie esa tarde perfumada en pólvora. Era como si hubiera nacido en aquel pasillo, pero antes de haber sido dado a luz aún con esos andrajos que llevaba puestos, hubiera dormido unos treinta años y sus sueños se hubieran esfumado al despertar.

El polvo ondulaba en el aire y las esquirlas diminutas del carbón de los escombros componían el color del viento, pero no iba a detenerse a pesar de los nubarrones que se formaban, había algo que siempre lo impulsaba a seguir adelante, una fuerza que lo alentaba así se sintiera menos vivo por dentro - Igual, para atrás no hay mucho - Pensó fijando su vista, o lo que aún le quedaba de ella, hacia donde creyó que venían las detonaciones de hacía apenas un rato: una colina que prometía ocultar al otro lado todas las respuestas que necesitaba. Y no estaba tan equivocado. Estando en lo más alto, la escena que vio allá abajo del otro lado se hacía tan extraña como confusa: eran dos siluetas, una, recostada a merced de la otra sobre el pavimento, parecía no tener vida o estar muy débil; la otra, tal vez quería llorar la pena de su compañera, arrodillada como en confesión.

Sabía sobre el homicidio, sabía que significaba, sabía que lo conocía y que le causaba repulsión, era una idea que se le hacía horrible, aunque no tuviera muy claro por qué. Eran esquirlas de su pasado que no se había podido llevar su amnesia, a lo mejor, pensó con un entusiasmo que le hubiera sido imposible demostrar en esas condiciones, era que poco a poco iba volviendo a ser quien era antes de esa tarde. Pero la cosa aun no estaba tan clara, ¿y si se trataba de un suicidio? Cada metro que se acercaba reforzaba más esa nueva hipótesis y cada segundo que pasaba, la escena iba aclarando y ganando tamaño. En el suelo, al lado de la mano de la silueta acostada, un revólver pequeño, el principal sospechoso de que estuviera en ese momento allí. Siguió acercándose con pasos medidos hasta que la escena se tornó algo cinematográfica. El lugar, según un anuncio gigantesco en la calle, había sido una compañía petrolera, que al parecer, habían estado reconstruyendo porque aún habían sistemas de poleas y andamios para las alturas. En uno de esos andamios, se incrementaron las hipótesis sobre las causas y los hechos del muerto al ver que se deslizaba una silueta silenciosa con un cuidado milimétrico en su avance. ¡Había alguien más! Todavía había más personas y, aun así, seguía siendo muy confuso no saber qué tan buena o mala noticia era.

A medida que se acercaba, empezó a percibir un ruido casi subterráneo, un millar de gargantas ahogadas se escuchaban en el monte que cubría el paisaje hacia el este de la petrolera. Era como si los árboles quisieran hablar o gritar, pero algo se los impidiera. El drama del muerto pasó por un momento a segundo plano con los sonidos del bosque hasta que la imagen se fue clarificando de forma contundente: Si, era un hombre que se había atravesado la sien con el segundo disparo, el primero, seguramente lo desperdició intentando atinarle a ese cadavérico espécimen humano que le devoraba las entrañas con un deleite aberrante, todo lo contrario, a ese llanto y pena que se había llegado a imaginar. Sin embargo, era una pista que ya auguraba ese horror que al parecer cobijaba el monte. Los restos de hombres, mujeres y niños efectivamente empezaron a aparecer de entre las ramas: corrían, caminaban, volcaban y se arrastraban desde las tinieblas de ese bosque de la muerte hacia el cuerpo desfigurado del suicida y su comensal. El monte era un infierno que abría su boca para eructar sus males. El sigilo y la huida de esa persona a la que solo se le veía la silueta, ahora tenían mucho más sentido.

Empezó a rodear la colina para encontrar otra forma de llegar a esa persona que le había hecho florecer más dudas que respuestas sobre lo que sucedía, mientras la algarabía de la revuelta que se empezaba a formar ahí abajo rebotaba hasta las nubes. Tal vez ya había visto esa imagen le pareció en un repentino recuerdo que se le atravesó, pero eran pancartas, palos, malabares, pelotas y piedras lo que acompañaban ese bullicio. El edificio también había cambiado de color y de forma aunque los tiempos del fin del mundo habían sido condescendientes con su estructura. Los gritos desgarrados de esa multitud hambrienta que se avecinaba desde el bosque no eran muy distintos a los que le sonaban en su cabeza acompañando las pancartas y los cantos: eran lamentos, voces de todos lados que articulaban frases y discursos, todos con el mismo fin, con este, un lamento y una ira continua y multiforme. Era una música torrencial que lo desacomodaba, que le ponía un lente por el que solo se asomaban cuerpos malnutridos y malencarados en lo que debía ser una protesta, y luego, le quitaba esa dulce fantasía en comparación del infierno que ya se empezaba a sentir en la tierra con las cosas que se arrastraban allá abajo. Y es que el medio cuerpo devorado de aquel hombre que ya se desintegraba en las fauces de esas bestias no estaba muy lejos de ser el suyo, otro motivo suficiente para intentar recordar. Solo algunos destellos acompañados de migrañas pasaron por su mente. Empezaron a caer imágenes y palabras en su cabeza que poco a poco le traían retazos de su pasado-

CRISIS - como una lluvia de rocas - MUTACIÓN - que no rebotan - FIN - que no se sabe con seguridad de dónde vienen - COLAPSO - pero que se quedan ahí, como - BRANDON - su nombre.

Las escenas saturadas en su cabeza seguían siendo muy confusas, tenía claro que no había mucho a qué aferrarse y aun sentía esa necesidad de algo más, como una curiosidad que le ardía en el estómago y le electrocutaba el cuerpo. Solo esa figurilla que torpemente buscaba bajarse sin ser visto de esos andamios - RÍO - solo ese pequeño vestigio de humanidad que ahora colgaba de una mano antes de bajar otro nivel del edificio podría, de pronto, darle luz sobre todo ese caos.

Brandon continuó avanzando hacia la silueta y pensó también en... - MILITARES, - se sacudió la cabeza en un intento de volver al hilo de sus pensamientos. Pensó en que algunas de esas cosas antropomórficas que allí gruñían, se identificaron seguramente alguna vez como tal, como humanos, pero no ahora, ya era demasiado tarde, ahora solo eran bestias hambrientas sin cerebro, vestigios de una raza ya sin posibilidades. Y había algo más, retazos de imágenes que se camuflaban en la carnicería que se había formado allá en el frente del edificio - CARNE - lo veía mejor, con cierta jaqueca, pero iba tomando forma en su cabeza: era un plato gigantesco que una mujer morena y de mediana edad había soldado a la plataforma donde la petrolera tenía su nombre en letras de dos metros, CHEVRON, se podía leer. También se había atado unas cadenas al plato pintadas de rojo, de lejos parecía salsa de tomate, y las había hecho soldar por sus colegas. Una baba blanquísima y abundante se deslizó con algo de dificultad por su barbilla y de nuevo, la punzada en el estómago. Para esos momentos, era un delito para sí pensar en comida porque ni su mente ni su cuerpo recordaban absolutamente nada sobre su último almuerzo.

La persona que intentaba bajar del edificio, en donde según la carpa que se podía ver en la terraza había vivido las últimas semanas, se veía asustada y en serios problemas en una de las plataformas, era muy alta y lanzarse podría resultar en una fractura importante. Brandon siguió observándola a medida que se acercaba con un sigilo militar. Por un momento, la vio detenerse y asomarse a ver la jauría que la esperaba allá abajo y que no tardaba en terminar de subir por el edificio. Luego se sentó en medio de la plataforma con los pies cruzados: una oración o una reflexión profunda a lo mejor; era una pose muy similar a la que tomaba la mujer de aquel plato que duró días y tal vez semanas instalado

en las afueras de la petrolera, ¿cómo podía alguien sobrevivir así? ¿Castigarse con la comida para exigir cosas a otros? De pronto, esa meditación era su forma de paliar el vacío en su estómago y una tranquila manera de empezar a hablar con la muerte, con aceptarla, pensó.

En realidad, Brandon no recordaba cuándo había sido retirado el plato, ni cuando se había ido la chica, o si la habían tenido que retirar, lo que sí sabía era que a pesar de que tenía ya varias imágenes en su cabeza y a pesar de estar cada día más pálida y con menos energías, en ninguna la joven daba su brazo a torcer. Su pancarta principal estaba doblada en tres partes que ponía en la cabecera del plato: una, la base, y las otras dos tenían algo escrito que Brandon aun recordaba con una claridad extraordinaria para su condición. Por un lado decía *Reservada*, al estilo de los mejores restaurantes de la capital, y en el otro, se leía *Veneno a la morena: plato adobado con especies nativas*.

La silueta del edificio, que desde esa distancia se podía adivinar cómo un joven de no más de veinticinco años, estaba decidido a lanzarse. Probaba aquí, se asomaba por allá, miraba su mochila y hacía proyecciones de su posible caída. Se lanzaría en cualquier momento. La escena del suicidio al otro lado ya solo se resumía en una sanguinolenta masa de sangre, huesos y vísceras que no atraía lo suficiente a esa otra masa hambrienta que se regaba por todas partes. Entonces, Brandon llegó a la parte baja donde según sus cálculos caería aquel hombre en pocos minutos. La horda que ya se expandía por todo el lugar, había llegado al techo y empezaba a rodear el edificio. El joven, con un nudo improvisado que hizo con una sábana que sacó de su maleta y que ató a una de las varillas que sostenían la plataforma, se lanzó con más fe que seguridad a la primera planta del edificio. Brandon pudo ver con exactitud el momento en que ambos tobillos se hicieron añicos en la caída y el dolor reprimido en su boca para no gritar. Empezó a arrastrarse con sus manos y las lágrimas acompañaban cada mínimo avance. Era un adolescente bastante alto aunque con poco músculo quien, a pesar del dolor que debía estar sintiendo, continuaba arrastrándose a una velocidad desesperada. Era una voluntad que sólo podía relacionar con la de esa mujer del gigantesco plato cada que pasaba un nuevo día; y sabía que habían pasado no solo varios sino muchos porque la recordaba de diferentes colores. Sus acompañantes, que nunca supo si eran amigos, compañeros de lucha o miembros tal vez de una misma comunidad, le traían una prenda, una especie de blusa que cambiaban de color diariamente como para hacer más visible el paso del tiempo.

Así Brandon, seguía siendo un espectador de sus recuerdos, como si su memoria hiciera parte de una película muy vieja que le llegaba por retazos y en la que él no tenía participación alguna.

Salió de las sombras de los arbustos que ya poblaban casi todos los rincones del edificio con el mismo cuidado en sus pasos que había procurado todo el tiempo antes de llegar allí. Sus caras se encontraron por primera vez en el umbral de la salida de aquel mini laberinto de paredes, maleza y basura. Brandon intentó dirigirle algunas palabras de tranquilidad, pero notó que sus cuerdas vocales no le respondían, a lo mejor necesitaba tiempo, fue lo que pensó, había durado quien sabe cuánto dormido y sentía su garganta tan seca que ya el habla también lo había abandonado - Espero que no por mucho - se dijo. Intentó nuevamente, esta vez con más esfuerzo que la primera, construir un par de frases tranquilizadoras para el muchacho pero un pinchazo le sacudió la espalda y le desinfló el estómago. Lo que salió fue un eructo gutural que se escuchó a kilómetros: ¡HAMBREEEEEEE!

El joven intentó correr pero sus tobillos no aguantaron y se doblaron al primer paso mientras esa bestia que alguna vez fue humana, lo perseguía con un morbo evidente. En la cabeza de Brandon se dibujó una vez más el plato donde aquella morena sirvió su cuerpo indignado, envenenado según ella, ¿una advertencia quizá, una premonición de lo que se estaba convirtiendo el mundo tal vez? Le era difícil razonar a esas alturas cuando el hambre era más dueña de él que su propia voluntad, aun así, le fue imposible negarse que la exquisitez de esa joven e infantil carne compensaba cualquier apocalipsis.

Pasajeros en un parque

A las cinco y veinte de un domingo sin mucho que celebrar, el sol reapareció tímidamente en el horizonte. Lo de la mañana y parte de la tarde había sido una lluvia amañada que oscureció el cielo y arrunchó a más de media humanidad del barrio bajo el peso de sus cobijas. El parque, que alguna vez fue motivo de orgullo del vecindario por ser uno de los más grandes y verdes de la ciudad, ahora parecía más el solar de una gigantesca casa abandonada. Era el patio trasero del municipio que antaño alojó pasajeros de todas las clases, de todos los tipos y de todas las especies. En las mañanas, pero sobre todo las tardes, era el parque una amalgama de colores que traían las personas, la vida en general: los árboles, las ardillas, los vendedores de helado, los malabaristas con sus monociclos y pelotas, los políticos, los indigentes, las mascotas, los amantes, los pelaos buscando la sonrisa de alguna mujer y ellas con ganas de cerveza, gente con cigarrillos por fumar y otras con chismes por abordar. Ahora, era un símbolo de la decadencia, una ventana oxidada hacia los estragos del tiempo y... algo más. Pocos lo saben, o lo sabían, era un vehículo a la vez que un lugar. De él subían y bajaban constantemente las personas sin tener plena conciencia de que en muchas ocasiones se habían quedado en la carretera equivocada, en un barrio inexistente, en un país nunca antes escuchado y seguramente, en un planeta totalmente desconocido.

A las cinco y veinticinco ya uno que otro vehículo asomaba la trompa por las esquinas de vez en cuando y el parque empezó a inundarse con un aroma que impregnaba las piedras, un aire de madre juvenil que se cimentó en una silla de madera. La chica rubia de no más de veinticinco años aparentemente, movía el coche de su criatura para allá y para acá con el pie izquierdo en un arrullo armónico, mientras buscaba en su bolso la coca y la botella con agua para hidratar a la schnauzer que la acompañaba.

Su semblante, irradiaba una simpleza apagada en su rostro que no desentonaba con la satisfacción de jugar con la pequeña Laica, y del mismo lugar, del colorido bolso, sacó un Frisbi de esos que parecían alojar alienígenas diminutos en su interior. Lo lanzó varias veces en todas las direcciones y el animal se divertía a sus anchas, como en los tiempos más coloridos del parque.

Por cuarta vez, Alicia tiró el frisbi hacia un lugar cualquiera de todo ese verde decadente que la rodeaba. Esta ocasión con un poco más de fuerza le pareció, pero no importaba,

Laica lo encontrará, siempre lo hace, se dijo. Quizá exageró, pensó enseguida, tal vez la botó tan lejos que la sacó de los límites que definen el lindero del parque y para los kilos de Laica, darle un buen tiempo para traer el frisbi, era apenas prudente. Calmaría sus impulsos se había prometido, no era para tanto, solo eran unos segundos de más que Laica no llegaba de su travesía en el jardín, aunque ella no fuera de las que se distraían tan fácil cuando iban por algo.

Más allá del arbusto de flores violetas, en ese punto dónde su vista ya no alcanzaba, escuchó algo, un chillido diminuto.

Los últimos rayos de un sol a punto de esconderse nuevamente detrás de las montañas y los árboles más altos del parque, dejó en evidencia que con la noche la oscuridad del hombre se incrementa y así, una sombra se proyectó tres sillas de madera más allá de la que estaba sentada Alicia. Era una figura masculina a la que solo le separaban unos pasos.

- Yo no le he hecho nada, no tengo nada contra ella. Solo la ayudé a rescatarlo del lago y parece que a la perra no le gusta mucho el agua.

Luego de hablarle, el hombre de barba hirsuta y poco cabello se acercó a ella sin remedio.

- Debe tener cuidado, los perros que le tienen miedo al agua son muy vulnerables, aunque quieran hacernos creer lo contrario. – Le dijo dando los últimos pasos para ponerse en frente de Alicia.
- No, es que no le gusta mucho. - Le respondió enseguida y una delgadísima vena en la mano que sostenía el bolso se hizo por un instante un ápice más grande, un tanto más visible.

Y es que era la primera vez que Alicia se sentaba en el parque, era la primera vez que alguien de esta hediondez se le acercaba tanto a su campo físico y visual. Estaba absorbida por la presencia de un hombre que a la altura de su entrepierna, le ofrecía el frisbi de su perra. Más aún, la neblina de la tarde parecía reunirlos en un lugar en el cielo, íntimo y solitario. En ese escenario la distancia era mínima, el calor aumentaba a pesar de la humedad del aire mientras el sol desaparecía a ritmo de camión. De pronto, la llegada de Laica a través de las flores le devolvió esa sensación de compañía que tanto tranquilizaba a Alicia.

- ¡Recíballo!... o ¿me va a dejar con la mano estirada toda la tarde?

Alicia se acomodó el pelo algo intranquila como respuesta a eso que pareció una orden, estiró su mano izquierda para recibir el plato e introdujo la otra sigilosa en el bolso.

- Solo pasaba cerca y vi que el platillo ese se caía al agua y solo quise ayudar a...
- Laica.
- Laica - Repitió casi para sí mismo mientras ella recibía el frisbi.

El estado rígido de la joven sentada, diminuta en comparación al portento de macho salvaje que se le sembraba enfrente, solo era roto por el mecánico vaivén de su pie izquierdo y el coche que mecía.

- Es una tarde fría, señorita... mamá - Dijo en un pensar lento mientras se tomaba la quijada con su mano y sus ojos hacían una panorámica al lugar - Digo, ¿No le parece perjudicial para la criatura? además, en este lado del parque que casi no pasa gente puede ser peligroso - Y concluyó colocando su mano sobre el manillar del coche, a unos tres dedos de las flores amarillas con las que ella adornaba sus uñas.
- No creo, ella es de pulmones fuertes y le gusta sentir la fresca, es más, yo diría que este punto es perfecto. - Le respondió a raquetazo de pin pon en tanto hundía un poco más su mano sobre los hilos wayuus que tejían el bolso.
- No. Le digo que este punto es malo, ¿No lo entiende? - Y en una muestra de la testosterona que la naturaleza a bien de él le otorgó, presionó el coche haciéndolo detener. - Por aquí se han perdido varios... y varias. - Le decía implantándole una mirada directa - La gente corre, grita, y casi nadie escucha nunca nada; al otro día, solo es la noticia de un desaparecido o de un muerto más. Los periódicos del pueblo y ya hasta algunos nacionales se regocijan del espectáculo advirtiendo de un posible asesino serial que vive por estos lares, y algunos otros, los más supersticiosos, apuntan a una maldición. - Y terminó dejando escapar una especie de risa a medias atrancada en su garganta, expulsando una baba coagulada que se derretiría sobre la camisa.

Laica, sentada sobre sus patas traseras como a la espera de una orden o de algún hueso de pollo, emitió un sonido quejumbroso ladeando la cabeza.

- ¿Si lo ve? La perra también lo siente. - Arremetió luego de secarse el espesor blanco de la cara que le había quedado de su última carcajada - No es un buen lugar para estar, una belleza como la suya podría atraer a cualquier loco de esos que se llevan a la gente por aquí.

El animal, como esperando a que el simio terminara su discurso, movió el hocico hacia el otro lado y volvió a gemir como si buscara un poco de atención.

- ¡Shhh! No asuste a su mamá, no ve que acaba de conocer a su héroe. - y con la facilidad que le permitía su cuerpo, tomó las riendas del coche con su mano derecha y lo siguió impulsando pendularmente, como antes lo hacía Alicia - Mamacita, no sabe la suerte que tiene usted de que yo ande por aquí.

Los labios de la joven se dibujaron apretados ante ese derroche de palabras. Su posición, inerte desde hacía varios segundos ya, se quebró en la continuación del primer movimiento: su mano derecha concluyó su ruta hacia el bolso para sacar un paquete de croquetas.

- Y cuénteme ¿Por qué tan sola? - Le soltó una vez más intentando encontrar sus miradas, pero ella, escondida en su apatía ante este ejemplar masculino y sucio, solo respondió con un mimo para Laica antes de alimentarla.
- No estoy sola, estoy con mis hijos. No necesito más - Le devolvió Alicia sin la más leve alteración en su ánimo.

El hambre de Laica era voraz, era como si quisiera comerse todos los granos en menos tiempo que la última vez.

En ese mismo momento, una mueca rasgó la mitad de la cara del hombre al notar su negativa. Ya había visto esa actitud en otras, no era para negarse a su compañía, era para disimular el miedo, se decía siempre.

- Si, los hijos están bien, cuando no salen crápulas, de resto, todo bien. A mí lo que más me gusta es hacerlos - Sentenció a la vez que apoyaba su mano con fuerza en la de la mujer - Y usted parece una buena mamá.

De nuevo, en otro movimiento tan natural como hegemónico, el hombre colocó una de sus botas en la silla y con su mano izquierda, tomó la cara pálida de la joven y la acercó a su voluntad para sí en la peor imitación del marco final de una telenovela.

- Yo la puedo hacer muy feliz. - Susurró.

Alicia de repente era presa de unas garras sudadas y mugrientas, de una imitación burda de un oso silvestre.

- Seguro lo harás.

Era la respuesta que hacía mucho había querido escuchar pero que ya se había habituado a malinterpretar. Estaba acostumbrado a perseguirlas, a buscar en sus negativas nuevas

excusas para satisfacer sus placeres sin importar lo que le tocara hacer después para salir bien librado. El que lo dijera ahora así, como si ella de verdad buscara lo que él, lo hacía entrar en un ciclo donde el sentido de todo estaba aún distante. Sabía que no era muy atractivo a la vista y el horror en esas caras femeninas era lo que más le excitaba, ahora, el que una mujer atendiera a sus morbosas pretensiones tan fácilmente no le daba la seguridad suficiente para actuar de inmediato y fueron esos segundos donde algo se empezó a revolver en el suelo.

- Solo hay un problema - Le respondió Alicia acercando su cara a la nariz del animal parlante que tenía enfrente, y ocultando parte de su labio inferior en una aparente excitación contenida - Que mis hijos son muy celosos y andan hambrientos...

Un gruñido irrumpió en el ambiente, el cachorro, entre pelo y pantalón, había penetrado la piel del hombre quien era obligado a desbaratar esa escena tan natural para él. Pero ya estaba atado, al intentar deshacerse del animal que se aferraba a su pierna de un derechazo en el hocico, notó que su muñeca ya era una presa sin muchas esperanzas. Estaba atada por un tipo de lazo viscoso que salía de la boca de Alicia y le enredaba el brazo. Las manchas rojas que quedaban en la piel tocada por la lengua de la madre, eran punzadas reales de las espinas diminutas que la protegían. Lo suficientemente visibles, al igual que la deformidad que tenía al frente, para darse cuenta de lo poco que entendía lo sucedido. Nada racional, nada que cupiera en su entendimiento. Si tenía pesadillas todo el tiempo, pero no de ese tipo, jamás habría podido su imaginación elaborar ese monstruo que se disponía a arrancar su mano de un mordisco luego de haberla estrangulado con su lengua y diciendo - Al igual que yo - como terminando una frase que seguramente antes había mencionado pero que él dolor y la pérdida exagerada de sangre ya no le dejaba recordar. La deforme mandíbula de Alicia al terminar de arrancar su brazo, lo escupió triturado al coche donde desapareció en un murmullo de mordiscos.

- A veces no controlo estos impulsos Laica - Le dijo a su cachorra limpiándose un poco el mentón con uno de los baberos que sacó de la bolsa del coche, y luego de arrancar de palmo la cabeza del hombre para su degustación. - Sé que prometí dejarles a ustedes el cerebro, pero es que el sabor me mata.

Laica ya cansada de su inútil intento, soltó por fin la pantorrilla babeada y sucia del hombre, y le lanzó una mirada vidriosa a Alicia.

- Pero tranquila mi niña, te dejaré las dos piernas junto con el pedacito de felicidad que me habían prometido, será un buen postre, estoy segura que lo disfrutarás mucho más que yo.

El papel lo aguanta todo

Cuando abrió la puerta le extrañó la ausencia del sonido del televisor que normalmente la recibía a esa hora, aunque no con tanto ardor en la garganta con la que notó la inmundicia en la que andaba la casa. Respiró, últimamente intentaba ser muy consciente de esas rabias repentinas que le alteraban la tranquilidad en par segundos. Bueno, por lo menos hay algo de silencio, se dijo. Había sido una jornada pesada y ella ya no era tan resistente como antes.

- ¡Julián!, ¡Julián! - Llamó. - ¿Estás?

La casa no era muy grande, estaba compuesta de espacios disminuidos también gracias a los no tan modestos muebles que la adornaban y por los que fácilmente se filtraba el vozarrón de Nathalía. A lo mejor estaría arriba leyendo como lo había encontrado ya varias veces en la última semana, pensó. Se dispuso a subir con el único taco de galletas y la única libra de café que había podido conseguir luego de por fin vender su primer cuadro en el parque. Al llegar al fondo de la última habitación, donde en los últimos días Julián se había encerrado para evadir las telarañas y el polvo de la casa con la lectura, necesitó varios segundos de más para asimilar lo que veía. Era y no era su esposo. Un espectáculo horroroso según lo presintió puesto que nunca había visto a Julián botando una sola lágrima en su vida hasta ese momento. Era algo nuevo para ella y no sabía cómo debía proceder además de que no es que ostentara el mejor ánimo del mundo en esos momentos.

- ¿Cómo vas? - Le soltó a Julián como una madre que intenta disimular su preocupación por su pequeño.
- ...
- ¿Qué haces? - Preguntó de nuevo acercándose con un cuidado milimétrico.
- Veo la realidad - Le devolvió de inmediato su esposo poniéndole una barrera de hielo a su avance.

- Hm... - apretó los labios como quien se niega a una medicina - Si, está dura la cosa pero... pero no es para dejarnos llevar, todavía nos tenemos el uno al otro y estamos sanos para trabajar. Por lo menos por ahora. - Hizo un nuevo puchero algo más exagerado - Créeme que algo resultará.
- ...
- Aunque - Hizo una pausa para intentar pensar en cómo llevaría esa crisis emocional de su marido - Si es necesario sácalo, llora todo lo que tengas por llorar, a mí me funciona - Y le terminó la frase como a su yo interior - A veces.
- ¿Tú... te sientes viva? - Cuestionó esta vez Julián inyectando una mirada diminuta en comparación con sus ojeras.

Al ver por dónde iba la cosa, Nathalia le respondió con el optimismo que siempre se había forzado por demostrar y que ahora le costaba aún más.

- Claro que sí, ¿Cómo no habría de sentirme viva? si tengo una casa, un hombre grandote y sexi, un montón de dificultades por resolver y un bebé que seguro traerá cambios significativos a nuestra vida ya lo verás - Lo miró con una sonrisa que aparentaba una tierna tranquilidad - ¿Por qué lo dices? ¿Tú no te sientes vivo aun con todo esto?
- No se trata de eso, lo que digo es que sí crees que estás viva.

Nathalia frunció el ceño y subió una ceja ante esa aclaración, que lo era, solo para él. Sin embargo, pudo notar en esas incógnitas tan existencialistas, el libro que agarraba en su mano derecha y que no había podido ver por la posición en la que no hace mucho se encontraban.

- Has estado leyendo ¿no?
- Sigues sin responderme.
- Amor me parece muy bien que leas y aproveches tus tiempos libres, incluso, el psicólogo me lo recomendó para el estrés en días tan difíciles. Pero no esta bien que te dejes abrumar de esa forma por algo que leíste. La realidad está acá ¿me oíste? preocupémonos por lo inmediato, como nuestra bebé. - Para cuando terminó ya le estaba ensanduchando la cara en las palmas de sus manos.

Julián apartó la cara.

- Trajiste algo ¿cierto?

- Espérame - Le contestó a su vez con un leve entusiasmo aceptando el cambio de conversación y sacó un taco de galletas - Por fin vendí el cuadro de las heliconias y con eso, pues nos traje esto.

Julián seguía como absorto en un solo pensamiento

- El agua ya está hirviendo - apuntó.

Nathalía lo miró un poco extrañada, no había sacado la libra de café aun y ni siquiera lo había mencionado. Es normal, se dijo intentando tranquilizar esa paranoia incipiente, él sabe que no iba a comprar galletas sin algo de tomar Nathalía no exageres. Terminó de sacar el contenido del bolso y se dirigió a la estufa recargable que tenían en la cocina para verter el café, al llegar, encontró un plato yuxtapuesto a la olla para el tinto con una papeleta de mermelada y una nota escrita a mano:

“Para la hipotética Nathalía del futuro

20:04”

Conocía lo suficiente a Julián para saber que era su letra y que el número le apuntaba a la hora, desde el ejército esa manía de dividir el día en dos bloques de doce horas había desaparecido de su forma de medir el tiempo. Miró el reloj de manecillas que tenían en la entrada: ocho y cinco de la noche. Nadie le podía asegurar que no hubiera pasado más de un minuto desde que entró a la cocina

- Y esto ¿Qué quiere decir?

Julián viró la cabeza hacia arriba y padeció un letargo de un par de segundos en los que solo se dedicó a ver como su esposa le entregaba la nota con una mano mientras sostenía el plato con el café humeante y la mermelada en el otro.

- Que todo está escrito, tal vez. - Le devolvió aun con el mismo ánimo con que la había recibido.

Nathalía no supo qué responder en ese momento, no era muy creyente en teologías o esas cosas que tenían que ver con el destino. En tanto, se dedicó a echarle mermelada a las galletas.

- Yo no voy a comer - Sentenció para la sorpresa de su esposa.
- Pero... ¿y eso? ¿no te gustan estas galletas?
- No son las galletas.
- Entonces ¿qué es? - Le preguntó alzando levemente la voz - Tenés que comer algo sino te morís de hambre, no estamos para melindres Julián.

- No estoy seguro que me pueda morir de hambre. - Su semblante y la firmeza en sus palabras bien se habrían podido confundir con las de cualquier androide barato.
- Pero...
- ¿Has pensado en la posibilidad de que haya una mano o una voz que dicte el principio y el fin de todas las cosas a su antojo?
- Todo el tiempo. Desde chiquita, en la casa, en la iglesia, en el colegio, en...
- Pero no me refiero simplemente a eso, con los católicos y la mayoría de religiones está eso del libre albedrío, me refiero a que seamos tan solo productos de una ficción.
- Los seres ficcionales también comen.
- ¿Pero mueren cuando dejan de hacerlo? - Y antes de que Nathaliía pudiera siquiera intentar contestar sentenció - No, mueren cuando su creador quiere que mueran.
- ¿A qué va todo esto Julián? Cada vez te entiendo menos.
- Que somos propiciadores del caos, de un infierno en la tierra Nathaliía - Le puso la mano algo temblorosa en el cuello a la vez que le mandaba una mirada cristalizada - Sin embargo... aún hay una posibilidad. - Susurró para sí luego de una pausa.

Tiró el plato de las galletas al suelo y agarró una punta rota del mismo. Nathalia estuvo a punto de iniciar una buena cantinela de esas que ella ya tenía experiencia para echar, sobre todo porque eso significaba la reducción a la mitad de la vajilla que les quedaba; pero notó en los ojos de su esposo a alguien que no iba a escuchar razones tan fácilmente. La broma que en un principio Nathalia quiso intuir dejó de ser pesada y de ser broma, cuando éste le rasgó medio muslo buscando darle en un lugar más letal. Ella lo había previsto, nunca confió del todo en los hombres, los amores de su vida y hasta su mismo padre la habían vuelto algo desconfiada ya no solo con ellos, sino con todo el mundo. La gente miente y actúa mal porque así somos Nathaliía, hay que estar pendientes.

Esa tarde, su filosofía de vida prevenida le había salvado una vez más de morir, aunque no del todo. Sus piernas estaban bañadas en sangre pero ella pudo acertarle la taza de café hirviendo en la cabeza a Julián antes de que éste siguiera una carnicería con su cuerpo. Huyó lo que pudo en un dolor increíble arrastrándose por todo el pasillo mientras él se quejaba por el ardor de sus quemaduras. No era fácil bajar las escaleras con tal hueco en

la pierna y la laguna de sangre que se iba formando. Tal vez ni alcance a llegar se dijo cuando vio salir a Julián con el pedazo de plato en su mano de la habitación y se tiró hacia el baño rápidamente que daba a dos pasos.

- Tenemos que hacer esto Nathalia no me aterque.
- ¿Usted de qué putas está hablando maldito loco? - Le contestó desde el otro lado de la puerta. -Voy a llamar a la policía.
- ¿Para qué? si esto acaba hoy, igual, siempre hay víctimas. La diferencia en este caso no es que yo las vaya a escoger, es que serán menos. - Y terminó poniendo las manos en el marco de la puerta como sosteniéndose en ella.

Si era difícil sacar una de sus pastas para el dolor del tarrito blanco del botiquín, era casi imposible tomársela con el temblor que la poseía

- Nathalia debo saberlo - Dio dos patadas a la puerta y algo jadeante le repetía - De... bo... sa... berlo.

Había contenido esa furia durante mucho le pareció a su esposa, una energía potencial que explotaba ahora con mucha violencia hacia ella.

- ¿Qué debes saber? ¡Por dios Julián! ¿Qué? - Gritó Nathalia desde el otro lado envuelta en lágrimas - Le prometo decirle la verdad de lo que sea que me pregunte, pero no me haga nada por favor.

Julián hizo un resuello de burla que no alcanzó a entrar al baño y le dio otra patada a la puerta que hizo rechinar el marco de la misma.

- Y ¿usted cree que yo necesito algo suyo? Si yo ya la conozco toda, de principio a fin, con sus pensamientos e infidelidades, perra.

El celular también había sido una víctima más del ataque de locura de su marido puesto que se le había partido la pantalla y quedó sin encender luego de sentarse sobre él inesperadamente buscando defenderse de las puñaladas de Julián.

- O ¿cree que no sé lo de Amador en las clases de pintura? ¿Cómo es? ¿Un buen lienzo para rasgarlo con las uñas?

Las lágrimas de Nathalia se detuvieron en un solo asombro, no era cómo sabía lo de Amador, la cuestión era cómo se había enterado de esa descripción tan suya que había hecho para sí la última vez que estuvo desnuda sobre las piernas de Amador en su taller. No recordaba haberlo contado a nadie justamente porque temía escenas similares a esta ¿entonces cómo? ¿cómo lo supo?

- O lo de Marco la última noche de esa convención campal disque de artistas. Ya sé que no solo te gustan tus maestros, sino que también tus alumnos. Con razón ya no pagaba las clases el hijueputa ese.
- ¡Cállese Julián! no diga más estupideces.

La puerta ya se estaba fisurando un poco y él se ayudó con su punta de plato para anchar más el hueco.

El teléfono por fin encendió, pero funcionaba como un paciente terminal que ponen de pie luego de muchas semanas en cama, no sabes si podrá seguir adelante o terminará cayendo por última vez. Cada segundo que tardaba en procesar la información significaba un buen aumento de posibilidades para una muerte segura aunque más lenta. El temblor en sus manos la empezaba a gobernar desorientando a su vez sus pensamientos. La rabiecita mezclada con miedo en la que había trabajado últimamente y que había logrado aplacar significativamente parecía desbordarse. Jamás se le hubiera pasado por la cabeza que justo ese día iba a morir, justo el día en que había vendido su primera gran obra aunque ni cerca al precio que le había puesto cuando la estaba pintando. Todo era cuestión de respirar y aclarar los pensamientos, ya lo sabía, ya lo había aplicado muchas veces y esta no tendría que ser diferente. Calma... CALMA... caaaaalma. Nunca llegó. Pero si había logrado que la rabia fuera más fuerte que el temor, dejó que esta fluyera desde lo más recóndito de sus secretos y le trajo a colación todas las historias y aventuras de ese tipo que él no sabía o que no había mencionado. Una a una como en un intento de demostrar el poco temor que le infundía y por cada hombre que Nathalia mencionaba, lo comparaba a su vez con varias mujeres con las que ella había comprobado por sí misma y, hay que decirlo, gracias a un par de amigas, la infidelidad de su esposo.

Para cuando terminó de desahogarse, el silencio previo a la réplica que ella esperaba se prolongó de más. Luego otros dos, tres, cuatro y seguía contando los golpes en la puerta.

- No necesito escuchar más, ahora estoy seguro.
- ¿De qué? ¿De qué es un machista y un egoísta? ¡Loco de mierda!
- ¡Déjeme entrar! tengo que acabar con ese monstruo.

Nathalia se daba cuenta que era peor con el pasar de los minutos, es como si su capacidad de razonamiento disminuyera de a poco ¿Ahora era la bebé?

- Siempre ha sido por ella.

- Y ¿Qué tiene que ver ella en todo esto? Si hay algo más cierto que cualquier cosa en todo esto es que Jade si es tuya.

El teléfono por fin dio un respingo de señal.

- Ay Nathalía - Dijo con el impulso del profundo respiro - Entienda que esto no se trata solamente de usted o de mí, es sobre Jade y el destino. Lo he visto todo y está aquí.

Por el pequeño agujero que ya llevaba en la puerta, introdujo el libro como pudo. Nathalía, cada vez más confundida, lo ojeó rápidamente y no encontró por ninguna parte algún título, ni el autor ni mucho menos la editorial. Sin embargo, en la primera página y casi por costumbre a su nombre, lo encontró fácilmente en la décima línea.

Pero no solo estaba su nombre y el de Julián en varias páginas seguidas que miraba al azar, también estaba el de las personas más significativas de su vida, también estaban sus pensamientos más obscenos y las historias más recónditas que ella se había decidido por no volver a recordar, estaban sus ideas creativas más locas que se había imaginado alguna vez para pintar y que nunca llevó a cabo. Sus búsquedas más depravadas; se describía allí en cierto párrafo de una página sin número, con gran maestría en la pluma a su parecer, la vez que perdió su virginidad y lo mucho que amó ese pedacito de tiempo con Felipe, el niño de papi con quien siempre quiso hacerlo desde los doce.

- ¿De dónde sacó esto? ¿Cómo? ¿Cómo es po...?
- Yo no lo saqué, él llegó a mí, tenía que llegar a mí. Está escrito.

La puerta cada vez necesitaba más del esfuerzo de Nathalía para no venirse abajo ya que Julián parecía estar más decidido a tumbarla con el paso de los minutos. Ella marcó el número de emergencia como pudo.

- Ahí está todo, lo que ha sido lo que es y lo que será.
- Julián, está confundido, en el mundo y en la literatura hay muchas historias similares.
- Nooo, no, usted y yo sabemos que no, ambos sabemos que esta historia es sobre nosotros y que ya está escrita.

Pero Nathalía por más que intentara negarlo, lo sabía desde el primer párrafo que leyó. Tan íntimo, tan vivido, tan real.

- El final también ya está escrito mujer y empieza con su nacimiento.
- ¡Auxilio! ¡Auxilio por favor! ¡Me quieren matar! - Gritó desesperada.

- Inteligencia, astucia, corrupción, poder, desplazamientos, genocidios, guerras, muerte y más muerte. Es un pequeño resumen de lo que traés ahí. - Y continuó cómo si hubiera recobrado las energías golpeando la puerta que ya solo parecía un pedazo de madera vieja y podrida, por donde ya le cabía todo el brazo y pronto, el cuerpo entero.
- Policía nacional, díganos por favor cuál es su emergencia.
- ¡Quiero cambiarlo! ¿No lo entiendes? - Había recuperado el ímpetu en ese instante de silenciosa literatura y reivindicó todos los golpes que no le había dado a la puerta en ese lapsus de quietud.
- ¿Podría decirnos la dirección de la residencia?

La sangre en su pierna había parado, pero no pasaba lo mismo con sus lágrimas y miedo.

- No... - Frenético - ...todo... - Y martilleante - ...puede... estar... escrito.

Ya podía ver la sangre del piso del baño y la silueta acurrucada de Nathalía.

- Voy a salvarlo, ¡VOY A SALVAR AL MUNDO!

Un Rubén más en la noche

Había tenido un día largo y la noche parecía reflejar ese tiempo en la carretera; neblina, indigentes, drogas y carros que iban y venían, eso era la ciudad, eso era Cali después de un día seco y bulloso.

Rubén, desde que supo la noticia de su hija, no le importaba ya caminar como un transeúnte más que intenta conservar su vida o por lo menos su integridad, Camila se había ido y se olvidaría de él, dejaría que se muriera de viejo con el único recuerdo de una voz distorsionada por la mala señal telefónica, en un cuarto oscuro y suprimido casi por completo de la memoria de cualquier conocido. Abandonado, muerto quizá de viejo o por algún infarto que sufriría en medio de una pesadilla y que no le daría chance de llegar a la puerta, o tal vez, ni de pararse de la cama si quiera; comido al final por los gusanos o por alguno de los gallinazos que habían hecho del techo de su casa un nido y que seguro se encargarían de no dejar rastro de su cuerpo. Las peores escenas pasaban por su cabeza, tenía una costumbre muy reprochada por sus cercanos, los que alguna vez tuvo, de siempre ser un pesimista exagerado, que promovía "las malas vibras" y hasta de sufrido lo tildaron. Sin ser la excepción en esa noche de poca luz, al final del camino que el licor hacía culebrero y en medio de la niebla que ocultaba el resto de la urbe, allá donde todo era incierto, se vio a sí mismo arrodillado con ampollas y llagas que crecían en sus rodillas ante la fría mirada de su hija... y hasta la sangre: un charco en el que se hundía lentamente como si el odio de su hija lo clavara a él allí con la mirada. No toleraba la sangre, ni siquiera imaginarla, pero la escena se presentó tan de repente que no pudo evitar sacarla de su cabeza, siempre le había causado repulsión y le era difícil verla así fuera solo en su mente.

Esa noche, llevado por la imagen del culo vacío de una botella de Blanco del Valle que lo acompañaba, no pudo darse cuenta a tiempo de que una lámina fría se le acomodaba punzante en el cuello.

- Ya sabe que hacer vejete, empezando por las gafas - le dijo una voz y le arrebató sus lentes de un solo manotazo.

Por un segundo, pensó Rubén en que ese era el momento, pensó en dejarlo todo, poner algo de resistencia para que el asaltante se desesperara y terminara todo de una vez, un rápido tirón y solucionado, pero no. Le entró una inquietud en ese instante que le

descolocó la cabeza como si le hubieran metido una campana por las orejas. Y era que si ese hombre era solo un asaltante común y no un asesino que sabría donde hundir la navaja para que la muerte sucediera tan rápido como lo que duraría sacar el metal de su cuerpo, sino que fuera un principiante en eso de matar y le hundiera el filo en una parte no letal, tendría que morir lentamente viendo, inevitablemente, como su sangre se regaría por todo su cuerpo pintando quizá el andén, yéndose a ese pequeño sifón que estaba al lado del semáforo y eso si era abominable, sin mencionar el hecho de que podía quedar vivo y en peores condiciones. El solo tener esos cuadros tan rojos en su cabeza le daban ganas de devolver el pedazo de pan duro que había desayunado y seguir respirando en su miseria. Era lo que haría. Colaboró. Entregó lo que tenía sin resistencia alguna al dueño de esa joven voz que sintió sin embargo muy bien cultivada si de amedrentar a la gente se trataba. El asaltante, montándose en su bicicleta niquelada, lista y con experiencia en ese tipo de avatares delincuenciales, tomó lo poco que le pudo quitar a Rubén y se fue.

Pasa en las noches del pueblo que el delito cómo una rama hija del mal, deja un fruto de placer en quienes lo alimentan, en quienes rompen las reglas. Esa sensación experimentada en instantes, succiona en muchos casos la cordura de las personas, sobre todo de las más inexpertas, hasta el punto de robarles el sentido común, el de estar alerta, algo bastante peligroso en noches oscuras como esta. El semáforo lo advirtió en su momento y la tenue luz roja que prohibía el paso no fue suficiente para detener la escapada del hombre que ahora llevaba los últimos tres mil pesos de Rubén y sus gafas, cuando una camioneta pasó de largo catapultando su cuerpo tres metros adelante y haciendo un puente de sus piernas en la huida.

La neblina se transformó en un aguacero que empezó a hacerse sentir con gotas como rocas. Al presenciar ese golpe que en un momento alcanzó a llamar justicia poética, un impulso le ordenó que tenía que hacer algo, quizá, su parte más bondadosa había despertado. Se acercó, notó como de la parte inferior del cuerpo del muchacho brotaba ese líquido rojo que tanto le aterró, ese rojo colorado que le recordaba la muerte imprevista de su esposa el día que dio a luz a su Camilita. No pudo resistir la cesárea. Lo único que le dejó fue un escandaloso color rojo en casi toda la habitación y una nueva cara en reemplazo de la suya, pero ya solo quedaba eso, el recuerdo, el retrato de la vida reemplazando a la muerte; la diferencia con aquel día, es que en esta nueva soledad a la que se enfrentaba, no había relevos. Quiso meditar por más tiempo si ayudar al joven o

solo recoger sus cosas y marcharse, pero el aguacero que ya se escuchaba atronador sobre los techos lejanos le hizo decidir rápidamente lo que ya venía pensando, que debía ayudarlo - Después de todo es lo que cualquier ser humano haría - Se dijo como hablándole al aire, como esperando redimirse de todo lo malo ante alguna deidad que tuviera el poder de devolverle a su hija - Si esa sangre no estuviera ahí sería mucho más fácil - pensó.

La lluvia se hizo más fuerte y la sangre corría con mayor fluidez. El anciano, ya por su desgastada visión y por la poca luz con que contaba el lugar no podía distinguir con precisión si era sangre o agua lo que emanaba de ese cuerpo y haciendo un esfuerzo, intentó no mirar y respirar lo menos posible, lo levantó como pudo y se lo llevó para el cuchitril donde vivía.

El joven estaba inconsciente y se hacía muy pesado a cada paso. A veces, sintió las ganas de recuperar sus cosas y dejarlo ahí, a su suerte, pero no, no era el momento de arrepentirse, estaba cansado de siempre volver los pasos, de no intentarlo, y el no hacerlo esta vez le confirmaría, para terminar de hundirlo en ese poso de inseguridades y miedos, lo cobarde que siempre había sido. No se detuvo.

El camino hasta su casa además de cansancio le imprimió orgullo a su pecho, había arriesgado su salud por la de un desconocido, por su victimario, y se creyó redimido de otras tantas veces que solo había pensado en sí mismo - Tal vez - balbuceó con algo de esfuerzo mientras se deshacía de la carga - ahora si me empiezan a pasar cosas buenas.

Puso al joven en el suelo de la única habitación. No podía darle la mejor atención, pero eso era mejor que estar tirado en una carretera a media noche y lloviendo. Sus pies estaban destrozados y el cuerpo bastante golpeado. Le quitó la capota del saco, le limpió el barro de la cara y notó sus narices peludas, sus ojos reptilianos y su piel escamosa y grasosa, era un homosaurio. Nunca le gustaron, siempre había querido alejar a su familia de cualquier acercamiento con estas personas, no se les entendía muy bien y su forma de ver el mundo siempre fue muy diferente a la suya y a la de la mayoría de su especie. Aún no le cabía bien en la cabeza como este se había expresado tan bien para amenazarlo, además eran como plagas que lo invadían todo, sus tres últimos empleos los había perdido a causa de ser reemplazado por esta gente, de ser cajoneado como decía Rubén. Desde que habían evolucionado gracias a unas células humanas perfectamente compatibles con ADN congelado de dinosaurio y un grupo de científicos locos de los treintas que supieron cómo

crear los embriones de esa especie totalmente nueva para la época, no pararon de reproducirse y ahora se creían dueños de todo, como de Camilita, que no esperó a cuidar de él en su senectud - Para irse con... con... uno de estos engendros - se dijo en voz alta mirando con un ligero desprecio el cuerpo inconsciente del joven.

Camilita se había ido con uno de ellos. No era fácil soportarlo y la ira que le traían sus recuerdos lo llevó a dudar si terminar o no con la tarea iniciada por esa silueta misteriosa que manejaba la camioneta, aprovechando que la lluvia se había llevado cualquier huella que lo pudiera delatar. Poco a poco el agua se fue secando y la sangre no dejaba de fluir ya por el suelo de la habitación. Rubén pegó un salto poniéndose de pie al ver la mancha roja que crecía y se aferraba en su ropa y en su piel, la misma que expandía esa esencia en el aire y que lo impregnaba todo. Ya podía oler ese aroma en su cuerpo, en su sangre, en sus nietos. Un desespero progresivo empezó a apoderarse de él como si le quemara. Retrocedió torpemente sin dejar de temblar, el olor a óxido de su ropa lo aprisionaba y se la quitó al paso, abrió la puerta con dificultad, salió con prisa y la cerró dejando los pocos trapos que le acompañaban en el cuarto.

...

Sentado al otro lado de la puerta con el frío tablón del piso ensuciando sus glúteos, Rubén buscó aclarar sus ideas para saber cómo actuar. Intentó regresar a la habitación varias veces para recuperar su ropa, pero no pudo, no lo lograba; ese olor, esa sangre, estaban por todos lados. Pasaron algunos minutos ¿o fueron horas?, tal vez días; cuando entraba en esos estados nerviosos perdía por completo la noción del tiempo, sin embargo, aún conservaba su escultural posición sirviendo de tranca a la puerta. El frío, aun en su semidesnudez y con la lluvia que parecía no acabar, no era todavía un problema para intentar encontrar una posición racional frente a lo que pasaba. Sabía que no podía llevarlo a las autoridades sin que estos infirieran que él sería el causante de sus heridas, no tenía que ser un erudito para saber que fácilmente sería culpado después de que en su historial ya estuviera marcado como en piedra, el intento de asesinato hacia una de estas personas, hacia su yerno.

Después de la aparición homosauriana, éstos, se habían tomado tanta confianza que ya vivían como un ser humano más: nacían, crecían, trabajaban, ocupaban cargos gubernamentales, se reproducían, ¡fornicaban y se reproducían! Esas palabras le hacían escupir el diminuto rastro de sangre que aún se veía al lado de la puerta en que se recostaba

- Hay muchas razones para eliminarlos, así como para culparme - Era lo único que podía concluir. Si bien, antes ya lo había intentado, Rubén se veía impedido para tratar con ese cuerpo ensangrentado que había del otro lado de la puerta, no solo por los problemas legales que conllevaría hacerlo sino también por el pavor que le producía el solo recordar la sangre. Pero eso no era argumento válido para las autoridades quienes seguramente no lo verían así y el pasar sus últimos días o años en una cárcel no era una idea que lo convenciera mucho. Tampoco podría pedir la ayuda a alguien ya que sus conocidos eran pocos sin contar la cuestión de que, si había alguien que estuviera dispuesto a ayudarlo, seguramente no lo haría de gratis. De pronto, mientras hacía algunos cálculos exagerados de cómo podría pagarle, o por lo menos convencer a alguien para que lo ayudara a deshacerse del problema, empezó a escuchar una queja leve que venía de la otra habitación, una queja acoplada a una respiración lenta y necesitada. El sonido siguió así por un rato hasta que este parecía hacerse más agitado, siendo acompañado a su vez, por el de una fricción imposible de obviar. Parecía arrastrarse y eso a Rubén le gustó. El saber que ese ladrón estaba lamiendo la mugre del suelo de su casa era como el pago por cada segundo que su hija había dejado de estar con él para irse con esos usurpadores. En algún momento de controversia consigo mismo había llegado a pensar que debía sacarlo de ahí y concederle la oportunidad que le había dado la suerte de sobrevivir, pero cada segundo que pasaba, Rubén ratificaba su vulnerabilidad ante lo que había al otro lado.

...

El joven, movido por su naturaleza, se empujaba con sus extremidades hacia cualquier lado que no fuera en el que acababa de despertar solo para experimentar esa sensación de libertad ficticia a la que estaba condicionado, esa que le hacía creer que podría, si tenía suerte, levantarse y encontrar la salida. Se arrastró con dificultad hasta la puerta e intentó abrirla dándose cuenta que su reciente incapacidad y las energías que se habían ido con su sangre le harían imposible alcanzar la perilla, y cayó. Sus ganas, sus piernas, su voz, su esperanza de salir vivo de ahí, todo se había ido, solo quedaba uno que otro impulso kinésico que se manifestaba luego de un micro sueño tan común en las últimas horas, en el que soñaba que era un día normal, con drogas, fiestas en algún mirador y amanecidas con chirrinchi, un día lleno de vida que moriría al despertar. Ahora solo se preguntaba cuándo dejaría de soñar.

Despertaba. En cierta medida eso le gustaba, había descubierto que era uno de sus momentos preferidos del día como lo era el quedarse dormido. No le importaba que este momento de felicidad solo durara unos breves instantes mientras aún tenía esa sensación de renacer, pero todo acababa cuando abría los ojos y se daba cuenta que solo estaba muriendo. Pensó en lo irónico que era darse cuenta de las muchas veces que deseó perder la vida cuando el hambre lo había arrojado a las calles a buscar su pan a las buenas o a las malas, y que nunca antes había querido vivir tanto como ahora, cuando la pérdida de líquidos y las continuas fiebres le decían que quedaba poco tiempo.

Su prolongada estancia en la oscuridad de ese cuarto y los repetidos sueños le daban a pensar que había pasado tiempo, pero no pudo saber cuánto. En esa somnolienta meditación, un hormigueo que se regó por sus extremidades se fue intensificando con las rondas de las manecillas de un reloj que se escuchaba pero no se dejaba ver. Cada vez lo soportaba menos e hizo un esfuerzo por mover su cuerpo y desterrar a las invasoras que lo incomodaban sin imaginarse que sus huéspedes ahora tenían más poder sobre su cuerpo que él mismo, y que, no eran hormigas, eran gusanos.

Los gusanos devoraban su carne y su ropa. De la parte inferior de su cuerpo ya no había mucho que ver y seguían subiendo, voraces, multiplicando sus formas en mil pedazos alargados y hambrientos.

Los constantes gemidos y gritos ahogados que venían de detrás de esa puerta aumentaban la desesperación de Rubén, por lo que intentó recoger lo único que le quitaba un poco el frío e hizo un esfuerzo por entrar a la habitación y sacar su ropa antes de que el asco o el miedo le ganara. Abrió la puerta y arrodillado adelantó dos pasos con sus manos. Con la mitad de su cuerpo adentro algo parecía moverle la cabeza hacia lo que estaba ahí adentro, una curiosidad que lo instaba a mirar qué sería de la suerte de su reciente huésped. Viró la mirada cuidadosamente para no toparse inesperadamente con una escena gore de las que siempre repudió, sin embargo, lo que descubrió en su paneo visual fue que esa sangre que tanto lo había aterrorizado ya se había esfumado casi por completo de la habitación y que, en cambio, lo que había era un poco más de medio Homosaurio siendo el banquete de una familia de gusanos. Rubén lo miró al igual que él lo hacía, cruzaron sus miradas, no había nada que decirse, ambos carecían de fuerza y voluntad para hacerlo. Rubén apartó su cara sin querer pensar en esas imágenes y siguió su camino buscando su muda

más nueva. La encontró tirada donde él mismo la había dejado, la tomó y le buscó el lado manchado de sangre sin poder encontrar un rastro de ella. La apretó con una mano como si quisiera exprimirla mirando de reojo el cuerpo que yacía en el suelo. Sabía que lo juzgaba. No eran necesarias las palabras o los gestos, esa mirada tenía más significado que cualquier discurso, aunque no pudiera asegurar que estuviera vivo. Quitó la mirada y se enfocó en su ropa. La sacudió para que no hubiera sorpresas y descansó gracias a lo oportuno de su decisión de cuidarse de los posibles peligros que podría alojar su camisa, ya que al sacudirla una de esas larvas se había desprendido de ella cayendo al suelo. El pequeño animal se arrastró lento e intentó huir, pero la sombra del pie omnipotente de Rubén ya opacaba la figura del insecto en el suelo. Era un dios. Solo bastaba sentar su pie para que esa mínima parte de su odio desapareciera, después de todo era un descendiente de esa plaga que había nacido de la descomposición de ese engendro. Quería sentirse el ejecutor de un plan que nunca pudo llevar a cabo y verse cómo el responsable de que ese cadáver que lo acompañaba fuera tal gracias a él, y es que era saludable en parte imaginarse responsable de esa muerte, aunque nunca la hubiera podido provocar. Lo terminó de asentar y una mini explosión de sangre untó sus tobillos, retrocedió alarmado por la reciente mancha dando pasos aplastantes para otros comensales que ya lo acechaban por la espalda y más sangre empezó a pintar las tablas del piso y su ropa nuevamente. Saltó repetidas veces intentando evitar a toda costa cualquier contacto con estos animales. La sangre ratificó el tono lúgubre con que ya contaba la habitación gracias a su poca iluminación, el piso se puso resbaloso y los ciegos pasos de Rubén no pudieron salvar el pequeño reloj de porcelana que su hija le había traído un día del padre, al caer de espaldas sobre este y partirse en pedazos. La caída fue estrepitosa y el dolor en su espalda empezaba a hacerse más fuerte cada segundo que se encontraba en el suelo. Los gusanos empezaron a adueñarse de él, lo escalaban cual gigante doblegado y aunque la muerte no lo atemorizaba tanto, el sufrir sí lo hacía. Le aterrorizaba el verse por debajo de estos animales; el saber que lo superaban en número, fuerza, y aunque pareciera ridículo, unión familiar, lo hacían gritar de desesperación. Gritaba a todos los vientos de la noche cuando cada gusano mordía y arrancaba su piel. Mugía como si los restos filosos de la porcelana de su hija se enterraran en cada uno de sus poros. Aullaba como un loco que quiere opacar los sonidos de su cabeza con los de su boca. Gritaba, bramaba, berreaba.

Hasta que un puñado de gusanos se introdujeron en su boca tan rápidamente que no alcanzó a cerrarla.

No pudo gritar más.

Los gusanos estaban en su boca y lentamente se volvían más Rubén que él mismo. Agolpados en sus orificios, Rubén se fue perdiendo entre brumas, ahogado aparatosamente fue perdiendo el oxígeno hasta encontrar el silencio...

...

El teléfono empezó a sonar y un confundido Rubén despertó en medio de su habitación vacía. Se apoyó en la pared para ponerse de pie como si lo estuviera haciendo por primera vez y sosteniéndose en la misma siguió el sonido del teléfono. Lo encontró. Al poner sus manos en la bocina notó como la tez morena de su piel encajaba tan bien con el color de su camisa - así es como debería ser, sin esas asquerosas manchas - se dijo una vez más. Toda la habitación estaba como siempre, con un poco de polvo, pero limpia de sangre, gusanos o cadáveres, a excepción de un reloj de porcelana totalmente destrozado en el suelo y la espalda de Rubén. Eso bastaba para hacer un aproximado del nivel de copas al que había llegado la noche anterior.

- ¿Papá?

Era ella. Una lágrima brillante se asomó bajo sus ojos y cayó por su cara. Pensó en cuánto la extrañaba, pensó en decirle que no le importaba que se hubiera ido con uno de esos homosaurios con tal de que se acordara un poco de él. Pensó en volverle a pedir, aunque fuera inútil, que volviera a casa con él, que lo perdonara por lo que había hecho, o por lo que había intentado hacer. Pensó en decirle que ella se había llevado su alma cuando se fue pero que no importaba, que la amaba, la amaba tanto como para dejar que fuera libre y que solo le pediría algo: que le dejara escuchar su voz más a menudo. También pensó, por las esquivas en su espalda, cómo le diría lo de su reloj, aun así, por más que lo intentó no pudo generar una sílaba, no le salían las palabras, en cambio, luego de varios esfuerzos lo que salió fue un pequeño gusano secundado por diminutas formas al fondo de su garganta, para alojarse donde alguna vez estuvo su lengua.

Bucle

No recuerdo la última vez que miré el reloj, es más, creo que ya ni recuerdo cómo es uno, lo que sí recuerdo perfectamente son los últimos minutos que permanecí con vida.

Era navidad, o bueno, en poco tiempo dejaría de serlo, lo sé porque en ese momento me dirigía a la casa de mi abuelo a dar el feliz año, y aunque quedara a las afueras del pueblo, el ambiente festivo de la época y el regalo que mi papá me había dado el último veinticuatro de diciembre, me dejaría sin motivos para no ir a darle el feliz año al viejo teniendo en cuenta también que allí estaría toda la familia.

Desde mucho antes de la moto ya me habían hecho varios regaños mi mamá y mi hermana por mi inevitable gusto a la velocidad, y en algunos casos, me daba risa cuando intentaban asustarme con historias de fantasmas que se suben en las noches a los vehículos de copilotos o de parrilleros en mi caso. A los desobedientes, a los groseros, a los mujeriegos, a los que les gusta llegar tarde a la casa, se les aparece me decían ya desde muy niño, pero eso lo decían por cualquier cosa, y ahora, que me lo dijeran a esas alturas de la vida, llenando de culpa al aparato para que yo me dejara llevar por el miedo y lo dejara a un lado, eso obvio nunca iba a pasar, lo único que causaba era que me burlara de ellas por la poca imaginación que tenían para manipularme.

Sería esa belleza que siempre me ayudó con las mujeres y los dientes aparentemente blancos que presumía en mi rostro, pero mirar esa sonrisa en el retrovisor cuando viajaba montado en ella, me llenaba más de confort que el motivo de la misma. Esa noche, luego de recordar esas leyendas paranormales totalmente carentes de sentido, me mostré mi más simpático gesto y puse a prueba el cilindraje de mi nuevo juguete acelerando como si quisiera huir del tiempo; y es que, podré ser terco, pero el que no llegara a casa antes de las doce un treinta y uno de diciembre, eso sí sería una verdadera ofensa para mi familia que no iba a contradecir. No, estoy muerto y seré sincero, no tengo porque no serlo si ya nada me importa, la verdad es que ese fue solo un motivo al que me pegué, un motivo más fuerte y justificado para acelerar hasta que el tacómetro colapsara o hasta que de verdad dejara botado al tiempo.

Esta carretera siempre ha dado la impresión de ser un túnel al infierno, la cantidad de árboles a sus orillas la encierran en una oscuridad tal que hace dudar siempre de su destino al que la transita, cosa que no cambia ni siquiera en navidad, ni siquiera en la muerte.

La carretera de la que hablo es esta por la que ahora camino y ahí, justo ahí, al lado de ese árbol fue que morí. Recuerdo muy bien cuando pasé por la planta de electricidad del pueblo y volvieron a mi memoria las historias de mamá, porque es del conocimiento popular que esa central eléctrica, esa que está aquí detrás mío, es la terminal fantasma porque era aquí donde según contaban; mi mamá, además de cualquier caicedonita, era que acostumbraban a subirse a los vehículos en altas horas de la noche algunos fantasmas: mujeres, niños, hombres que aterrorizaban con el peso de más que infundían al vehículo y la gradual desfiguración que adquirirían tanto en su rostro y en su cuerpo (o lo que quedara de él) a medida que avanzaba en el camino. Cuando vi a lo lejos la planta de energía no pude evitar reírme nuevamente con un pensamiento fraternal ante el espejo, aprovechando la luz que rodeaba aquella fantasmagórica planta. Quizá ese fue el último recuerdo que tuve de mi sonrisa y tal vez hubiera sido mejor no mirarla, o mirarla y no dejar de hacerlo porque lo que vi luego de apartar la vista del retrovisor fue más espantoso que haber visto al demonio mismo.

Un hombre como puesto por la nada justo en la trayectoria en la que yo estaría segundos después, con la ropa algo quemada, carente de cabello en gran parte de la cabeza a la que ya parecía asomársele el cráneo, caminaba lentamente hacia mí. No hablaré lo que no es, seguramente lo habría arrollado así no fuera un fantasma, pero la impresión de ver la misma sonrisa, esta vez sin labios que la ocultasen, la misma que había visto un segundo antes en el retrovisor, me hizo perder el control y luego de pasarle por encima al desgraciado fui a dar al árbol que evitó que siguiera rodando más allá de la orilla, al igual que me evitó seguir viviendo.

Ahora, luego de muerto, creo haber descubierto cuál fue el propósito de mi vida; siempre supe de alguna forma que había nacido para correr, para huir, para dejar atrás al tiempo, y aunque admito que ya cuando respiraba lo había pensado, no ha sido muy divertido darme cuenta de eso ahora, ya que como en una especie de sabiduría inintencionalmente otorgada, conozco todo lo que me sucederá eternamente como si siempre fuera un paso adelante, aunque no sea así. Les contaría más pero el hombre de la moto que se acerca ya se sonrió al espejo y el tiempo me pisa los talones para volver a empezar.

No recuerdo la última vez que miré el reloj, es más, creo que ya ni recuerdo cómo es uno, lo que sí recuerdo perfectamente son los últimos minutos que permanecí con vida...

Conexión

El sueño

Este escrito lo dejo como testimonio por si... uno no sabe, pase algo conmigo. Lo contaré desde mi principio aclaro, desde la noche en que vi el primero. Y es que, ahora que lo sé, ahora que estoy seguro de la veracidad de lo ocurrido, me da más miedo pensar en cuál habría sido mi final esa primera noche.

A eso de la una de la mañana del veinte de abril si no estoy mal, un clamor de perros callejeros que ladraban ahuyentando algún indigente quise pensar, me despertó... o eso creo. Desde ahí es que se me ha hecho más difícil comprender la naturaleza de las cosas que han venido pasando. Pensé aprovechar el insomnio para armar un porro mientras los vecinos dormían, en el día no eran tan pasivos con el olor. Habiendo ya empezado mi labor de rodillo y posterior ensamblaje, una puerta, no podía ser otra cosa, fue trancada con violencia en algún lugar de la casa. El germen intuitivo que había brotado en mí gracias a toda una vida de películas baratas de terror donde los fantasmas parecen excitarse azotando puertas, encendiendo y apagando luces al azar, me decía lo absurdo que era pensar que ese sonido lo hiciera uno real. Para ese momento solo estábamos Melisa y yo en la casa; y ella, hacía mucho no salía ni de su habitación, uno de los lujos que la gente con baño a metro y medio de la cama se puede dar.

Muchas cosas pasaron por mi cabeza en ese momento, es increíble lo rápido que uno puede pensar en medio de un susto, cuantas escenas trágicas puede elaborar el cerebro en un segundo. También llegué a pensar en la posibilidad de que fuera Oscar el que había entrado o salido de la casa, aunque no dejaba de hacérseme extraño ya que él también llevaba mucho rato sin venir a ver a mi hermana. No me metía mucho en sus cosas ni sus romances, por eso sabía poco sobre su relación o el porqué de los cambios que empezaban a hacerse tan drásticos en ella cada vez más. Salí cuidadosamente de mi habitación buscando hacer el menor ruido posible en un intento de descubrir algo sin ser visto primero. Destrabé mi puerta con una lentitud continua y sudorosa. Me escurrí por una pared hasta tener un punto franco hacia la puerta de salida a ver si encontraba algo o alguien que tal vez se le diera por llevarse alguno de nuestros bienes sin permiso. La idea era que si veía a alguien con esas intenciones lo descalabraría con la porcelana que usaba de tranca en la puerta de mi habitación y llamaría a la policía. Era el mejor plan que me

pudo salir en ese instante, sin embargo, a medida que pasaban los segundos solo lograba sentirme como la presa, como si alguien más fuera el que me observara desde alguna parte. Estuve a punto de tocarle a Melisa para que me dijera que ella había sido la del ruido que acababa de escuchar pero arriba, en el segundo piso, se escuchó nuevamente algo. La estridencia y la duración del ruido hacían evidente la intencionalidad que tenían en hacerlo. Un gato que cae deslizándose sin remedio por una pared metálica, fue la primera imagen que se me formó en la cabeza. Tenía ya el celular en la mano para llamar a los del cuadrante aunque no estuviera tan seguro de quién era el causante de esas formas tan sugestivas de asustarme. También quería llamar a mi hermana para estar seguro, pero no quería hacer ruido por cuestiones de seguridad. Por lo que decidí preparar el número en la parte de llamadas de mi celular e ir a averiguar, si resultaba que no conocía a quien viese solo apretaría el botón de emergencia y daría los datos, si no alcanzaba a reaccionar por lo menos tenía la esperanza de que escucharían y rastrearían la llamada. Debo aclarar, el miedo a veces nos hace pensar rápido, sin embargo, eso no es garantía de hacernos pensar bien. Subí las escaleras y me asomé por la pared. El pasillo tenía dos direcciones que a esa hora se distinguían por tenues puntos cuadrados de luz que se acomodaban intermitentemente a lo largo del mismo. En una de esas fue donde vi la sombra, su silueta. Unos ojos que alumbraban como dos diamantes a la luz de la luna empezaban a enfocarme con sospecha y a la vez, inexplicablemente, sentí que lo hacía con algo de gracia. Se veía como Oscar pero algo no me dejaba creer completamente que fuera él. Seguí observándolo desde la quietud del pasillo y él pareció acomodar toda su atención en mí. Su figura había aumentado por lo menos quince centímetros, pero la oscuridad no ayudaba mucho a distinguirlo. Mi pulgar para ese punto ya había presionado por lo menos unas veinticinco veces el botón de llamada y mi cabeza estaba enfocada en encontrar la forma de esconderme o encerrarme en alguna parte lo más rápido posible, ya que, si de algo empezaba a temer, era de la poca bondad que intuía en sus ojos. No tenía argumentos fuertes para pensarlo más que la interrupción abrupta a mi casa, pero solo esa imagen algo amorfa de mirada psicótica que me seguía desde la oscuridad, me hacía temblar las piernas. No pude sostener el celular que se me cayó al suelo en la carrera hacia el otro extremo del pasillo donde estaba la pieza de chécheres, tampoco vi bien qué me perseguía, solo sé que se parecía a mi cuñado. Escuchaba su jadeo, su sed, sus pasos detrás de mí como una fiera con hambre que, si bien era veloz, no podía disimular su dificultad para

desplazarse. Yo solo atiné a llegar corriendo hasta el último cuarto y lo pude cerrar sin que esa cosa me alcanzara a tocar. Para ese momento solo tenía la certeza de que lo único real era el miedo; y eso de que un cuñado monstruoso me persiguiera, eso solo podía ser obra de una pesadilla, de un sueño que continuaba poniéndose más extraño a medida que avanzaba. Pasaron unos segundos en los que no se escuchó absolutamente nada más y yo, pegado con toda mi fuerza a la pared, rezaba porque siguiera así. Otra vez la puerta sonó y estaba seguro que el ruido venía de esta vez de la parte trasera de la casa, la que conecta con la avenida por la que se llega al pueblo. El silencio, nuevamente se acomodó en la oscuridad. ¿Se habría ido? ¿tan fácil? ¡Mi oportunidad! fue lo primero que pensé; la de recuperar el celular, pero el temor no me dejó, podía ser una trampa.

En el cuchitril que me encerré había una pequeña ventana que daba a la calle de atrás de la casa y que mi abuelo había hecho a pesar de su estrechez por su férrea convicción de no dejar invadir ninguna parte de la casa con una oscuridad total. El equilibrio es la clave de todo decía sin dar muchas explicaciones, según él, ya se había pasado toda su vida dándolas. Era un hombre muy espiritual, quizá de ahí venga el ejemplo pensé. Me asomé por esa abertura, tal vez podría ver a alguien que me ayudara me dije, pero lo que vi no fue reconfortante y mucho menos saludable para mi mente. Mi hermana caminaba hacia afuera de la casa con algo de dificultad. Ponía el pie derecho primero y el segundo lo arrastraba detrás. Las manos, semiabiertas y estáticas, no seguían el vaivén común de sus piernas y su cabeza se inclinó ligeramente hacia adelante, tal vez también a ella la habían atacado y estaba muy mal. A lo lejos, ya se podía oír el rumor del camión frutero del pueblo que madrugaba a llevar su carga para tenerla en la capital a primera hora. La calle trasera a mi casa se vislumbraba perfectamente desde esa ventana y la invisible línea que unía el punto de encuentro entre mi hermana y el camión. Solo se me ocurrió gritar y golpear la pared, aunque venciera mi miedo a salir no alcanzaría a llegar a tiempo. Por un segundo, un instante no más, creí que lo había logrado porque ella pareció escucharme, se detuvo un paso antes del final del andén y el cabello cayó sobre su cara develando en la parte de atrás de su cabeza un ojo, estoy seguro que eso era, y se lanzó.

Al otro día.

Dos toques, era la puerta. Siempre odié que me despertaran, pero esa vez el sonido de los nudillos de la mano de mi hermana estrellándose con la madera fueron casi esperados,

casi necesarios. Aún no había podido asimilar lo de esa noche, estaba en mi cuarto con el celular justo debajo de la almohada y eso afirmaba las sospechas de pesadilla que ya venía sintiendo, nunca había tenido un sueño tan real.

TOC toc.

Ella estaba llorando, Oscar había desaparecido le había dicho su suegra, llevaba dos días perdido y Melisa no se había enterado de nada pues no es que pasaran por las mieles del amor fue lo que me dijo antes de que le preguntara. Oscar, este tipo que era el tormento de mi hermana metafóricamente hablando, se estaba también convirtiendo en el mío literalmente hablando. Era una casualidad sospechosa que hubiera tenido ese sueño con él, tal vez era una especie de premonición, no una que anunciaba su desaparición porque los tiempos no encajaban, sino una que indicaba la propia llamada que hizo doña Marta su mamá para dar la noticia.

En los días que siguieron intenté acompañar a mi hermana, pero ella seguía igual que antes, incluso peor. Las salidas de su habitación se limitaban a recibir la comida que yo le preparaba y cuando no salía a buscarla yo se la dejaba al pie de la puerta. A veces aparecía el plato medio sapoteado en el suelo al día siguiente, otras veces, nunca lo volvía a ver. Llegué a pensar en lo peor en ciertas ocasiones si no fuera porque ella me respondía con un - Todo bien, no me voy a suicidar - y seguía en su encierro sepulcral. Solo ahora me doy cuenta de lo equivocado que estaba, en realidad ni siquiera alcanzaba a imaginarme lo peor.

Desde un tiempo para acá ella venía manifestando cambios que le atribuí a la edad: diecinueve años para una mujercita que pasó su infancia y adolescencia cohibida por la sobreprotección de los padres en una ciudad capitalina, es una edad propicia para reinventarse totalmente como una persona nueva en el pueblo. Medias altas, sacos largos y un gorro de crochet que parecía ser más necesario para ella que las mismas gafas, no se lo quitaba ni dentro de la casa. La actitud despreocupada y serena que había demostrado los primeros meses en su nueva casa, empezó a volverse hostil para sus nuevos amigos, su novio y, debo admitirlo, para mí también lo era. Empezó a invitarnos a una especie de culto en el que aprenderíamos a ver lo esencial de la vida y donde supuestamente, "despertaríamos". Al principio pensamos que solo era una más de sus locuras juveniles o una de sus búsquedas exageradas para llamar la atención, desde que nuestros padres se fueron a vivir a Europa, lo hacía con mucha frecuencia. Con el tiempo su insistencia

parecía casi obsesiva hasta que llegó el momento en que se encerró, en que no buscó a nadie más y volvió su habitación toda una guarida a la que solo Oscar, que más que un novio era un servidor esclavizado a su belleza, podía entrar. Luego de su desaparición, algunas semanas nos fueron alejando progresivamente, mientras ella se hundía en la soledad húmeda de su cuarto, yo solo esperaba. De alguna manera, mi espera no se limitaba a la aparición de Oscar porque sabía que su comportamiento tenía que ver con algo más que eso, con algo que ya venía dándose desde antes.

Todos los días empecé a llamarla de nuevo, a buscar formas de sacarla de ese mutismo en el que estaba en su cuarto y un viernes sin más, ella empezó a aceptar mis invitaciones a pesar de los pretextos absurdos con que las hacía, a cuerdas se notaba lo forzados que me salían. Con todo y su recién renovado carisma que contrastaba con el dolor que imaginé estaba sintiendo, salía un par de veces al día de sus cuatro paredes casi siempre para recibir domicilios de por lo menos, el ochenta por ciento de los negocios del pueblo, y entraba como si tuviera una cuerda en la espalda que la hacía devolverse apenas cumplía la tarea. Esos eran los momentos en el día que al principio intenté disfrutar y que luego, solo los podía ver como una oportunidad para interpretar qué era lo que pasaba.

- Plantas hermanito, las amo y he encontrado una conexión con el mundo. - y se entraba sin darme la oportunidad siquiera de preguntar qué tipo de plantas eran.
- Tu no las conoces, son muy exóticas, las compré por internet y llegaron cuando tú no estabas en la casa - Me respondió una madrugada en la que la alcancé antes que se escabullera.

Era verdad, las plantas se podían ver desde la calle en la pequeña ventana que le tocaba a Melisa y también era cierto que nunca las había visto antes en mi vida. Con los días intenté pensar que todo se normalizaría o que por lo menos me acostumbraría a ese nuevo tipo de vida que podía ser un cambio permanente para ella, pero no fue así, era imposible hacerlo. La desaparición de una persona relativamente cercana junto a lo que había detrás de esa puerta, esa habitación que hacía menos de un año no contaba con más de una cama, ahora era un misterio y esas plantas raras eran la píldora ideal para la memoria que me lo recordaba cada día. De la ventana de Melisa ya se habían pasado a la mía y a gran parte de la pared de la casa, todos los días una nueva hoja se asomaba por el cristal. Me incliné por creer que era una de esas nuevas formas de decoración ecologista que se ven en fotos en las redes sociales y que era parte del cambio con el que intentaba superar la

desaparición de Oscar, hasta que empezaron a brotar algunos botones blancos en las noches que dotaron de una sensación de vida a la casa por fuera, como una masa rectangular y porosa que solo duerme y que no quería ni imaginarme qué pasaría si despertara. La naturaleza de esa planta se me hacía muy exótica, las hojas variaban en forma y tamaño exageradamente en algunos casos. Sus colores, si bien conservaban sus matices oscuros, dejaban ver definitivamente una gama diversa y muy escasa dentro de lo que se había visto en Caicedonia hasta el momento. No lo voy a negar, también traían cierto atractivo, sin embargo, estaban pasando de invasoras a abusivas, se estaban regando por dentro de la casa y ocultando toda entrada de luz. Varias veces intenté persuadir a Melissa del problema en el que se estaba convirtiendo, pero por su actitud, intuí que nunca me haría caso, para ella en ese momento yo ya era el papá más cercano con menos poder sobre ella y, por tanto, más desobedecible.

- Uno nunca sabe Meli por ahí hay mucha culebra y cucaracha, sin contar las arañas. Tanto monte se presta para todo eso, es como un puente para que suban por las ventanas.
- Igual, cuando los bichos quieren entrar, lo hacen por donde sea, pero tranquilo manito que no he conocido de animal que sea capaz de subir esa enredadera. - Me respondió sin detenerse mientras entraba a su cuarto con lo que supuse era un café humeante y recién preparado.
- ¿Se va a encerrar otra vez? - Le pregunté pensando en la posibilidad de que lo que me había dicho era más una advertencia que una exageración.
- ¿Hay más opciones? - Me devolvía con una pregunta mientras revolvía lo que parecía ser leche en polvo.
- Tal vez hablar un poco conmigo, hace rato no lo hacemos - Atiné a decirle a lo que ella se detuvo, dio media vuelta arrugando el mentón, pensativa, y accedió a quedarse un rato.

La charla que se prolongó algunas horas terminó de manera un poco abrupta, por no decir en alegato, cuando intenté convencerla de que me dejara entrar a su cuarto, y para terminar, al volver a mi habitación, me encontré con la sorpresa de que la ventana no cerraba porque varias de esas enredaderas se habían colado hacia el interior e interferían en el proceso. Le toqué furioso a mi hermana a lo que ella decidió una vez más ignorar. Tenía que pasar la noche así, en la casa no tenía un buen machete para tumbar esa maleza

y el que me podrían prestar descansaba en las herramientas de un vecino ya dormido para esa hora. ¿Qué diría si lo sacara de su plácido descanso solo para cortar unas matas? Sin darle más vueltas al asunto decidí esperar hasta al otro día para cortar esa invasión selvática y aprovechar la fresca del viento en la noche, una buena forma de calmar el calor que guardaban las paredes a lo largo del día. Me recosté sobre la cama a esperar que el arrullo de Morfeo acabara con todos los pensamientos que me perseguían y me privara en un solo sueño. El viento polvoroso de agosto que ya ululaba en mi cabeza, se hacía sentir en cada hoja de papel que despeinaba al entrar por la ventana, desorganizando levemente todo como para hacer notar su rastro. Las hojas de esa planta extraña (que ya no estaba seguro si era una sola), también respondían al viento, pero su vaivén, sin llegar a lo armónico se hacía tembloroso, como si fuera víctima de un frío interno. En ese análisis nocturno de la planta, pude ver casi cinematográficamente el paso a paso en que los botones se abrían.

Uno

CuaTRo

Seis

dos

cincO

TRES

SieTe...

Y seguían abriéndose sin parecerse en lo más mínimo a cualquier flor.

Eran ojos, un bosque con vida que crecía en mi habitación y empezaba a vigilarme. De repente empecé a experimentar una vaga sensación de canoa sobre el agua, como si navegara sobre mi cama. Me levanté enseguida y sin tener toda la certeza de que lo que pisaba con la planta de mis pies no era un tipo de pantano, quise cortar esas ramas a la costa que fuera ya que aparte de meterse en mi territorio, eran más espeluznantes de lo que parecían en el día vistas desde la calle. Me puse una camisa con la sudadera y busqué

el puñal con el que mi papá mataba los cerdos en las navidades y que me había dejado como herencia antes de irse del país. Tomé una de las plantas por su tallo para dar inicio a la poda nocturna, me había emocionado tanto con la idea que canalicé toda la ira reprimida por el insomnio en deshacerme de esa maleza, pero un totazo seco en mi puerta me detuvo.

Y otro...

Miles de ojos en un solo movimiento focalizaron la puerta.

Yo navegaba en un letargo espasmódico dónde las formas se contraían y expandían muy levemente y los sonidos que llegaban de afuera duraban el triple. La puerta siguió sonando una y otra vez y los pensamientos parecían reiniciarse en cada golpe. De pronto, las astillas empezaron a caer y la oscuridad del otro lado se comenzaba a filtrar por la abertura. Con cada golpe el agujero crecía y yo apenas empezaba a darme cuenta que algo afuera me buscaba con una obsesión preocupante. El último golpe fue casi insonoro porque el agujero ya tenía la suficiente proporción para que entrara una mano visiblemente humana con solo tres dedos a forma de garra y la abriera desde adentro.

Volví a pensar en mi hermana cuando vi la cara (si aún se le podía llamar así) de Oscar en un rojo sangre que apenas lo dejaba distinguir. Era una pesadilla, era una pesadilla, ERA UN HIJUEPUTA SUEÑO MALUCO. Tuve la sensación de que me observaba, pero la blanca mirada lunar que había visto antes se había perdido y en cambio sólo había un par de cuencas oscuras que no dejaban de apuntarme. No sabía que había pasado con sus ojos pero tenía la certeza de que me veía, de que sin importar lo que intentara me encontraría. Su figura distaba de parecerse a un humano, más bien, era una bestia humanoide y sin piel que dejaba un hilo de sangre y baba por donde caminara.

Unos cuantos pasos nos distanciaba el uno del otro. En un breve instante me sentí como encerrado en una jaula y destinado a ser la cena de un monstruo extraordinario al que millones de personas estarían dispuestas a observar por el solo morbo de verlo alimentarse. Pero no eran personas.

La cosa se me vino en embestida con un grito ahogado que parecía ser su único vocabulario. Evadí los dos primeros ataques pero al tercero, cuando estuve a punto de salir de la habitación, me atrapó, me cogió por el pie y me arrastró irremediabilmente hacia él, hacia eso. El borde de la puerta era lo único que me evitaba en ese momento caer en sus seis dedos y lo único que me dio los suficientes milisegundos para acomodar el

puñal que aún tenía en la mano, en dirección del cuello de la bestia. El constante siseo de su garganta empezó a apagarse con una baba espumosa que le inundaba la boca. Su desespero y violencia aumentaron. Tuve que repetir lo del puñal no sé cuántas veces hasta que la masa quedó inerte sobre mis piernas.

¿Dónde está Melisa?

- ¿Es la primera vez que viene?

Tardé en contestar, mil cosas me pasaban por la cabeza y aun no hallaba una pista significativa.

- ¿sí? - Insistió

La idea de socializar con los miembros de un grupo de creyentes no es que me llamara mucho la atención, pero podía sacar algo, era la oportunidad de buscar información.

- ¿Señora? Disculpe, ¿me habla a mí?

- Y a nadie más.

- Que pena, andaba en otro planeta. - Le dije mientras corregía mi postura para ofrecerle una mejor atención.

- Parece un síntoma cada vez más frecuente, sobre todo en nosotros... los viejos; y tiende a incrementar, muchacho. - Me respondió en la misma posición inerte con la que me saludó; brazos cruzados como quien quiere protegerse del frío y la mirada adelante, siempre al mismo punto en alguna parte del suelo. La mujer, que no aparentaba más de cincuenta años, tenía un aspecto senil que fortalecía con unos lentes de por lo menos tres centímetros de grosor.

- Seguro es el estrés, últimamente tengo muchos nudos en la cabeza, usted me entiende.

- Le dije en un forzado intento por ser amable - por eso, en parte, vengo; he escuchado que aquí se puede lograr una conexión especial.

- No

- ¿Cómo?

- Es LA conexión - Me respondió pausadamente con una tendencia al susurro - La conexión divina más fuerte y verdadera, es... es... cómo morir y... ¿Conoce la muerte? De lo más hondo de su aliento salía un entusiasmo apenas perceptible que se extinguía a medida que terminaba las palabras.

Esa pregunta me trajo la imagen del cuerpo deformado y acuchillado de esa criatura humanoide que me había atacado varias veces. Claro que conocía la muerte de primera mano, yo mismo ya cargaba con una acuesta.

- Si claro, mi abuelo murió cuando tenía trece y, sinceramente, no es que me haya gustado mucho.

El recuerdo de mi abuelo era invadido por la carnicería que había protagonizado hacía apenas unas noches. Se me era imposible borrar la imagen de esa criatura ahogada, intentando respirar después de más de treinta puñaladas regadas en su tronco y en su cuello. Era una vida apagada por el mismo cuchillo del abuelo y el argumento de mi supervivencia; de que o era él o era yo, no lograba justificarme del todo en cuanto a esa muerte. Esa noche, todo era oscuro y confuso, tenía un cadáver en mi casa que aún no podía asegurar si era Oscar o no, y mi hermana no estaba por ningún lado, por lo que la posibilidad de que hubiera sido devorada por aquella cosa me pareció tan lógica que una hora después me encontraba abriendo dos cortinas de piel en su estómago para verificar que no fuera así. Un par de horas más tarde, con la tranquilidad momentánea e irónica por no haber encontrado rastros de Melisa en las entrañas de esa cosa, éste ya solo era un bulto sanguinolento y mal embutido en bolsas negras y escondido en el armario.

Una mano helada me tocó el brazo y me sacó del letargo al que entraba con esos recuerdos.

- Te gustará, después de hoy, después de que pruebes, te gustará morir. - Y antes de que soltara otra particular frase, la música del capador acompañada de los tambores inundó todo el lugar.

Sin poderle preguntar algo aun, ella se levantó de la silla y avanzó hacia el llamado de la ceremonia como si nunca hubiera iniciado una conversación conmigo; y uno intentando ser amable.

La gente, también acudió inmediatamente en masa y se acomodaron rítmicamente en sus asientos como si fuera parte de una obra ya ensayada. En el alboroto del inicio de la ceremonia y las primeras palabras del taita que guiaba el ritual, me escabullí por los arbustos que separaban la sala del resto de la finca para ver si encontraba algo que me pudiera llevar a Melisa, ya el encuentro con esa señora fue para mí un indicio significativo de que este grupo de “conectados” tenían mucho que ver en todo lo que había pasado.

En mi búsqueda, más temprano que tarde, encontré un camino que llevaba a un laboratorio doméstico donde procesaban esa misma planta extraña para volverla bebida. Si bien no encontré a Melisa, pude ver el momento preciso en que traían las semillas y los frutos con los que preparaban sus pócimas, y de donde provenían. Los bultos tenían un sello borroso pero distintivo de una finca conocida en el pueblo en los tiempos de mi abuelo: Villa Jaque. Lo sé porque su obsesiva adicción al café lo hacía comprar los bultos enteros para procesarlo él mismo con fines solo de consumo familiar y de allí era dónde venían. Siempre fue una tierra muy fértil para cultivar hasta que pasó lo del beso de fuego, de ahí para acá, la degradación y la esterilidad se volvieron el común denominador de esas tierras que desde entonces solo producían maleza y zancudos. Desgraciadamente para mí, eso fue lo único que encontré. No había nada que pareciera transgredir los límites legales o morales por parte de la secta de conectados, por lo que volví al salón donde se congregaban a tomar la bebida cuando ya solo se veían unos cuantos que, apurados, se sumergían en sus vehículos y se iban, pronto, sólo quedaron algunos empleados terminando sus oficios sin hacer más ruido que el que hacían sus herramientas de trabajo al laborar.

La finca quedaba a más o menos tres horas y media monte adentro. El tanque de mi Yamaha dos tiempos no alcanzaba a llenar lo de un viaje de ida y vuelta, así que me aseguré, además de los cigarrillos para el frío propio de esas montañas tan pronunciadas, un galón de gasolina extra para el viaje.

El camino se definió en una trocha polvorienta que puso a prueba mis habilidades de conductor. Un par de veces me vi en el suelo, pero supe maniobrar y mantenerme en las dos llantas hasta que llegué a la misteriosa finca. El ambiente allí era todo menos estéril. Los árboles crecían imponentes como si llevaran siglos viviendo ahí, el pasto tenía el tamaño de las casas y una gran variedad de plantas crecían en todas partes, sin embargo, ninguna parecía producir algo consumible. Todas eran tan exóticas que no las pude reconocer, sólo podía compararlas con las que se habían adueñado de mi casa; los mismos tonos azulados las vestían y los botones que florecían como ojos en las noches eran más visibles a medida que me internaba en el terreno. Una trocha considerablemente abierta por donde pasaban los jeeps marcaba la entrada a la finca, y aunque el panorama no se acomodaba para nada a mi favor, no iba a esperar más de setenta y dos horas para hacer la denuncia a esos inservibles policías que lo único que hacen es engordar con nuestra

plata. Era una cuestión particularmente extraña que involucraba un cadáver escondido en una bolsa y la sospecha de que algún tipo de ente sobrenatural se había venido a vivir al pueblo y había secuestrado a mi hermana. Por todas partes, era una situación que debía resolver yo y solo yo.

Me pareció escuchar algunas pisadas y ramas que se quebraban mientras avanzaba pero nunca pude ver algo, la maleza era espesa y en sí misma, perturbadora. El estado selvático de la zona transmitía una sensación de virginidad, si no fuera por las pocas piedras que aún quedaban de la carretera que antaño los campesinos habían puesto para mantener la vía resistente para sus Willis, se podría pensar que era la primera vez que alguien pisaba esos terrenos. Aun me era difícil pensar que hacía menos de un día había pasado por ahí el carro que llevaba los frutos para los conectados. Podría estar equivocado si, y lo pensaba a cada minuto, sin embargo, el sonido, o más bien su ausencia, ni un pájaro cantando, ni un barranquero haciendo su gesta de apareamiento, nada, nada, ni siquiera el viento mismo se oía en el ambiente. Solo de vez en cuando se quebraba una rama o se movía algo en alguna parte del monte.

La casita que parecía tan colorida y majestuosa en el logo de los bultos que llevaba mi abuelo cuando era niño, se develaba ante mis ojos cien años más vieja, peor de oscura y sucia que la que había visto en los costales casi podridos hacía menos de un día. No era parte de mi gusto entrar allí, era parte de la única opción que dejaba el camino. La luz natural era más pobre entre más me internaba, y la casa ya tenía un manto oscuro que definía desde afuera todo lo que había en su interior en siluetas.

-Si puede seguir, si quiere.

No eran los árboles hablando estaba seguro, pero quizá sí eran los que me vigilaban, y me fue imposible disimular la búsqueda desubicada de la cámara que creí me seguía los pasos y los pensamientos. Avancé.

- Hasta ahí. - Me dijo cuatro pasos dentro del umbral de la puerta.

Me detuve, atento, y el follaje se hacía más perceptible a mis oídos. Pisadas que absurdamente intentaban ser mudas, se fueron incrementando sutilmente.

- Viene a robar - Dijo una voz juvenil con un rasgueo en el timbre dejando la sensación de que había cogido el vicio del cigarrillo desde la cuna.
- ¡No! yo solo estoy buscando a... a doña Jake, hace mucho le comprábamos café y pensaba volver a negociar con ella.

Una risa tenue murmuró.

- Ella murió - Respondió una voz femenina y desgastada.
- Hm entiendo... ¿Entonces no hay posibili...?
- Claro que la hay - Sentenció la voz de la señora en alguna parte de la oscuridad - y ambos sabemos que no hablamos de café.
- ¿Entonces de qué hablamos, señora?
- ¿Le parece que aquí se cultiva eso? ¿ha visto algún árbol de café cerca? Ninguno de los que habemos aquí lo hemos visto y no es por eso por lo que usted está aquí.

Estaba intentando acorralarme, pero yo sabía para dónde iba.

- No puedo negociar con alguien a quien no le puedo ver la cara - Dije mientras mis ojos se movían de lado a lado intentando prevenir cualquier sorpresa.
- Para este tipo de negocio no es necesario ver.
- Solo probar - dijo la voz juvenil.

Ya estaba suficientemente convencido de lo mucho que le gustaba a esta gente esa bebida, ¿Llegaría hasta ese punto de adicción mi hermana? ¿Qué tendrían en la cabeza estos raros?

Alcancé a percibir de nuevo una risa disimulada, contenida.

- Pero yo no la quiero probar, solo quiero... - Me detuve un segundo para pensar en una respuesta que no sonara tan incoherente, tenía que conocer lo que más pudiera acerca de esta gente y este negocio si quería dar con Melisa - Solo quiero venderla, exportarla, tengo buenos clientes en Europa que estoy seguro estarán dispuestos a comprarla a buen precio si ven la aceptación que yo he visto del producto.
- Cree que pueda tener algún valor comercial significativo - Resopló de nuevo la mujer.
- Pero claro que si, es solo ver...
- Y ahí es donde se equivoca, el valor de la planta no es comercial ni económico, es más, tenga, se la regalo. - Y un vaso caliente tocó mi brazo derecho anunciando que ya había sido preparado solo para mí.
- Recíbalo, no tenga miedo y si lo tiene, mejor aún, le ayudará con eso.
- Sabe lo descortés que es dejarle servido al anfitrión - cerró la invitación la voz del muchacho que se oía desde la misma posición y distancia que la vieja.

No podía prever cuántos había, alguien me sugería el vaso y no podía verlo con precisión, lo que si era seguro es que ellos a mí sí. Me sentía atrapado, pero aún podía huir, aún podía dar la vuelta y salir corriendo por la entrada principal si quería. Nadie me había puesto una mano encima y lo más inquietante era que no veía el motivo absurdo de tenerme ahí en el misterio de lo incógnito si no querían negociar ni apresarme para quien sabe qué fines. Se me estaba haciendo un nudo en la cabeza del cual solo pude salir con dos conclusiones, o estaban burlándose de mí o simplemente no podían, estaban incapacitados de alguna forma, no me podían retener contra mi voluntad y por eso recurrían a la invitación que seguro, en otros tiempos, no habría pasado de un café. También barajé la posibilidad de que se trataba de una de esas sectas en las que la rigurosidad de su religión es más importante y más fuerte que sus intereses individuales, y de una u otra forma, en ese punto, eso me daba algo de confianza. Miré la silueta que desde esa limitada visibilidad camuflaba perfectamente su volumen y por supuesto, contenido. ¿Una droga? ¿Un vicio como el resto? pensé mientras le daba vueltas al cigarro que acababa de sacar del bolsillo de mi camisa. Recibí la taza de acero seguramente esmaltada que humeaba a mi cara un olor leñoso. La mano que me ofrecía la bebida se desvaneció en la oscuridad como si fuera el humo mismo que la sostuviera. Su vapor, cuando lo puse bajo mi cara la tocó fresco, era como abrir el congelador de la nevera, pero solo fue una oleada, luego el humo se tornó cálido. Pensaba que si fingía tomarla tal vez ellos compartirían su conocimiento conmigo y podría encontrar otra pista, si me iba, no lograría mucho. Así que me embutí la taza esforzándome por mantener el equilibrio entre no tomar, y evitar al mismo tiempo que se regara lo menos posible por los extremos de mi boca, por suerte, el contenido se reducía a unas cuantas gotas.

- Bienvenido.

¿Había funcionado? ¿ya era aceptado? ¿tan fácil se lo creyeron? tal vez no veían tan bien en la oscuridad como creí.

- El primer efecto tarda en dar, cuando llegue el momento te darás cuenta.
- De...
- De lo que ya no eres.
- ¿Qué se supone que debo sentir? - Pregunté con toda libertad
- La conexión obviamente - Continuó la vieja.

- Y ¿con quién se supone que nos vamos a conectar? debe de haber alguien supongo ¿dios? ¿el universo? ¿alguien? ¿no?
- Si.
- ¿Sí qué? - respondí subiendo un poco el tono, estaba cansado de sus respuestas simples.
- Si a todas - Respondió una nueva voz de uno de los rincones de la habitación, masculina y más gastada que las de antes.
- Ellos son nuestro par - volvió al ruedo la anciana - Vienen de un lugar del universo mucho más antiguo y sabio, pero ya están aquí, y ahora son parte de nosotros. Estamos completando la metamorfosis.

Yo preparaba el cigarrillo más redondo del mundo con mis dedos.

- ¿Cómo llegaron aquí?
- Por el espacio, mandaron una muestra.
- ¿De que existen en otro lugar del universo?
- De eso y de mucho más. Recuerde joven, los últimos años, recuerde lo que ha pasado por estas tierras.
- Malos administradores según veo. - Le respondí fingiendo una pose de que no me tragaba sus cuentos.
- Al contrario - Replicó la anciana - Al contrario, estamos preparándonos para administrarlas muy bien porque cada vez somos más.
- El beso jo jo jo - continuó el viejo al que se le agotaban las palabras, esa risa sonó tan seca como un último grito de dolor luego de una puñalada en el pecho.
- ¿Habla del incendio forestal que consumió buena parte de la montaña hace diez años? Esperen, ya sé que me van a decir: ustedes creen que fue el supuesto meteorito, el beso de fuego. Yo vi la foto y el montaje era evidente, créanme, lo que pasó aquí no fue más que otro incendio forestal producto del calentamiento global u algún malintencionado con fines particulares. Pasa todo el tiempo.
- Nosotros no vimos ninguna foto, nosotros vemos la verdad. - Respondió el que parecía menor.
- Llegó desde el cielo si, aquí cayó y aquí germinó. Se adapta. El bosque nos perdonará cuando ellos ya están aquí por completo, cuando aprendamos como especie a vivir en armonía con el planeta y sus recursos, una belleza galáctica

como esta no crece en cualquier sistema. Ellos saben todos los secretos de la simbiosis de conciencias y de cuerpos; aprenden de nuestros recuerdos y nos enseñan los suyos, su visión del universo.

- Por medio del brebaje. - Concluí
- Ese es el puente, esa es la parte de ellos que crece ahora en esta tierra... y en nosotros - Continuó la anciana. - El mundo ahora lo vislumbramos con mejor panorama, desde una perspectiva interna y externa, por eso, el tema de la luz es irrelevante. Lo verá en su momento.

La noche era inminente ante el débil reflejo de una lejana luna y el frío había que correrlo con las manos para que dejara ver algo más allá de un metro. El cigarrillo seguía dando vueltas en mis dedos y mi cabeza ¿Por qué me tardaba tanto en fumarlo? Había un temblor. Saqué del pantalón una candela y lo encendí al segundo fogonazo. El pequeño fulgor que se acomodó en mi cara era insuficiente para poder detallar las siluetas que me hablaban.

- Disfrútelo - Volvió a hablar el menor - será el último.

Una declaración perturbadora no sólo por la pinta de amenaza con que se podía vestir ante cualquier cobarde esas palabras, ni por lo profético del asunto, sino también porque era verdad, el último peche de la caja y ya ni siquiera uno de esos verdes que hacen la vida más llevadera me quedaba.

Ya había avanzado mucho en esa locura interplanetaria y aun no conseguía nada sobre Melisa, la paciencia, también se me estaba agotando

- Bueno, y ¿qué pasa si no siento nada? si en realidad no hay conexión de ningún tipo, ¿Me expulsarán? ¿Me excomulgarán como en la iglesia? ¿Dónde quedamos nosotros los que no calificamos, en un infierno, un tipo de limbo tal vez?
- Aquí hay lugar para todos. - Dijo el más viejo
- Es sencillo, los que no se pueden conectar o los que no alcanzan la simbiosis perfecta contribuyen a esta gran tarea de construir el camino para los próximos, para el futuro.

Bastante rápido me había fumado la mitad del piel roja que se agotaba a la par con mi tranquilidad. Intenté relajarme y estremecido por el frío, me cremallé hasta el cuello la cortavientos roja que me acompañaba siempre en la moto. Así, buscando algo de calor

extra metí la mano al bolsillo más grande de la chaqueta donde tenía el tercio de litro de gasolina que había llevado para el viaje.

- y ¿Cómo se construye ese camino? - Pregunté verdaderamente interesado.
- JO JO JO - Nuevamente la risa ahogada.
- Plantas, plantas - ¿Hermanito? tal vez no esté tan lejos de ella, pensé. - la vida se planta en una tierra fértil y crece, somos hacedores del puente también en la muerte. Luego de iluminadas por el toque de la planta, tenemos todas las facultades para hacer de nuestro cuerpo nueva vida que permitirá a la larga un planeta más universal, una esfera galáctica dónde otras formas de vida del universo se pueden posar para engendrar sus frutos.
- Creo que se me hace un poco difícil comprender. - Dije mientras mis manos se movían entre mis bolsillos.
- Su forma de vida es similar a la nuestra y necesitan un ecosistema que les permita sobrevivir aquí, el solo hecho de conectarse por medio del brebaje no es suficiente, esa es solo una parte del proceso que todos pasamos y la cual es fundamental para que ellos decidan si somos aptos, y que funciones debemos cumplir para garantizar la plena conexión.
- O sea que ellos deciden - Una diminuta pausa alcancé a poner a mi intervención - y ¿Si no quiero? ¿Si decido hacer lo que se me dé la gana y no contribuyo en nada en ese proyectico intergaláctico?
- No lo entiende aun, tal vez le falte tiempo - Declaró el de la voz menos destrozada.
- No es de querer, se hace parte de tu naturaleza, es algo que si o si vas a hacer, después de tomar la bebida ya no hay marcha atrás, a menos que...

Tres toques finales a lo mucho alejaban al cigarrillo de su extinción y la mano en la chaqueta, diestramente, había dejado abierto el fluido de combustible que marcaría el camino hacia el recipiente en que venía. Lo dejé caer al suelo y el cilindro blanco del indio de las diez plumas lo mandé detrás. Verdadera iluminación pintó el cuarto. El fuego no se hizo esperar y el tarrito de plástico estalló en una mini lluvia ardiente que tocó varios rincones de la habitación propiciando el caos.

- ¡Nos ha engañado! - Gritó la anciana que ahora podía verse con la suficiente claridad para hacer correr a cualquiera así no estuviera en mis condiciones.

Las paredes se hinchaban en burbujas que explotaban cada tanto expulsando líquidos sanguinolentos por todas partes como si fuera piel. Aun así, el fuego se regaba rápido como lo había previsto, una estructura tan vieja como la de esa casa no tardaría mucho en desmoronarse según mis cálculos. Me tardé un poco en huir debido a una parálisis que me trajo el impacto de lo poco que pude ver, algo que no se comparaba en lo más mínimo a lo que había presenciado con Oscar. La anciana, o lo que creí que era la supuesta señora, se limitaba a una boca parlante y desdentada que emergía de una bola de carne, cabellos y piel al parecer humana que se extendía por todo lo apreciable bajo esa semiluminosidad. También, algunas cabezas y parte de extremidades humanas que crecían por todas partes como si fueran parte de un mismo organismo, gritaban y se empezaban a retorcer con dolor evidente.

Pude correr un buen tramo con la dificultad de ver la misma abominación en cada árbol, en cada arbusto que se me atravesaba. Podía reconocer en su corteza los trozos de piel cuarteados y endurecidos. El bosque se había convertido en una maqueta de algún artista retorcido donde la gente de plastilina ha perdido la noción de espacio y se ha mezclado entre sí para siempre; horrores de tres cabezas y ocho brazos purulentos como plantados en el suelo intentando atrapar lo que perciben cerca. Las voces del cuarto eran también todas parte de una misma naturaleza, unas encima de otras, como parte de una gran raíz que esparce sus ramas absorbentes en ese submundo terrestre.

Luego de más o menos cuatrocientos metros recorridos era inútil volver por la moto, y ya sin gasolina, todo un suicidio. Las caras se me seguían apareciendo a cada árbol y todas las pude evadir con dificultad hasta que me llegó lo inevitable, la imagen de ella. Allá donde no había más árboles justo estaba Melisa, en medio del río.

- Rápido aquí, al agua. Aquí ellos no nos ven.

Iluminaba como un rayo de luna.

- Es la única forma hermanito.

La fluidez del agua iba apocando el ruido quejumbroso que me perseguía. Al principio, la sorpresa me trajo una felicidad desbocada y entre más me acercaba a ella más tranquilo se ponía todo. Sus ojos reflejaban todo el amor que siempre supe que tenía por mí muy en el fondo y que nunca imaginé ver. Al poner el primer pie para darme a su encuentro, el agua del río se llevó todo el calor ganado en la última carrera, pero trajo una placidez extraña, como si tuviera la certeza de que el agua me guareciera de ciertos peligros,

aunque no de todos. Estuve a punto de entregarme sin titubeos a sus brazos abiertos que me ofrecían la seguridad que la mamá le ofrece al hijo asustado por la bestia debajo de su cama. Todo era demasiado bonito para que mi sentido común no me jalara las pestañas.

- ¿Cómo sé que eres mi hermana? ¿cómo... confiar?
- No es tiempo de hablar de eso, hay que esconderse.

Adelanté tres pasos más en el río y los ruidos cada vez eran menos fuertes. La sensación de seguridad iba en aumento y aun así, no era suficiente para aplacar del todo mi angustia. Solo se me ocurrió apelar a mi rol natural de hermano mayor para preguntarle con la autoridad que había guardado por años en el rincón más desconocido de mi voz, porque estaba ahí justo en ese momento y qué había pasado con Oscar.

- Oscar es uno de ellos, sé que lo viste y no tenías porqué, pero gracias a él pude entender mucho de su naturaleza, y ahora los podemos combatir.

No sabía cómo reaccionar, solo intentaba asimilar.

- Estoy aquí porque lucho contra ellos. Ahora esta es una más de sus colonias, todo Campo Azul lo es. Oscar era otro recipiente que ya había perdido toda su voluntad, ya solo era un traje por decirlo de algún modo, una armadura para esas cosas que vienen de afuera.

Mis pasos querían confiar, se dejaban arrastrar lentamente por ese halo de atracción que emanaba de su voz, pero algo me retenía en la orilla, como si una parte de mi prefiriera a los árboles parlantes que me perseguían que a ella.

- ¿Experimentaste con Oscar?
- Ya no era él, debes escucharme. Te persiguen ¿Lo recuerdas? ¿Vas a hacerme esperar por cosas que luego podemos conversar con más calma?

Me persiguen, ¿Quiénes? ya no los escucho, pensé. Y volví a mirar la orilla del río por la que había entrado, atrás, dónde el miedo me había prohibido volver a mirar. Los árboles y el resto de vida silvestre, ahora tan apaciblemente lúgubres, con sus miles de ojos mirando desde la oscuridad exhalaban una atmósfera atornillada, sublevada quizá a un poder superior.

- Esas plantas, esa bebida, - Atiné a decirle intentando razonar - ¿Nos ha vuelto locos?
- No, las plantas nos ayudan, solo hay que aprender de ellas para no caer en la degradación. Si no se tiene el control, ellos lo tomarán.

Ahí fue donde lo entendí. Quise correr nuevamente pero ya algo ventoso me agarraba por el tobillo como una correa que solo se aprieta y que había llevado puesta desde que toqué el agua.

- No es de mí de quien tienes que huir hermanito, tenemos la misma sangre y debemos estar juntos.
- Ya no estoy tan seguro que seas Melisa, hasta donde me acuerdo, el baño nocturno en los ríos nunca fue con ella ni con su rinitis.
- No lo entiendes, es diferente, ahora soy mejor que ellos y que lo que era antes.

La corteza cilíndrica y ventosa que se continuaba enrollando en mi pantorrilla me atraía hacia ella sin siquiera tambalear ante la corriente del agua.

- No no, no lo voy a entender, he visto como terminan y no es algo que me haga creer que es mejor; además ¿a costa de quienes? ¿A costa de cuántos?
- Sigues sin comprender, ellos ya están aquí y las muertes son inevitables, pero yo, yo he alcanzado la conexión y lo veo todo con mayor claridad.
- Yo aun puedo evitarlo, no quiero eso en mi cuerpo, con ser solo yo me basta. Si en verdad es mi hermana suélteme y déjeme en paz - La aparente tranquilidad que intenté fingir en la charla, iba desapareciendo a medida que era acercado a ella.
- No puedo hacer eso porque no es verdad, tú no lo puedes evitar, tú también eres parte de nosotros. - Ahora parecía más una guerra de bandos donde o estás a favor o estás en contra.
- ¿De ustedes? ¿de quienes hablas? - Estaba seguro de que no se refería a los seres humanos.
- Los primordiales, los que de verdad hemos alcanzado la conexión. Yo he entendido el proceso y Oscar, debo decirlo, ayudó mucho.
- Y por eso lo convertiste en un fenómeno que casi me mata.
- Confiaba en que no morirías, hacía mucho tiempo que te venía fortaleciendo - A pesar de que su rostro poco a poco iba perdiendo forma, o ganándola, su mirada no dejaba de expresar ese típico *tengo la respuesta que buscas y disfruto verte necesitarla*. - A ver, ese hermoso verde azulado que adorna nuestra casa no es casualidad, ¿has oído sobre el proceso de la polinización?

- ¡Suélteme!, no quiero que experimenten conmigo. - De sus manos y del tierno tono claro que cubría su piel, se fue despidiendo una decena de falanges como ramas que me apretaron los brazos al cuerpo y me acercaron por completo a ella.
- Si, el polen viaja por el espacio tiempo ya sea de forma natural o con ayuda de algún vector polinizante hasta la parte receptiva de otra planta y... bienvenida pequeña semilla, ya está en ti, solo hay que despertarla.

Con lo que en algún momento fueron sus brazos, me agarró por las extremidades e introdujo una serpentina lengua en mi boca.

- Somos de la misma sangre, somos perfectos para esto.

El color de la noche perdió su fortaleza, ahora la luz de la vía láctea, de la energía del universo, iluminaba el mundo que sentía más mío que mis propios ojos, aunque no lo reconociera. Era un planeta totalmente nuevo y sus formas se vislumbraban ante mí. El viento era una ola de colores que peinaba a los árboles bajo un océano por encima de la tierra. La fluidez de las formas solo era comparable al tiempo que creía conocer hasta el momento. Pero no era yo, no era mi mundo, era el de ellos, era el que ellos querían traer para apoderarse del nuestro. Desperté de mi letargo y cerré la boca con la furia de un perro. Ella retrocedió por el dolor encogiéndose sus ramas a su proporción más humana mientras yo seguía mordiendo y escupiendo todo a mi paso. Era mi mejor defensa. Más de un metro de lengua se retorció como una serpiente en el agua y expulsaba un líquido verde oscuro, era su sangre. Mientras ella era doblegada por el dolor momentáneo las posibilidades de escapar se me habían abierto al otro lado de la orilla. Podía correr sí, pero en las pesadillas las piernas no bastan y eso, no podía ser otra cosa. Tenía que ir hasta el final, hasta las últimas consecuencias, a despertar o morir, pero seguir viviendo en ese mundo desconocido y horroroso sin mi hermana, mi verdadera Melisa, no era ya una opción en la que quisiera pensar. Recogí un par de rocas gruesas del río y en ese instante de no más de seis segundos en que intentaba parar la sangre de su boca con las manos, me acerqué lo suficiente para tener la certeza de que no fallaría y las lancé a su cabeza como quien busca tumbar un toro. Inevitablemente, las piedras la desestabilizaron aún más y se tambaleó hacia atrás casi al punto de caerse. Ya todo estaba decidido y tenía que pensar rápido. Recogí otro par de piedras para lanzarlas pero ella pudo defenderse con sus brazos tirándolas hacia el bosque, fue en ese momento que dejó su cuerpo descubierto y yo me lancé en busca del último abrazo familiar. Me aferré a su tronco

como una garrapata sedienta de sangre y mordí su cuello hasta sentir el hueso. Por más que se revolcó en el agua con sus tentaculares falanges y su aroma silvestre, mis dientes no pararon hasta sentir que el tallo del cuello se iba desprendiendo. El río se tiñó de un verde lamoso que el amanecer hacía más visible pero que de igual forma no sorprendería a nadie que lo viera, si es que apenas lo notarían. Su cuerpo, que se iba desintegrando acelerada y exageradamente, no me producía la nostalgia que siempre creí sentir al ver a mi hermana alejarse de mí. El sol que ya se empezaba a colocar sobre la montaña me impregnaba la sensación de supervivencia, del renacimiento, de una nueva vida.

Maté a mi hermana si, pero aun espero que todo siga siendo un sueño. No sé qué pasará conmigo de ahora en adelante, tal vez todo es verdad y si lleguen ellos en algún momento a despertarnos de este sueño o nos pongan a vivir en otro, sin Melisa, esta realidad será una eterna pesadilla.

De sueños húmedos y realidades secas

Luego de morir su Delcy, amada hasta la ridiculez, Emanuel empezó a hacerle el amor en sus sueños cada noche. Allí, en ese plano onírico, tenía la facultad de subirla al cielo y quemarla en el infierno al mismo tiempo, en un solo orgasmo. Fatídico fue el día en que él, preocupado por esa extraña y mojada obsesión le dijo que se fuera, que lo dejara libre, que su recuerdo no lo dejaba avanzar, que necesitaba a personas reales y por eso, desde ese momento no habría más encuentros nocturnos entre los dos. Ella, en la desnudez del recuerdo, deslizó sus dedos mojados por la cara de Emanuel, dejándolos caer por todo su cuerpo con una soltura melódica hasta su entrepierna, y lo miró a los ojos como solía hacerlo cuando le quería decir algo importante. Era Delcy, su esposa, de ensueño, tan perfecta, tan obstinada, tan terca como siempre, parte de eso mismo lo había enamorado, pero ahora le preocupaba. Ese “No” rotundo que le tiraba con la mirada a su propuesta era una de esas decisiones que ni él podría influir para cambiar, y lo sabía.

Esa madrugada, despertó por última vez para retornar a un sueño profundo, luego de ver el cadáver putrefacto de aquella rubia que hacía cinco meses había sepultado, recostado a su lado viéndolo despertar.

Hay algo ahí afuera

En la habitación todo parecía ser diferente, acaso más seguro. Tenía un espacio apropiado, cómodo para permanecer algunos días y sin la humedad fangosa que caracterizaba tanto las tradicionales, como las modernas casas de Buga desde hacía ya un buen tiempo. Por un momento, le vino la idea de que quizá con un poco de suerte podrían sobrevivir allí dentro hasta que algo del panorama cambiara. En esa meditación, su mirada se regó por todas las esquinas visibles del cuarto indagando en las posibilidades del mismo y sin focalizar nada concreto, se rascaba la cabeza como si intentara quitarse una sanguijuela que le succionaba la tranquilidad. Y es que no sabía si ese presentimiento era parte de un hálito de esperanza que aún le quedaba en lo más hondo de su bien conocido optimismo, o sí más bien se trataba de otro de sus lapsus imaginativos en los que creía ser el protagonista de una película en la que al final, si no puede salvar al resto, por lo menos sobrevive; el problema era que esta vez todo era real:

- ¿Será que no hay otra manera Fabio? le preguntó a su amigo al que solo le podía ver los pies que le salían por debajo de la cama.
- No la veo.
- De pronto... si esperamos un poco... quizá...
- Era una cajita ajedrezada que tenía acá debajo. ¡Juepúta ¿dónde está?!
- Tal vez nos convenga más no encontrarla. - Le respondió mientras Fabio salía de debajo de la cama a lo gusano que intenta arrastrarse hacia atrás - Y ¿Si pensamos en otras salidas?
- Es que ya las pensamos Mauro, no las hay, creí que ya estábamos claros con eso. Téngame aquí más bien - Y ya de pie, levantó el colchón por una esquina y juntos lo recostaron sobre la pared.

Cuando las tablas empezaron a volar hacia los lados, Mauricio recogió parte de las sabanas que estaban regadas por el suelo y las acomodó tapando todas las rendijas que quedaban en los extremos de la puerta y de la ventana; y ya frente a esta, vio en el cristal

cómo su reflejo se contraponía a la oscuridad del otro lado de la calle que, solitaria, dejaba al viento orquestar una melodía fétida sobre la noche.

- ¡Por fin! - dijo Fabio a sus espaldas con una exaltación en su voz que a Mauricio le pareció algo eufórica, con un tinte de alegría que hubiese preferido no escuchar.

Era una cajita pequeña, adornada con cuadros negros y blancos que le cubrían todo el contorno, de allí, Fabio sacó el revolver con cierta lentitud que oscilaba entre la observación y la duda:

- Más bien guarde eso otra vez Fabio, aún creo que no es del todo necesario, podemos esperar un po...

- ¿Esperar más? ¿En serio no ha sido suficiente para usted? Yo no puedo seguir con esto, hay que pararlo. - Liberó el tambor del arma, lo miró y lo cerró. - ¿Si ve? se lo dije, aún quedan dos.

Mauricio le lanzó una mirada silenciosa a Fabio como esperando a que él también dudara un poco, sin embargo, no dejó de saber que carecía de argumentos para convencerlo:

- No, no, no - Repitió Fabio dando dos pasos hacia atrás mientras cargaba el arma. - No haga esto, ya no hay forma de que cambie de opinión. - dijo con la voz agrietada y un par de finísimas lágrimas iluminaron ambos cachetes lampiños. - No soy capaz, no soy capaz con esto - acomodó el martillo del arma, solo bastaba un mínimo toque en el gatillo para dispararla.

Mauricio alcanzó a creer que había reaccionado muy tarde cuando Fabio ya marcaba el trayecto del cañón del arma a su propia cien y él, se le tiró encima para evitar que este apretara el gatillo. Forcejearon unos cuantos segundos que a ellos les pareció durar mucho más por lo exhaustos que terminaron. Sus fuerzas, que se anclaban inevitablemente en el empate, no se hicieron daño ni se doblegaron la una a la otra hasta que el primer proyectil fue disparado. El cristal de la ventana se rompió en mil pedazos a la espalda de Fabio que aturdido, cayó sentado llorando bajo el marco de la misma y sobre los innumerables fragmentos de vidrio. Mauricio, que había logrado ganarle el treinta y ocho a Fabio,

aborto, apuntaba con una inquietud visible en sus manos hacia el otro lado de la ventana. El silencio que había reinado en los últimos minutos iba siendo opacado luego del disparo por el llanto lastimero y ascendente que producía Fabio desde su rincón. El frío por su parte, empezó a invadir la habitación y el volumen de los quejidos de Fabio fue en aumento.

- Ya no hay nada que hacer ¡Mátame! ¡Dispáreme Mauro! - Le gritó entre lágrimas.

Mauricio, con el arma en su mano apuntando aun en la misma dirección a la que había disparado hacía un momento, hacia afuera, sufrió una metamorfosis en su rostro que terminó transformándolo en una mueca de horror que parecía llevársele el entendimiento. Fabio, que lo presenciaba todo ahora desde el suelo, se resignó a un solo llanto entre sus piernas y Mauricio no volvió a parpadear ni a mirar nada más que no entrara en el campo visual que delimitaba el marco de la ventana. El temblor en su cuerpo, inevitable, acompañó el trayecto del revólver hasta la parte inferior de su barbilla. Tenés razón Fabio, no hay nada que hacer, atinó a decir aborto y su temblor, solo se detuvo tres segundos después de que apretó el gatillo.

Bonifacio

Tienes un gato. Vives con él, lo amas y asumes que él te corresponde. Lo alimentas, lo regañas, le haces cosquillas y le sigues los caprichos sin rechistar porque sabes que él, de igual forma, no te hará caso si le llevas la contraria. Una noche llegas tarde a la casa por algunas cervezas que se cruzaron en el camino luego del trabajo y él está ahí, por quintengésima quinta vez,⁵⁹ esperando entrar a la casa contigo. Bonifacio, cómo sabiamente le pusiste cierto veintiocho de abril esta inquieto, no se contenta con tirar la vasija de comida al suelo, también el mueble por el que siempre lo regañas sufre las consecuencias, pronto solo será madera de fogón. Salta en un lado, se cae en el otro. Le gusta meterse debajo de las cobijas y cuando vas a dormir se sumerge en ellas, crea laberintos en ese limbo de tinieblas que hay entre el colchón y la sábana para salir en un extremo insospechado de la cama. Esa noche llegas de la última visita al baño y la travesía subcamarítima está en su apogeo, lo normal a esa hora. La cuatro tigres que te había dado la abuela para que los sueños duraran más que las ganas de orinar, ahora oculta una figura felina que se forma y se deforma con los rollos que da en la cama. Ha empezado a vibrar. Nada parecido a un ronroneo. Preocupado un poco, te lanzas a mirar a Bonifacio, es obvio, no quieres vómito en la habitación y mucho menos empapando las sábanas y el colchón. Al punto de quitar el edredón notas que es literalmente imposible, esta clavado, habría que cortarla de lado a lado para levantarla y hasta alcanzas a pensar con qué objeto lo harías. No, no, es Bonifacio ¿cómo podría...? Toda la cama vibra de manera fluctuante como si se tratara de un enorme rollo de manguera que está a punto de bombear agua o algún tipo de líquido visceral hacia afuera. Inmediatamente después, ves de nuevo una forma abultada que parece escapar al final del extremo más lejano de la cama y decides apresarla para terminar de una vez por todas con este jueguito que cada vez es menos divertido. Te lanzas de esquina a esquina sobre el tendido con un impulso imprevisto, pero previamente analizado y aun así el pequeño tumulto ha escapado.

Ahora estás tendido y solo sobre una cama gigantesca, no tan frustrado por el hecho de no haber cazado un gato atrapado bajo una cobija como por el hecho de que ese gato es el único que mínimamente te ayuda a llenar ese espacio tan plano y tan vacío en la

⁵⁹ Es un cálculo aproximado.

habitación. Ahí, recostado como si el mundo te aplastara, hay un paréntesis de silencio en el que notas que no sabes si es el cansancio, pero un corazón parece latir a tu lado, puede ser parte del sueño que se engendra en tal placidez. Las vibraciones, casi imperceptibles, vuelven para arrullar la cuna. El pequeño brote que parece huir nuevamente hacia los extremos de la cama se multiplica e intensifica progresivamente. Las mangueras parecen activarse pronto y cuando intentas salir de la cama y correr es tarde, ¡No! te das cuenta que tarde fue abrir la puerta y entrar a la habitación. Unas ventosas viscosas se asoman por las orillas de la cobija soltando una baba amarillenta y se multiplican a medida que se alargan los tentáculos. De pronto, eres un pequeño pez envuelto en una bolsa de microfibra que te regaló la abuela en un lejano cumpleaños, de pronto, eres el legendario capitán que espera en su barca el bocado del mítico Kraken, de la deformada Escila o del mismísimo ancestral Cthulhu.

Ahora todo es oscuro y la falta de aire ya no te deja pensar, solo se asoma una incertidumbre al final del túnel ¿Cuál habrá sido el final de Bonifacio... o su origen?

La cura

Se quitó por fin las gafas para mirar la bombilla en el techo que siempre estuvo sobre su cabeza y que lo había acompañado durante todo su estudio. Una leve mueca de satisfacción rompió el rígido rostro que lo caracterizó en los últimos meses y de nuevo, en un parpadeo, el ceño retornó a su habitual posición. Danilo esta vez había enfocado su atención en el escritorio. Levantó algunos apuntes hasta que encontró una pequeña libreta, la abrió, sacó su lapicero y lo puso en el papel antes de que sus ojos se acomodaran en el microscopio nuevamente. Unos rápidos apuntes finales antes de cerrar el ocular del aparato. Soltó el bolígrafo, desabotonó su bata e inclinó su cabeza cansada en la silla dejando caer sus brazos parsimoniosamente hacia atrás. Había ganado la guerra y podía estar en paz. Las batallas con aquella bacteria se tornaron tediosas y consumieron gran parte de su tiempo y esfuerzo desde hacía muchos meses, pero por fin lo había conseguido, la había derrotado. Muchos murieron en esa batalla, pero por fin el antídoto estaba listo; su familia, su grupo de trabajo y sus jefes estarían muy contentos. Ese pensamiento lo instaló de nuevo en la realidad y en un rápido movimiento se acercó al teléfono para anunciar la noticia. Tecleó unos cuantos números y en no menos de cinco segundos ni más de diez, una voz del otro lado le respondió con una pregunta:

- ¿Qué tiene para mí? mi doc.
- Ya está - dijo rápidamente seguro de que su jefe entendería.
- ¿En serio la encontró doctor Suárez?, sabe que no estoy para juegos.
- Me es difícil tener sentido del humor en estos casos, señor... pero todo sea por la patria.
- ¡Así se habla compatriota! Si es así, esto es una excelente noticia y para mañana mismo ya debe de haber algo de esto en la prensa.
- Pero señor presidente - Lo interrumpió algo confundido - ¿No dijo que esto no podía salir a la luz tan rápido?
- ¡No sea tonto Suarez! - Le respondió con la energía de siempre en su voz - mañana lo que saldrá a la luz será el virus.

